

PATRICK deWITT

---

*Despedida  
a la francesa*



ANAGRAMA  
Panorama de narrativas

## Índice

Portada

Nueva York

1

2

3

4

5

6

7

8

9

10

11

12

13

París

14

15

16

17

18

19

20

21

22

23

24

25

26

27

28

29

30

31

32

33

34

35

36

37

38

39

40

41

42

Coda

Agradecimientos

Notas

Créditos

*Para Rachel*

¡Oh, el pasado inconquistable!

OSCAR LEVANT

Nueva York

–Todo lo bueno llega a su fin –sentenció Frances Price.

Era una mujer adinerada y rutilante de sesenta y cinco años y se estaba poniendo los guantes negros de cabritilla en los escalones de un edificio de piedra rojiza del Upper East Side de Nueva York. Su hijo, Malcolm, de treinta y dos años, esperaba cerca de ella, con su habitual aire mohíno y desaliñado. Era un anochecer de finales del otoño; las ventanas del edificio estaban iluminadas y se oía un piano; en el interior de la casa se estaba celebrando una fiesta elegante. Frances le estaba explicando el motivo de su temprana retirada a otra dama igualmente rica pero menos rutilante, la anfitriona. Su nombre carece de importancia. La mujer se mostraba apenada.

–¿Seguro que os tenéis que marchar? ¿Tan mal está la cosa?

–Según el veterinario, ya es solo cuestión de horas –aseguró Frances–. Es una pena. Estábamos disfrutando de esta deliciosa velada.

–¿En serio? –preguntó esperanzada la anfitriona.

–Una velada deliciosa. Y detesto tener que marcharme. Pero parece que estamos ante una verdadera emergencia, ¿y qué puede hacer una en estos casos?

La anfitriona meditó la respuesta.

–Nada –acabó admitiendo. Se hizo un silencio; para espanto de Frances, la anfitriona se abalanzó sobre ella y la abrazó–. Siempre te he admirado tanto –le susurró.

–Malcolm –llamó Frances.

–De hecho, me impones. ¿Soy muy boba por sentirme así?

–Malcolm, Malcolm.

A Malcolm la anfitriona le resultó manejable; la despegó de su madre, le tomó la mano y se la estrechó. Ella miró desconcertada su propia mano moviéndose arriba y abajo. Había bebido dos copas de más y no llevaba en el estómago más que un viscoso paté. Volvió a meterse en su casa y Malcolm tiró de Frances para que bajase los escalones hasta la acera. Pasaron ante la limusina que les esperaba y se sentaron en un banco a veinte metros de la casa, ya que no había ni emergencia, ni veterinario, y al gato, ese estrafalario vejestorio llamado Pequeño Frank, no le pasaba nada, que ellos supieran.

Frances encendió un cigarrillo con el encendedor de oro. Adoraba este encendedor por su equilibrado peso y por el elegante ¡clic! que hacía en el momento de la ignición. Señaló con el cigarrillo encendido a la anfitriona, a la que ahora se veía tras la ventana del piso superior conversando con uno de sus invitados. Frances negó con la cabeza y sentenció:

–Nacida para aburrir.

Malcolm estaba examinando una de las fotografías enmarcadas que había robado del dormitorio de la anfitriona.

–Está borracha. Con suerte ni se acordará mañana por la mañana.

–Si lo hace, nos mandará flores. –Frances cogió la fotografía, un retrato de estudio reciente de la anfitriona. En él posaba con la cabeza un poco echada hacia atrás, la boca entreabierta y una desbordante felicidad en la mirada. Frances pasó el dedo por el ornamentado marco–. ¿Es de jade?

–Creo que sí –dijo Malcolm.

–Es muy bonito –dijo, y se lo devolvió a Malcolm.

Él lo abrió, sacó la foto, la dobló en cuatro y la tiró a la papelera que había junto al banco. Volvió a guardarse el marco en el bolsillo del abrigo y retomó el análisis de la fiesta y se centró en un tipo madurito con una faja que le envolvía la prominente barriga.

–Ese hombre era una suerte de embajador.

–Sí, y si esas charreteras que llevaba pudieran hablar...

–¿Hablaste con su mujer?

Frances asintió y dijo:

–Una dentadura de hombre en una boca infantil. Tuve que apartar la mirada. –Dio un golpecito con el dedo al cigarrillo para que la ceniza cayese en la acera.

–¿Y ahora este qué quiere? –dijo Malcolm.

Un vagabundo se les acercó y se plantó ante ellos. Los ojos le brillaban por efecto del alcohol y les preguntó con tono animado:

–Amigos, ¿tenéis una moneda?

Malcolm estaba ya a punto de ahuyentar al tipo con un gesto de firmeza, pero Frances lo agarró del brazo.

–Es posible que sí –dijo–. Pero ¿podemos preguntarte para qué quieres el dinero?

–Oh, ya sabe. –El individuo alzó y dejó caer los brazos–. Para ir tirando.

–¿Puedes ser más concreto?

–Pues, si quiere saberlo, la verdad es que me gustaría beber un poco de vino.

Permaneció balanceándose ante Frances, que le preguntó con tono de confianza:

–¿Es posible que ya te hayas tomado alguna copa esta noche?

–Me he entonado un poco, sí –admitió el tipo.

–¿Y eso qué significa?

–Que ya me he tomado una copa, pero me apetecería otra.

A Frances le gustó la sinceridad de la respuesta.

–¿Cómo te llamas?

–Dan.

–¿Puedo llamarte Daniel?

–Si quiere...

–Dime, Daniel, ¿cuál es tu marca de vino favorita?

–Señora, me puedo beber cualquier cosa líquida. Pero me gusta el Three Roses.

–¿Y cuánto cuesta una botella de Three Roses?

–Cinco pavos la botella. Ocho la garrafa de un galón. –Se encogió de hombros, como para dar a entender que un galón era la opción más ventajosa.

–¿Y qué te comprarías si te diese veinte dólares?

–Veinte dólares –repitió Dan, y resopló–. Con veinte dólares podría comprar dos galones de Three Roses y un frankfurt. –Se palmeó el bolsillo–. Ya tengo cigarrillos.

–¿Entonces con veinte dólares te apañarías bien?

–Oh, de maravilla.

–¿Y adónde te llevarías todo eso? ¿A tu habitación?

Dan entrecerró los ojos. Estaba imaginando mentalmente la situación.

–La salchicha me la comeré nada más comprarla. El vino y los cigarrillos me los llevaré al parque. La mayoría de las noches duermo allí.

–¿En qué parte del parque?

–Debajo de un arbusto.

–¿Un arbusto en concreto?

–Mi experimento..., mi experiencia me dice que todos los arbustos son iguales.

Frances le sonrió con dulzura a Dan.

–Muy bien –le dijo–. Así que te echarás bajo un arbusto en el parque, te fumarás los cigarrillos y te beberás el vino tinto.

–Sí.

–Mientras contemplas las estrellas.

–¿Por qué no?

–¿Te vas a beber los dos galones en una noche? –quiso saber Frances.

–Sí, desde luego.

–¿Y por la mañana no tendrás una resaca de campeonato?

–Las mañanas son para eso, señora.

Lo dijo sin intención jocosa alguna, y Frances pensó que las mañanas de Dan debían de ser horripilantes. Conmovida, abrió el monedero y sacó un billete de veinte. Dan lo cogió, un escalofrío le recorrió el cuerpo de pies a cabeza y se largó con una rapidez inusitada. Se les acercó un policía uniformado, que lanzó una mirada despectiva a Dan mientras se escabullía.

–Espero que ese tipo no les estuviese importunando.

–¿Quién, Daniel? –dijo Frances–. Para nada. Es amigo nuestro.

–Me ha parecido que les estaba pidiendo dinero.

Frances miró con frialdad al agente.

–De hecho, le estaba pagando lo que le debía. Debería haberle pagado hace mucho, pero Dan ha tenido mucha paciencia conmigo. Doy gracias a Dios de que existan hombres como él. Aunque eso a usted qué le importa. –Alzó el encendedor y lo prendió: ¡clic! La llama, gruesa y con la base azul, se interpuso entre ellos como una frontera. El poli se sintió rechazado y siguió su camino, murmurando lamentos para sí mismo. Frances se volvió hacia Malcolm y dio una palmada con ambas manos para celebrar el desenlace de la situación. No les gustaban los polis, no les gustaba nadie que representase la autoridad.

–¿Ya te has quedado a gusto? –preguntó Malcolm.

–Pues sí –respondió Frances.

Mientras se dirigían a la limusina, cogió a Malcolm del brazo con un gesto cariñoso muy típico de ella.

–A casa –le ordenó al chófer.

El lujoso apartamento de dos plantas estaba a oscuras y parecía un museo a deshoras. La cocinera les había dejado un asado en el horno; Malcolm sirvió dos raciones y cenaron en silencio, que no era lo habitual, pero ambos estaban ensimismados en sus propios problemas. Malcolm estaba inquieto por Susan, su novia. Llevaban varios días sin verse, y la última vez que habían hablado ella se había dirigido a él de un modo rudo y vulgar. La preocupación de Frances era de tipo existencial; últimamente no se quitaba de encima una sensación de intranquilidad, como si alguien tirase de ella hacia las profundidades. Pequeño Frank, ya decrépito por su avanzada edad, trepó a la mesa y se sentó ante Frances. Ella y el gato se miraron a los ojos. Frances encendió un cigarrillo y exhaló una bocanada de humo directa a los ojos del animal. Este hizo una mueca y salió de la habitación.

–¿Qué plan tenemos para mañana? –preguntó Malcolm.

–El señor Baker insiste en que debemos reunirnos –respondió Frances.

El señor Baker era su asesor financiero y gestionaba la herencia desde el fallecimiento del marido de Frances y padre de Malcolm, Franklin Price.

–¿De qué quiere hablar? –preguntó Malcolm.

–No me lo ha especificado.

La respuesta no era, técnicamente, una mentira; el señor Baker no había mencionado de forma explícita el motivo de la reunión, pero Frances sabía muy bien de qué quería hablar con ella. Pensar en eso la puso de malhumor, de modo que se excusó y subió por la escalera de mármol para buscar solaz en una bañera rebosante de minúsculas y resplandecientes burbujas. Después se sentó en el canapé del baño con su albornoz afelpado, ya relajada. Pequeño Frank dormitaba a sus pies. Ella se puso a hablar con Joan por teléfono.

Se habían conocido hacía cinco décadas, en un campamento de verano para chicas en Connecticut. Joan era de familia de nuevos ricos y todas las demás estaban horrorizadas con su nulo refinamiento y su aparente falta de interés por mejorarlo. Frances era, con diferencia, la chica más popular; se invertían a diario cantidades industriales de energía para ganarse su amistad. A ella todo esto ya la aburría y se interesó por Joan, fascinada por su aspecto desgarrado, sus rodillas peladas y su ceño fruncido. Una tarde, en la cafetería, todas las miradas se concentraron en Frances cuando se dirigió hacia Joan con una porción de tarta de chocolate en cada mano y se sentó con ella. Joan miró los pedazos de tarta con suspicacia.

–¿Qué es esto? –preguntó.

–Uno para ti y el otro para mí.

–¿Por qué?

–Supongo que por amabilidad. ¿Por qué no alegras esa cara y la pruebas?

Frances se llevó un trozo a la boca y Joan la imitó. Mientras se comían la tarta, Joan se emocionó y, en cuanto terminó, salió corriendo de la cafetería temerosa de echarse a llorar ante la amabilidad de Frances, y de hecho acabó llorando en el bosque, junto al lago sobre cuya inmóvil y plateada superficie amerizó un somorgujo que dejó una estela en el agua. Esa noche, en el fuego de campamento, Joan se sentó junto a Frances y esta le sonrió y le dio una palmadita en la rodilla a modo de bienvenida a su círculo.

Su amistad arrancó como un fogonazo; sintieron afecto mutuo desde el primer momento y la relación se había mantenido igual desde entonces. Ahora, tantos años después, Joan era la única persona con la que Frances podía mostrarse tal como era, aunque tal vez no sea el modo más correcto de expresarlo, porque no es que Frances diese rienda suelta a su personalidad oculta en cuanto aparecía Joan. Podríamos decir más bien que solo con Joan se comportaba de un determinado modo, como la persona que le gustaría ser. Joan tenía muchos amigos, mientras que Frances, aparte de a Malcolm, solo tenía a Joan.

Frances miraba a través del ventanal tras su tocador el recuadro negro de cielo. De pronto cruzó una hoja con un movimiento sinuoso de borracho.

–Antes el cambio de estación me llenaba de expectativas –sentenció–. Ahora me parece una intrusión hostil.

Joan estaba examinando un catálogo en la cama.

–Creía que estábamos de acuerdo en no hablar de la muerte esta noche. –Pasó la página–. Se acerca la Navidad. Ya sé que lo repito cada año, pero es una pesadilla hacerte regalos.

–Soy muy fácil de contentar: no quiero nada. –Frances había llegado a considerar el reparto de regalos como una forma educada de brujería. Otra hoja cruzó por la ventana en su descenso y ella sintió un escalofrío. Estaba en pleno debate interno sobre si comentarle o no su problema a Joan. Había tomado la decisión de contárselo cuando sucedió algo inexplicable: de detrás del váter emergió un lustroso lagarto negro, de veinticinco centímetros de largo, que pasó a toda velocidad por encima de sus pies desnudos camino del dormitorio. Frances colgó el teléfono, fue hasta la puerta y la cerró para que el lagarto no escapara. Volvió a coger el teléfono y llamó a

Malcolm, que ya se había acostado en su dormitorio al fondo del pasillo y estaba contemplando el teléfono preguntándose por qué Susan no le llamaba, pero también por qué él no llamaba a Susan. Cuando sonó, pegó un bote.

–Malcolm –susurró Frances.

–Ah, hola. ¿Qué sucede, que ya me echas de menos?

–Escúchame. Hay un lagarto correteando por mi habitación y necesito que vengas y hagas algo al respecto.

–¿Un lagarto? ¿Cómo ha llegado hasta ahí?

–No entiendo la pregunta. Ha llegado por sus propios medios. ¿Vas a venir o no?

–¿Quieres que vaya?

–Quiero que vengas. Y quiero que lo hagas motivado.

–Bueno, en ese caso creo que será mejor que vaya –dijo Malcolm.

En cuanto entró en el dormitorio de Frances, ella le preguntó desde detrás de la puerta del baño:

–¿Lo ves?

–No.

–Pisa con fuerza para que se asuste y se mueva.

Malcolm lo hizo, pero no había ni rastro del lagarto. Sabedor de que su madre solo se daría por satisfecha con una prueba irrefutable del exterminio o huida del reptil, decidió armar un plan para que se quedase tranquila. Abrió la ventana y esperó un rato.

–Ya puedes salir –le dijo–. Ya se ha ido.

Frances entreabrió la puerta y asomó la cabeza.

–¿Adónde se ha ido?

–A donde sea que vayan los lagartos; cómo voy a saberlo.

Frances avanzó con prudencia por la alfombra hasta tocar el codo de su hijo. Malcolm le explicó lo de la ventana y ella inquirió:

–¿Lo has visto salir?

–Ha huido a toda velocidad.

–Eres un cielo –le dijo ella, apretándole el brazo.

–No hay para tanto.

–Eres rápido y listo.

Pero de pronto el lagarto emergió de debajo de la cama de Frances y se dirigió hacia ellos trazando vacilantes zigzags. Se plantó a sus pies y se puso a hacer extrañas contorsiones, lo que provocó que Frances se refugiase de nuevo en el baño y cerrase la puerta tras ella.

–Por favor, prepárame una bolsa de mano –le dijo a Malcolm– y mete en la tuya lo que necesites, nos vemos abajo en quince minutos.

Él obedeció a su madre y se la encontró en la portería, explicándole al portero lo del lagarto. Llevaba el cabello alborotado y los pómulos con unos leves toques de color; se había puesto un abrigo largo de lana a cuadros negros y rojos encima del pijama y calzaba unas zapatillas de ballet. Cogió su maleta y salió del edificio, con Malcolm tras ella. Se registraron en el Four Seasons y cada cual se retiró a su respectiva suite.

Frances pidió un par de martinis al servicio de habitaciones. Cuando se los subieron, los colocó sobre la mesilla de noche y durante un rato contempló su doble perfección antes de beberlos. Como no bebió agua antes de dormirse, tuvo inquietantes sueños toda la noche: una jugosa ciruela se le escapaba constantemente, pasando de mano en mano en un onírico mercado

al aire libre. Cuando se despertó por la mañana, volvió a llamar al servicio de habitaciones para pedir lo que no había logrado comerse en su sueño. Le trajeron la ciruela en una pesada bandeja con muchas filigranas. Ella se sentó en el centro de su enorme cama iluminada por el sol y se la comió, con la esperanza de que fuese deliciosa, pero resultó ser una pieza algo reseca, sin magia alguna, y no contribuyó en absoluto a aminorar y mucho menos solventar sus agobios. Fue una lástima, pero en parte era de esperar, y no permitió que el fracaso con la fruta influyese en su estado de ánimo. Respiró hondo y telefoneó al señor Baker, que por suerte no estaba disponible en ese momento. Dejó un mensaje falso pero creíble diciendo que estaba enferma y no podría reunirse con él. Cuando volvieron a casa a primera hora de la tarde, el portero entregó a Malcolm y Frances una carta enviada por mensajero y un enorme ramo de flores. Frances olisqueó las flores y preguntó:

—¿Quién ha muerto, cuál era el propósito del ramo, lo ha cumplido?

El portero no se arriesgó a responder. Frances lo ponía nervioso; estaba convencido de que esa mujer estaba chiflada.

—¿Alguna novedad sobre el lagarto? —preguntó ella.

—Sí, señora Price. Tema zanjado.

—¿Lo ha matado?

—Sí.

—¿Usted personalmente?

—Personalmente. Lo he matado.

—¿Qué técnica ha utilizado?

—Lo he aplastado con el pie. Lo he guardado en una caja, por si quiere echarle un vistazo.

—No será necesario, gracias, y mi pésame al bicho. Por favor, Malcolm, ¿puedes coger las flores?

La carta era del señor Baker. Frances la leyó mientras ella y Malcolm esperaban el ascensor. «Frances, ya basta. Ya no podemos demorarlo más y lo sabes. Estaré en el Grotto mañana a las 15 h. No hay solución posible con respecto al gran problema, pero podemos tomar medidas para simplificar la transición.» Frances resopló para sus adentros; la última palabra era un nada diplomático misil contra ella.

El ramo había hecho desaparecer la cabeza y los hombros de Malcolm. Su voz llegó desde detrás de las flores:

—¿Qué dice la carta?

—Nada —respondió Frances.

—¿De quién es?

—De nadie, no es nada.

Entraron en el ascensor y Frances pulsó el botón del ático. Cuando empezó a ascender, cogió la tarjeta del ramo. Era de la anfitriona de la fiesta de anoche; Frances la leyó en voz alta: «Fue maravilloso mirar el salón y verte allí con tu hijo y tu cigarrillo. Tengo muchos amigos, pero sé identificar la joya entre la multitud. Con toda mi admiración y gratitud.»

Frances no reaccionó ni hizo ningún comentario inmediato a estas palabras, pero al entrar en el apartamento, le cogió el ramo a Malcolm y lo tiró por el bajante de basura. Entre la desagradable franqueza de la carta y la abyecta estupidez de la tarjeta, estaba desolada.

Sabía que en ocasiones el mundo se autocorregía, porque había sucedido muchas veces en el pasado. Pero intuitivamente tuvo claro que esta vez eso no iba a suceder.

Frances desayunó a la hora de comer en la biblioteca. Franklin Price, fallecido hacía ya casi veinte años, había amasado una notable colección de primeras ediciones encuadernadas en cuero, inspirado por su juvenil pasión por la literatura decimonónica. Él apenas había abierto esos libros y ella jamás lo hacía, pero le gustaba el olor que desprendía la habitación y la sensación de impenetrabilidad que le transmitían las paredes llenas de libros. Malcolm entró en la biblioteca. No se había cambiado de traje y ocultaba los ojos inyectados en sangre tras unas gafas de sol. La criada le trajo el desayuno y él se lo comió. Frances deslizó su plato hacia su hijo y él empezó a dar cuenta de los restos. Ella estudió su figura con melancólica ternura.

–¿Bebiste más de lo razonable?

–No.

–¿La vehemencia de tu musa te produjo insomnio?

Él negó con la cabeza.

Frances plantó una conciliadora mano sobre la de su hijo.

–¿Está en plena menstruación?

Él hizo una mueca de dolor y en el rostro de ella se dibujó una expresión muy púdica. Comprendió de inmediato qué le sucedía a Malcolm.

–¿Cómo va todo con Susan? –le preguntó.

–Estamos en un compás de espera, como sabes perfectamente.

–Oh, los jóvenes enamorados... –Dio una calada al cigarrillo–. ¿Cuándo la vas a volver a ver?

–De hecho, hemos quedado a comer hoy. –No era cierto, pero quería evitar que su madre siguiera hurgando en el tema.

Frances disimuló como pudo su disgusto. Con un hilo de voz dijo:

–Pensaba que lo vuestro estaba ya en declive. ¿Dónde habéis quedado a comer?

–Todavía no lo sé.

Aunque el plan para comer hubiera sido cierto, su respuesta habría sido la misma, ya que no era inusual que Frances irrumpiese sin previo aviso en sus citas con Susan. «¿Puedo sentarme con vosotros?», preguntaba después de haberlo hecho, con el camarero ya revoloteando adulator junto a ella. Frances era una virtuosa manipuladora de camareros; a continuación, era habitual que lanzase alguna provocación dirigida contra Susan, alguna burla en apariencia inocente sobre deslices como pedir gazpacho fuera de temporada o llevar el sombrero puesto en interiores. «Es un sombrero de interior», respondería Susan, pero se lo quitaría de inmediato, sonrojada, y sumaría otro fallo en su cómputo. Malcolm no movería un dedo por defenderla y el camarero no pillaría que estaba colaborando en el pisoteo de Susan. Frances insistiría en pagar ella la cuenta.

–Bueno, de todos modos no me podría unir a vosotros –le dijo a Malcolm–. No puedo retrasar ni un minuto más la cita con el señor Baker.

–¿Por qué se muestra tan insistente? ¿Una nueva súplica de contención del gasto?

–Ya te contaré –respondió Frances, y a partir de ese momento se mostró distante, permaneció sentada en silencio, con la cabeza inclinada hacia un lado. Malcolm salió de la biblioteca en

dirección a su cuarto. Se sentó en la cama y se quedó mirando el teléfono. Sonó y lo descolgó. Susan le habló con una voz forzosamente grave.

–¿Te funciona la nevera?

–Hola, Sudsy. ¿El gato te la ha vuelto a liar?

–Sí, acaba de hacerlo. ¿Te vienes a comer conmigo?

–Vale –dijo él. Pero añadió–: Espera, lo siento. Acabo de comer.

Susan guardó silencio.

–Te contemplaré mientras comes –propuso Malcolm.

–El sueño de toda chica –dijo ella.

Se citaron en un bistró del centro. Malcolm llegó tarde, Susan temprano. Se sentó sola en el reservado y se puso a mirar por la ventana. Últimamente ni dormía ni comía, de modo que tenía mal aspecto, o lo que para ella era mal aspecto. En estos momentos se sentía muy melodramática, esperando al objeto de su deseo, a la fuente de su dolor. Estalló una tormenta y los ciudadanos de Nueva York echaron a correr en todas direcciones para resguardarse. Entre la multitud apareció Malcolm, una figura solitaria que caminaba sin prisas. No se había cambiado de ropa, no se había afeitado y no llevaba paraguas, pero parecía darle igual calarse hasta los huesos. Llevaba el abrigo desabrochado y su voluminosa barriga se apretaba contra la elegante camisa que la transparentaba. Susan tenía la sensación de que cada vez que se veían, él había ganado un par de kilos. Malcolm entró en el restaurante y, mientras todavía le caían gotas de la punta de la nariz y del cabello, se sentó frente a ella. Susan se quitó las gafas de sol, las plegó y las dejó en la mesa.

–Tienes un aspecto horrible.

Malcolm alzó una cuchara y estudió en ella su reflejo.

–Tengo un no sé qué. –Se les acercó el camarero y Malcolm, sin dejar de contemplarse, pidió–: Un café y un dedo de whisky.

–¿Quiere que le traiga algo de comer, señor?

–Me comeré el whisky.

El camarero se marchó. Malcolm bajó la cuchara y Susan estiró el brazo sobre la mesa y le pellizcó la mejilla.

–Sabes que tu madre te está engordando a propósito, ¿verdad?

–Lo sé.

–¿Crees que es para alejarme a mí en concreto o para alejar a las mujeres en general?

–A ti en concreto. A las mujeres en general nunca les he interesado. –Malcolm se puso las manos sobre la barriga y se la palmeó sonoramente–. ¿Y le funciona?

–Te prefería antes. Pero no, en realidad no.

Susan tenía los ojos color miel; a Malcolm le dolía mirarlos, de modo que no lo hacía. Ella lo contempló mientras él se hundía en su asiento y sintió deseos de abofetearlo, de besarlo.

El camarero trajo enseguida el café, el whisky y una toalla para que Malcolm se secase. Malcolm se bebió el whisky y se puso a secarse el pelo con la toalla.

–He decidido utilizar una nueva estrategia contigo –le dijo Susan–. ¿Quieres saber de qué se trata?

–No vas a asustarme con tus jueguecitos –respondió Malcolm, envolviéndose el cuello con la toalla.

–Bueno, normalmente hago un carrusel de preguntas, aproximándome al sujeto, es decir a ti, desde varios ángulos en apariencia inconexos. Las respuestas, estudiadas en su conjunto, forjan un retrato de lo que sucede en ese mausoleo que tú llamas una vida.

–De acuerdo.

–No voy a seguir por ahí.

–¿Ah, no?

–Te voy a interrogar de forma directa.

–Estoy listo –dijo él mientras se ponía leche en el café.

Susan entrelazó las manos.

–¿Ha habido algún cambio en tu relación con tu madre?

–No.

–¿Tienes algún motivo para creer que cambiará en el plazo de un año?

–No.

–¿Le has hablado de nuestro compromiso?

–No.

–¿Y lo vas a hacer?

–Me sorprendería que lo hiciera.

–¿Has vuelto a pensar en mudarte?

–Sí, he pensado en ello.

–Pero ¿lo vas a hacer?

–Lo dudo.

Susan dejó pasar unos instantes.

–Lo que no consigo tener claro es si esperas, o siquiera deseas, que yo te espere.

–Por supuesto que sí. –Malcolm bebió un sorbo de café–. Pero no sería muy caballeroso preguntártelo, ¿no crees?

–¿Y la caballerosidad... es lo que más te importa?

Malcolm se envolvió la cabeza con la toalla.

–Hay muchas cosas que me importan.

–¿Te describirías a ti mismo como un cobarde?

–No.

–¿Cómo te describirías?

–La verdad es que no tengo ningún interés en hacerlo.

Susan le sacó la toalla de la cabeza y observó su rostro aceitunado y terso. ¿Cómo había llegado ella a interesarse por un tipo tan ridículamente infantil? A veces el amor parecía algo diabólico, y la naturaleza humana, esa necesidad de alcanzar lo inalcanzable, resultaba de lo más banal. Dobló la toalla, la dejó sobre la mesa y dijo:

–Quiero que sepas que estoy intentando desenamorarme de ti.

Malcolm se quedó boquiabierto y se volvió a poner las gafas de sol. Su silencio transmitía dolor y Susan se sintió satisfecha de que sus palabras hubieran surtido efecto. Aun así, era consciente de que en realidad no había conseguido nada y que la victoria estaba tan lejana como siempre. A menudo se había preguntado cómo actuaría Frances de estar en su posición; se lo preguntó a Malcolm y él se revolvió incómodo y contestó como si tuviese la respuesta preparada desde hacía mucho tiempo:

–La verdad es que ella jamás se encontraría en tu posición.

Siempre era así. No importaba lo que ella dijese para herirlo, la simple realidad la hería más a ella. Frances jamás soltaría a Malcolm, Susan lo sabía. Le dijo que la dejase sola y él se levantó para marcharse.

–Voy a darte un beso en la frente –la previno a modo de advertencia, entonces lo hizo y salió

del restaurante sin pagar el whisky y el café.

Susan volvió a mirar por la ventana. Había dejado de llover y había salido un sol radiante. Pasaron unos minutos hasta que se percató de que Malcolm estaba plantado al otro lado de la calle, mirándola. Llevaba las gafas de sol torcidas y sus hombros húmedos desprendían un poco de vaho. Ese chico era un montón de basura americana y Susan temió que siempre lo amaría.

El señor Baker era un tipo ratonil, lo cual no quiere decir que se comportase como tal, sino que realmente tenía aspecto de ratón. A veces parecía un ratón enojado, otras uno sabio; hoy, sentado mientras esperaba la llegada de Frances, parecía un ratón deseoso de ser otro tipo de ratón. Franklin Price lo había dejado obnubilado; durante sus años de progresivo ascenso profesional había tenido el honor de ver al gran litigante en acción en los juzgados en varias ocasiones. Todavía recordaba a la perfección el primer caso: fue un asunto menor, una opa hostil a una empresa de comunicación del Medio Oeste, pero el señor Baker jamás volvió a ver a Price desplegando una ferocidad tan controlada y unos recursos escénicos tan deslumbrantes. Fue aquel día cuando el señor Baker entendió la escurridiza clave de todo el asunto: el juzgado era un escenario, una representación teatral en la que los actores inventaban sus diálogos sobre la marcha, y se llevaba el premio el que ofrecía el mejor espectáculo. Desde el instante en que Price se levantó de la silla para hablar, todos los presentes en la sala quedaron embelesados. Cuando concluyó su argumentación, se desataron unos aplausos contenidos. Después el señor Baker siguió la carrera de Price con un fervor casi fanático.

Price personificaba todo lo que al señor Baker le parecía relevante. Desde luego daba el tipo: era un hombre apuesto, con aplomo y que vestía con elegancia; pero todo eso era compensado por su potencial amenazante y una tangible capacidad de violencia física. Era difícil hablar con Price, porque si le aburrías, te lo decía a la cara; y si le molestabas, su actitud y lenguaje generaban una hostilidad que era equiparable a un derramamiento de sangre. Price no era dado a la agresión física, pero sus desprecios tenían la misma contundencia que un puñetazo en plena cara.

A todos los que merodeaban por ese lugar los movía un mismo objetivo, de hecho era el objetivo prioritario: el dinero. Y eso, por supuesto, era fundamental para Price, que durante los años en que desarrolló la primera mitad de su carrera amasó una digna aunque todavía modesta fortuna. Pero otros ganaban mucho más, lo cual debió de irritarlo, porque la acumulación de dinero fue el elemento definitorio de la segunda parte de su carrera.

Price llegó a ser conocido como el abogado más agresivo y tenaz, especializado en defender lo indefendible: las industrias tabaquera y farmacéutica, el entramado de la maquinaria bélica, los lobistas de las armas de fuego. No es que el señor Baker no asumiese en ocasiones encargos despreciables, sobre todo si la paga era elevada, pero Price aceptaba un caso repugnante tras otro, sin intermedio alguno, de modo que su persona acabó resultando indistinguible de aquellos que le contrataban. Todo el mundo daba por hecho que disfrutaba con sus inmorales actuaciones. En realidad era imposible saber si eso era así o no; lo que sí era indiscutible era la bonanza económica de Price. Figuraba entre los abogados mejor pagados de Estados Unidos, y cada una de sus inversiones extracurriculares parecía predeterminada a generar beneficios. Hombres y mujeres sensatos y profesionales hablaban con sobria seriedad de Franklin Price como de alguien imbuido de y dirigido por oscuras energías. Las jóvenes promesas de la abogacía compartían una broma privada, que consistía en hacer una genuflexión cuando se cruzaban con Price.

Su muerte pilló a todo el mundo por sorpresa, porque el tipo estaba en su cénit, y los detalles

del deceso fueron fascinantes. El forense que realizó la autopsia aseguró que en todos sus largos años en el oficio jamás había visto un ataque al corazón tan brutal, y su comentario, repetido por compinches y enemigos de Price, fue que el sobrecargado órgano había «explotado como una maldita granada de mano». El hecho de que su esposa hubiera encontrado el cadáver y se hubiese ido a esquiar a Vail el fin de semana sin tomarse la molestia de llamar a las autoridades resultó un final de algún modo adecuado, el deplorable final de un tipo que se lo tenía bien merecido. Los tabloides publicaron una fotografía de Frances en la fiesta *après-ski* en el hotel de montaña y nunca se la había visto con un aspecto más glamouroso y feliz; la imagen la presentó al público como alguien que disfrutaba de saber en secreto que el cadáver de su marido se estaba poniendo rígido. En realidad, la fotografía en cuestión era de cinco años atrás, pero a los tabloides les pareció innecesario explicarlo, de modo que no lo hicieron.

Los rumores que se extendieron durante los años siguientes sobre que Frances, esa bella mujer ingeniosa y temible, había enloquecido y hablaba con su viejo gato como si fuese Price fueron la perturbadora guinda de un pastel ya de por sí perturbador. Era una buena historia, de modo que se contaba una y otra vez, y proporcionaba un placer garantizado a quienes la relataban y a quienes la escuchaban.

El señor Baker jamás había sido testigo en persona de este peculiar comportamiento de Frances. Lo único que tenía claro era que alguien capaz de mantener el tipo ante el formidable Franklin Price –y según todos los testimonios hizo algo más que mantener el tipo– merecía su respeto, y se lo había concedido desde el momento en que empezó a trabajar para ella. Ella lo había recibido con naturalidad y durante los primeros años de su vínculo profesional le había tratado con respeto y algún que otro gesto amable. Pero a medida que fue pasando el tiempo y la herencia empezó a mermar, el señor Baker se convirtió para ella en un tótem del desmoronamiento y decidió alejarse de ese individuo. Y entonces se inició entre ellos el juego del escondite.

Dado que él había hecho todo lo que estaba en su mano para preservar los ahorros de Frances, el señor Baker no tenía ningún tipo de remordimiento profesional; esa mujer malgastaba de un modo patológico. ¿Cuántas veces le había rogado que se moderase y después había averiguado que su advertencia no había servido más que para desatar un frenesí de fastuosas compras? Ella se compraba casas en ciudades en las que nunca iba a poner los pies; donaba sumas de dinero asombrosas a organizaciones benéficas que no sabía ni a qué se dedicaban exactamente. El señor Baker no se podía quitar de la cabeza que el objetivo de la actitud de Frances no era otro que acabar en la ruina. Pero ¿era ella consciente de eso? ¿Acaso trataba de desprenderse de lo que podía considerarse dinero sucio? Hasta donde él era capaz de ver, no parecía que las motivaciones de Frances tuviesen nada que ver con la moralidad, sino con algo más simple, personal y amargo.

Durante los últimos meses, el pobre hombre sentía un mareo cada vez que pensaba en ella, porque sabía que la cosa no tenía solución y sabía también que al final debería mantener con ella la conversación que más temía afrontar con sus clientes. Y esta conversación tocaba mantenerla ahora. Antes de que Frances se sentase, el señor Baker soltó:

–Frances, ha desaparecido todo.

–¿Qué ha desaparecido?

–Todo.

Frances bebió un sorbo de agua.

–Todo –repitió.

–Sí.

–No queda dinero en mi cuenta.

–Ya no es tu cuenta.

–Está a mi nombre.

–El nombre puedes mantenerlo. Pero hasta el último céntimo de la cuenta, además de las inversiones y las propiedades, va a quedar en manos del banco.

–Las propiedades –dijo Frances.

–Las propiedades me imagino que serán tuyas hasta final de mes. Con esto me refiero a que puedes hacer uso de ellas. Pero no puedes ni venderlas ni alquilarlas, y como muy tarde el uno de enero te echarán.

Frances bebió otro sorbo de agua y se acercó el frío vaso a la mejilla.

–Entiendo que todavía me quedará el dinero que yo tenía antes de casarme.

–Hace mucho que se incorporó al patrimonio de la herencia y perdona que te recuerde que no era una cantidad muy elevada.

–¿Y la parte de la herencia que le corresponde a Malcolm?

–No –respondió el señor Baker.

–¿Y de qué vamos a vivir ahora que el banco se ha puesto en nuestra contra?

–No tengo respuesta para esa pregunta. –Resultaba grotesco ver a una persona como Frances quedar desprotegida de ese modo y al señor Baker le fastidiaba verse involucrado–. Llevo siete años insistiéndote en que esto podía pasar y tres explicándote que había serias posibilidades de que sucediese. ¿Cómo creías que iba a acabar esto? ¿Cuál era tu plan?

Ella suspiró y dijo:

–Mi plan era haber muerto antes de que se acabase el dinero. Pero no ha habido manera y aquí estoy. –Negó con la cabeza para sí misma y se reacomodó en la silla–. Así están las cosas. Ya me has explicado cuál es la situación y ahora quiero que me digas qué hacer.

–Hacer –repitió él.

–Sí. Dímelo, por favor.

–¿Qué otra cosa puedes hacer sino empezar de cero?

–¿Y esto qué significa exactamente? Sabes que jamás he generado dinero, solo lo he gastado.

–Frances, ¿qué quieres que te diga? Pide un préstamo a un amigo.

–Imposible. Dame otra opción.

–No hay ninguna otra opción.

–Seguro que la hay.

El señor Baker apartó la vista, volvió a mirarla y le dijo:

–De manera extraoficial te diré que solo puedes hacer una cosa: venderlo todo.

–¿Vender qué?

–Todo lo que no son bienes inmuebles. Vende las joyas, las obras de arte, los libros. Véndelo en privado, con discreción, a precios bajos. Tráeme los cheques y yo te daré el dinero.

–¿Y después qué?

–Después haz lo que creas más oportuno.

–Pero ¿dónde vamos a vivir?

–Pues supongo que tendréis que alquilar algo.

Oír esa palabra fue como tener que tragarse un áspero trozo de pan duro y Frances hizo una mueca de dolor. Cayó en la cuenta de que nadie iba a ayudarla y se sintió diminuta y desamparada. Se puso en pie. Y concentrando la mirada en la frente del señor Baker dijo:

- Gracias por todo. Supongo que no nos volveremos a ver.
- Frances, siéntate –le rogó él–. Voy a pedir alguna cosa para comer.
- Necesito respirar.
- Podría ser peor, lo superarás.
- Necesito salir de aquí.

Esa noche, al entrar en la cocina, Malcolm se encontró a Frances junto al mármol de la isla central afilando un largo y resplandeciente cuchillo. Se movía con sentido del ritmo y determinación. Malcolm jamás la había visto haciendo ningún tipo de tarea en la cocina, de modo que le preguntó:

–¿Estás cocinando?

–No, es solo que me gusta el ruido que hace –respondió ella con un leve jadeo y una vena de la frente palpitando–. ¿Qué tal te ha ido con Susan?

Malcolm murmuró algo ininteligible.

–¿Qué dice, don Murmullos? No entiendo qué me dices. Bueno, mis novedades superan sin duda a las tuyas. ¿Estás preparado? Somos insolventes. No nos queda nada. ¡Estamos en la ruina!  
–Soltó una risotada demente, moviendo el cuchillo en el aire. Se le cayó de la mano y golpeó con estruendo en la isla antes de acabar en el suelo. Malcolm, desconcertado, se alejó de ella. De nuevo sola, Frances recogió el cuchillo y siguió afilando la hoja, pero con más parsimonia que antes.

Llegaron días con muchos acontecimientos. El señor Baker puso a Frances en contacto con un hombre llamado Ralph Rudy, que iba a ser el encargado de liquidar los restos de la herencia.

–Es un tipo turbio, pero es ambicioso y conoce su trabajo –le informó el señor Baker–. Frances, no te inmiscuyas. Él cumplirá con lo asignado de forma impecable.

El señor Rudy no tenía pinta de que las cosas le fuesen bien. Y su actitud no era precisamente amistosa. Durante la visita a la casa casi no abrió la boca y no mostró ningún interés por las descripciones que hacía Frances de sus posesiones, ni por las anécdotas sobre las circunstancias de la compra. Garabateó unas notas en una libretita de espiral con un culo de lápiz tan corto que ni se lo veía asomar entre su mano gordezuela. Ocultaba sus notas de manera ostensible ante Frances, que, nada habituada a ningún tipo de humillación, experimentó una suerte de vértigo emocional y un escalofrío de repugnancia que le recorrió los brazos y le llegó a la punta de los dedos. Después de recorrer la casa, se sentaron en la cocina.

–¿Es usted consciente de la naturaleza de la situación? –preguntó ella–. Me refiero a lo delicado que es esto.

El señor Rudy asintió. Ni se le pasó por la cabeza decir algo que tranquilizase a Frances.

–Mis honorarios –dijo.

–¿Sí? –replicó Frances.

–Son el treinta por ciento. Y no es negociable.

–¿No?

–No.

–¿Y no podría serlo? Bueno, va a tener que serlo si quiere quedarse con el trabajo.

Ralph Rudy se estremeció. Hasta entonces no había mirado a Frances a los ojos; al hacerlo se dio cuenta de que la había subestimado. Y ella a su vez se dio cuenta de la nueva actitud de él y con la expresión de su rostro le vino a decir: «Eres un tipo anodino y estúpido y no voy a andarme con contemplaciones.»

–Veintisiete por ciento –propuso él a la desesperada.

–Le daré el quince por ciento y si no las gracias por su tiempo.

–Veinticinco por ciento.

Frances dio una palmada. Había llegado el momento de regodearse.

–Si menciona otra cifra que no sea el quince por ciento –dijo–, bajaré al catorce por ciento. Y si dice otra, al trece, y así sucesivamente hasta que su comisión y su papel en mi vida queden reducidos a cero.

El señor Rudy frunció el ceño.

–Este no es modo de negociar.

–No hay otro.

–Es un trabajo delicado. No está valorando el riesgo que corro.

–El riesgo lo corro yo.

–Pero esto puede hundir mi reputación.

–Su reputación –sonrió Frances–. Qué gracioso.

–¿Le parece gracioso?

–Desde luego que sí.

–¿Por qué?

–Porque –respondió ella– he visto el estado de su traqueteante coche cuando ha llegado. Porque el coche lleva matrícula de Nueva Jersey. Porque, si una se fija, resulta que lleva usted los calcetines desparejados. Porque tras una somera investigación he averiguado que lo acaban de despedir de Sotheby's por flagrante manipulación y ha evitado por los pelos acabar en prisión. Y por un montón de cosas más. Señor Rudy, no tenemos por qué insultarnos mutuamente. Resulta que yo necesito que alguien me haga un trabajo sucio y a usted esto le viene como anillo al dedo. Cree que me tiene entre la espada y la pared, pero tengo otras opciones que usted no está tomando en consideración.

–No hay nadie en Norteamérica que disponga de mis contactos –contraatacó el señor Rudy.

–Eso no lo dudo. Pero me parece que no lo ha pillado. –Frances desvió la mirada por encima de la cabeza del señor Rudy–. ¿Ha oído los rumores sobre mi salud mental?

–No. –Guardó unos instantes de silencio–. He oído que es usted rarita.

–Rarita.

–Rarita, sí. De trato difícil.

–Difícil.

El señor Rudy se aclaró la garganta.

–Y también está la historia de su marido.

Frances pareció desconcertada.

–Disculpe, ¿qué historia es esa? –le preguntó.

–Ya sabe. Lo de que usted encontró el cadáver.

–¿Sí? –lo retó ella.

–Ya sabe... –dijo el señor Rudy. Se lo notaba incómodo.

Frances alzó un dedo, como si hubiera encontrado la respuesta por su cuenta.

–Lo encontré, sí, pero lo dejé allí durante unos días, ¿no es así?

El señor Rudy asintió.

–¿Y la gente sigue hablando de eso? –preguntó Frances divertida.

–Por supuesto. Bueno, ya sabe... Desde luego que sí.

Frances negó con la cabeza. Se inclinó hacia delante y se acercó lo suficiente al señor Rudy para que este sintiera su aliento sobre la cara cuando habló:

–Ahora le voy a contar un secreto. Soy algo más que rarita. Hay una parte sustancial de mí que desearía prender fuego a este edificio con mi hijo y conmigo dentro. ¿Qué le parece?

El señor Rudy se quedó descolocado.

–Eso no es asunto mío.

–Yo creo que sí. Porque si no consigo lo que quiero, esa parte de mí va a ganar todavía más peso. Señor Rudy, es importante que comprenda mi punto de vista y sea capaz de entender la realidad y magnitud de mi nihilismo. Dicho lo cual, usted y yo sabemos que muchos de los objetos que hay en esta casa son de una calidad excepcional. Mis pertenencias valen una pequeña fortuna. ¿A cuánto puede ascender el quince por ciento incluso en una venta discreta y rápida? Piense en la cantidad de calcetines que se podría comprar con ese dinero. –El señor Rudy entrecerró los ojos, pensativo. Frances añadió–: Y ahora, sin una palabra más, voy a acompañarlo a la puerta.

Lo hizo, se dieron la mano en el vestíbulo y el señor Rudy se sorprendió a sí mismo

aceptando la comisión del quince por ciento. Sabía que lo lógico era que detestase a esa mujer, pero no fue así, no era capaz de odiarla. Para alguien que detestaba a todo el mundo, sobre todo a sí mismo, era una sensación exótica y embriagadora.

–Puede llamarme Ralph –le dijo.

–Le llamaré señor Rudy.

Frances le cerró la puerta en las narices y se refugió en la biblioteca, desde donde llamó a la criada para que le preparase un old fashioned. El sol invernal resplandecía a través de las ventanas y sintió un estremecimiento ante el horripilante devenir de la vida. Telefoneó a la habitación de Malcolm; él descolgó pero no abrió la boca, se limitó a permanecer sentado respirando sonoramente.

–Baja aquí, chavalote –le ordenó ella–. Vamos a pensar juntos en el lado positivo de todo esto.

Colgó, bebió y esperó.

Con la liquidación en marcha, Frances y Malcolm regresaron a sus suites en el Four Seasons. Durante ese periodo, apenas se vieron.

Malcolm dedicó el tiempo a leer. Su interés se centraba en ese entonces en los relatos autobiográficos de viajes desastrosos a regiones inhabitables del mundo. Se pasaba el día en bata, con las cortinas echadas y el televisor encendido pero en silencio. No cambiaba nunca el canal; miraba la pantalla de vez en cuando, como quien contempla la ventana para comprobar qué tiempo hace. Pedía al servicio de habitaciones seis comidas diarias: un desayuno a las nueve y otro a las once, almuerzos a las dos y a las cuatro y cenas a las siete y a las once. No comía por rabia, ni por desesperación o pesar, sino por disciplina, como si formase parte de un estricto entrenamiento. Por la tarde se ponía el bañador e iba un rato a la piscina, pero aparte de eso no salía para nada de la habitación. Al cuarto día ya no soportaba la charla trivial con los camareros que le subían la comida, de modo que pedía que se la dejaran delante de la puerta. Sabía por experiencia que empezaba a sufrir depresión hotelera.

Frances se dedicó a ver programas basados en hechos reales. Si aparecía en pantalla cualquier cosa que tuviera que ver con cárceles ya no podía apartar la vista. El sonido metálico de la verja de una prisión, el amenazante parloteo a lo lejos de un grupo de presos a los que no se veía, el repiqueteo de unas llaves en el uniforme de poliéster de un guardia: todo eso era para Frances como la hierba gatera para un gato. No es que disfrutase viendo las desgracias ajenas, ni que se regodease en su propia libertad. Tanto a ella como a Malcolm les conmovía, a cada cual en su respectiva área de interés, cualquier experiencia real descrita con tal detalle que resultaba palpable. Ambos bebían con profusión, cuando no directamente en exceso.

Joan mantenía el contacto con Frances, le enviaba notas y le dejaba mensajes a través del conserje. Frances había estado evitando a Joan, pero cada vez sentía más ganas de quitarse ese peso. Finalmente quedaron para tomar el brunch un domingo por la mañana a principios de diciembre.

—¿Se comenta que estoy arruinada?

—Sí que se comenta. —Joan masticó un trozo de apio—. ¿Lo estás? A tu vieja amiga Joan se lo puedes contar.

—Lo estoy.

—¿Y qué significa exactamente arruinada?

—Significa que no me queda nada.

—¿Y qué significa exactamente nada?

Frances se lo explicó. Joan la escuchó muy seria.

—¿Y qué pasaría —inquirió— si te hablase de la posibilidad de un préstamo?

—No tienes por qué hacerlo.

—¿Qué me dices de un regalo? ¿Eso sería mejor o peor?

—Las dos opciones serían igual de horribles.

—¿No puedes ceder?

—No.

–Se me ocurre una idea –propuso Joan.

Frances esperó a que se la explicara sin dejar de mirarla.

–Probablemente sea una idiotez –continuó Joan–. Pero es una posibilidad y cuantas más puedas barajar, mejor, ¿no crees?

Frances siguió escuchando inmóvil.

–Mi apartamento parisino. ¿Hace cuánto que no voy, año y medio? Y ahí sigue.

Frances asintió. Comprendía la propuesta y se preguntó si merecía o no la pena esconder su bochorno. Joan le cogió la mano a su amiga.

–No te precipites al valorarlo. Es lo más sensato.

–Sensato –dijo Frances.

–Sensato.

–Sensato. –Frances experimentó ese fenómeno de una palabra familiar que va perdiendo significado–. Sensato.

Joan se impacientó y pellizcó a Frances en el brazo. Frances movió los labios como diciendo «¡Ay!», pero no llegó a emitir sonido alguno. Golpeó el dorso de la mano de Joan con una cuchara. «¡Ay!», gritó Joan, y ambas se apoyaron en el respaldo de su silla respectiva, Frances frotándose el brazo y Joan la mano, ambas mirándose con serenidad.

Se les acercó el camarero y pidieron la comida y una botella de vino. Comieron lo que habían pedido y se bebieron el vino y pidieron una segunda botella, que también se acabaron. París todavía no estaba decidido, pero la opción empezó a tomar cuerpo, porque era viable y como plan al menos resultaba estiloso. Hablaron de la ciudad con un tono juvenil y romántico. Ambas habían estado enamoradas y a ambas las habían amado en París, Francia. Joan se mostró envidiosa ante la idea de que Frances se instalase allí de forma permanente o semipermanente, y Frances al principio lo aceptó, pero cuando la cosa se prolongó dijo que ya estaba bien de fantasear y que debían llamar a las cosas por su nombre.

–¿Y cuál es? –quiso saber Joan–. ¿Cómo hay que llamarlo?

–Una hecatombe.

Se acercó el camarero.

–Señoras, ¿qué les ha parecido la comida hoy?

–Una maravilla.

Cuando llegó la cuenta, Frances y Joan trataron de cogerla al mismo tiempo. Se produjo un tira y afloja y el papel acabó hecho pedazos por las afiladas uñas de una y otra, y ambas rompieron a reír. El camarero les trajo una nueva copia y Frances se la pasó ceremoniosamente a Joan. Salieron del restaurante cogidas de la mano y Frances parecía al borde de las lágrimas. Más tarde, mientras fumaba un cigarrillo en el callejón, el camarero se quedó ensimismado al pensar en ella. El abatimiento no había mermado la belleza de Frances y él había contenido el aliento mientras contemplaba cómo se alejaba.

Frances se despidió de Joan, regresó a casa y se la encontró vacía. El servicio ya se había marchado, pero el señor Rudy seguía allí y se paseaba por el piso celebrando sus logros. Había conseguido vender a muy buen precio un montón de cosas y Frances trató de sobrellevar su entusiasmo; pero de pronto el tipo empezó a comportarse de un modo raro, se puso a llamarla Francey y a tocarle la muñeca. El señor Rudy lucía un traje nuevo y desprendía un intenso olor a colonia almizclada. Cuando le propuso a Frances celebrar el éxito con una cena, ella le plantó una gélida mano ante el ancho rostro y le espetó:

–Señor Rudy, antes me follo a una anguila.

Tras el comentario, él adoptó una actitud ofendida, a la que Frances también se sobrepuso. Mientras dividían las ganancias, ella tuvo la certeza de que él se estaba quedando más de lo que le correspondía, pero no dijo nada, se limitó a coger su parte, le dio las gracias y lo invitó a marcharse envuelto en su empalagosa colonia. El cheque era un buen pico, pero no lo suficiente para ser otra cosa que un alivio momentáneo, y Frances contempló los ceros desolada. Le envió el cheque al señor Baker y le pidió que le entregase la cantidad en euros lo más rápido posible.

Malcolm seguía en su suite. Estaba hablando por teléfono con Susan.

–Comamos algo –propuso ella.

–No puedo.

–Pues bebamos algo en el bar.

–No.

Recordando ciertas actitudes del pasado, Susan dedujo que Malcolm sufría depresión hotelera. Con tono paciente le dijo:

–Malcolm, quiero verte. Dime cómo hacerlo.

–Creo que podría ir un rato a nadar –respondió él.

Noventa minutos después Malcolm estaba junto a la piscina en bañador mientras Susan le salpicaba agua. Él se acuclilló hasta hacerse casi una bola, con los dedos de los pies colgando sobre el borde de la piscina. Se inclinó poco a poco hacia delante y se zambulló en el agua. Su cuerpo emergió a la superficie boca abajo e inerte. Pasó un buen rato; Susan lo observaba sonriente. Habían nadado juntos muchas veces y ya se esperaba ese tipo de actuación. Malcolm sacó la cabeza del agua y respiró con fuerza.

–A esto lo llamábamos el Muerto Flotante.

–¿Quiénes?

–Mis amigos del colegio y yo.

–Nunca has tenido un amigo.

–Tuve cuatro amigos.

–¿Cómo eran?

–Niñatos ricos como yo. Uno era un obseso sexual, otro era deportista, otro creo que era gay. Y el cuarto era un tío misteriosamente feliz.

–¿Y cómo era el grupo?

Malcolm pensó un momento cómo expresarlo.

–Una panda de desconsolados.

–¿Por qué desconsolados?

–Bueno –respondió él–. Eso fue antes de que apareciese Frances. Ya te lo había contado.

–No, la verdad es que no. –Estaban cara a cara, porque iban nadando juntos–. Cuéntamelo ahora –le pidió ella.

Él se llenó la boca de agua, alzó la cabeza y la escupió lanzando un chorro.

–No sé por dónde empezar.

–Empieza por el final.

–Mi padre murió y Frances se presentó sin avisar en la academia.

–Y en aquel entonces tú no la conocías muy bien, ¿verdad?

–Apenas.

–¿Y habías conocido a tu padre?

–Muy poco.

–Pero ¿te sentiste desconsolado por su muerte?

–No, sentí vergüenza.

–Por cómo sucedió.

–Claro. Salió todo en los periódicos. El notorio Frank Price. Mi padre tenía un montón de enemigos y se lo estaban pasando en grande con los detalles. Y mi madre quedó retratada como una especie de monstruo.

–¿Los demás chicos lo sabían?

–Sí.

–¿Y fueron crueles contigo?

–Sí.

Se produjo un silencio, hasta que Susan dijo:

–Malcolm, dime por qué estabas desconsolado.

–Estaba desconsolado porque ni Frances ni mi padre se molestaron jamás siquiera en simular que sentían algún tipo de afecto por mí. La mayoría de los alumnos de la academia teníamos en mayor o menor medida esa sensación, pero lo de mis padres era exagerado. Ni una felicitación por mi cumpleaños. Ni una postal. Había pasado diez meses sin ver a ninguno de los dos cuando mi padre murió y entonces apareció Frances con su abrigo de piel y ya achispada a las once de la mañana. Y me dijo: «¿Qué tal estás, chavalote?»

–¿Estabas enfadado con ella?

–Estaba impresionado.

–Y ella te sacó de la academia.

–Me preguntó qué quería hacer y yo le dije que no lo sabía. Ella me propuso: «¿Quieres venirte conmigo?», y yo le respondí que sí.

–¿Qué edad tenías?

–Doce años.

A Susan empezaban a dolerle los brazos, pero siguió nadando. Estaban solos en la piscina; hacía calor, pero el agua estaba fresca, la luz era tenue y los ruidos sonaban amortiguados y difusos. Malcolm mantenía un rostro inexpresivo. Se rumoreaba que después de que Frances lo sacara del colegio, no había vuelto jamás a clase, y Susan le preguntó si era cierto.

–Jamás volví a pisar una clase –dijo él–. Pero contaba con la señorita Mackey.

La señorita Mackey era la tutora de Malcolm. Durante dos años apareció cada día laborable en el apartamento para darle clase. Al principio le enseñaba francés, finalidad para la que la había contratado Frances. En cuanto completó la tarea, no la despidió, sino que le pidió que se quedara y le enseñase a Malcolm «otras cosas». Ella la preguntó a Frances a qué se refería y esta respondió: «Cosas fascinantes.» La señorita Mackey interpretó que podía enseñarle lo que quisiera y eso fue lo que hizo.

Era una mujer delgada y melancólica de treinta y cinco años, con una ligera separación entre sus incisivos superiores y unos desarmantes ojos azul claro. Algunas de las clases las dedicaba a sus preguntas sin respuesta sobre la terrible estupidez de la existencia, la falibilidad del amor romántico y sus sospechas de que la insatisfacción y los defectos eran consustanciales a la condición humana. En una ocasión sentenció: «Intento marchar al paso del desfile, pero el tamborilero no toca a mi ritmo.» A veces no aparecía y Malcolm la telefoneaba a su casa. Las explicaciones de la maestra eran siempre de lo más sinceras: había sucumbido a una angustia que no era capaz de dominar. «Pero, Malcolm, te prometo que mañana estaré ahí. ¿Me echas mucho de menos? Me encanta cuando te sientas y te pones a rascarte la barriga delante de mí, caballere.» Al final del primer año juntos, Malcolm se había enamorado de ella, y la profesora

era consciente y manejaba ese sentimiento con suma delicadeza y precaución. Le encantaba ejercer su poder sobre él, pero ni abusaba de él ni lo cultivaba.

Trabajaban por las mañanas en la biblioteca y después comían juntos en algún restaurante o café. Frances quería que Malcolm comiese fuera de casa a diario, porque, tal como le dijo a la señorita Mackey, «los camareros saben más que nadie sobre la vida». En esas comidas, Malcolm se sentía magnánimo; empezó a pagar él mismo las cuentas y a sentir respeto por el dinero debido al papel que le permitía representar. Si a un camarero le daba por flirtear con la señorita Mackey, Malcolm no le dejaba ni un céntimo de propina. En cambio, si trataba a Malcolm como un igual, recibía una generosa gratificación. La señorita Mackey le afeaba este comportamiento y le señalaba que demasiado a menudo el dinero usurpaba el lugar de la comunicación verbal. Pero no podía negar que se sentía fascinada por Malcolm y así se lo hizo saber muchas veces.

El día que él cumplía catorce, la señorita Mackey no apareció para dar la clase y no cogía las llamadas ni respondía a sus mensajes. Al día siguiente la situación continuó igual y esa tarde él cogió el metro por primera vez en su vida para ir al apartamento de su profesora. Malcolm le describió el escenario a Susan:

–Abrió la puerta con una bata toda manchada. Parecía asustada. Tiró de mí para que entrase como si llegara tarde. Su apartamento era deprimente: un colchón en el suelo, una sábana colgada con chinchetas para cubrir la ventana y la nevera perdía agua y encharcaba el suelo de la cocina. Descubrir que era pobre me impactó. Nunca había visto algo así y la verdad es que me asusté. Ella me hablaba en inglés, no me respondía en francés. Me hizo sentar y me preguntó con un tono extrañamente alegre:

»«¿Qué puedo hacer por ti?»

»«Es mi cumpleaños», le dije.

»«Tu cumpleaños fue ayer.»

»Me dolió que lo supiera y no hubiese aparecido. Le pregunté por qué no había venido y ella me respondió de un modo muy educado:

»«Malcolm, ahora mismo estoy enfrascada en un asunto.»

»«¿Cuándo vas a volver?»

»Se lo pensó un rato y respondió:

»«En un par de días.»

»De modo que volví a casa y esperé. Frances se percató de que estaba solo y me preguntó dónde estaba la señorita Mackey. Le conté que estaba enferma, pero volvería pronto. Mi respuesta debió de sonar cargada de emoción, porque Frances se olió algo y se puso a interrogarme. No le llevó mucho tiempo lograr que yo admitiera que la señorita Mackey se había convertido en objeto de mi deseo. Yo creí que le estaba contando algo positivo, pero cuando terminé de explicárselo, ella telefoneó a la señorita Mackey y la despidió. No volví a verla. Yo me quedé desolado, pero me llevó un mes reunir el valor necesario para regresar a su apartamento. El conserje me dijo que se había mudado, no sabía adónde. Frances me preguntó si quería regresar al colegio, yo le dije que no y a ella le pareció bien, pero a condición de que fuese de manera regular a museos y bibliotecas.

–¿Qué se entiende por regular? –preguntó Susan.

–Cinco horas al día, cinco días a la semana. El Metropolitan, los Cloisters, la Frick Collection, la Morgan Library. Iba de un sitio a otro.

–¿Durante cuánto tiempo?

–Cuatro años.

–¿Te pasaste cuatro años yendo solo a museos durante cinco horas al día cinco veces por semana?

–Sí.

–¿Y no te sentías solo?

–Estaba solo.

–¿Frances nunca te acompañaba?

–Casi nunca. Yo deseaba que lo hiciera. En una ocasión me dijo: «¿Y qué pasaría si decidiesen que soy una escultura y no me dejasen volver a casa?» –Sonrió al recordar aquella escena, se dio impulso con la pared de la piscina y se puso a nadar sin prisas un largo.

Susan pensó en cuando se conocieron. Fue en una época deprimente de su vida; había acabado el instituto y estaba en casa, pensando en la mierda de vida que tenía por delante y acostumbrándose a la inquietante sensación de vacío, sobre todo en lo que al amor respectaba. Siempre había atraído a los hombres y esa atención que generaba la satisfacía, pero al final no la llenaba. Y resultaba asfixiante, porque sus pretendientes, ante la mínima señal de ser correspondidos se apresuraban a considerarla de su propiedad. A ella ese tipo de hombres no le interesaban. Había sentido algo parecido al amor durante el último año de instituto, pero tanto el chico, que se llamaba Tom, como el planteamiento que este tenía de la relación, eran muy bobos. La rapidez con la que la consideró su compañera para toda la vida resultaba sospechosa; la seleccionó como si la cogiera de un estante. Ella trató de imaginárselo como alguien decidido y no robótico, pero fue incapaz; no lograba sentir admiración por él. Rompió con el chico antes de la ceremonia de graduación. La cara de Tom al atravesar el escenario para recoger su diploma expresaba todo su desprecio y justo después habló con ella entre la cacofonía de gritos de celebración de los estudiantes que los rodeaban: «Ya sé que no es el momento y probablemente debería contenerme, pero quiero que sepas que eres una gilipollas integral.» Los birretes de la graduación volaron por los aires como murciélagos; Susan los contempló a través de sus enormes gafas de sol.

Llevaba varias semanas en casa y se había encerrado en el dormitorio de sus padres para evitar el cóctel de la planta baja cuando de pronto emergió Malcolm del armario de su fallecido padre dando cuerda a un reloj de pulsera. Cuando Susan se aclaró la garganta, él se estremeció y puso cara de haber sido pillado in fraganti. Ella se le acercó y le preguntó si, como parecía, estaba robando el reloj de su padre. Él lo admitió y a continuación le pidió una cita. Ella le dijo que iba a gritar; él le pidió que se contuviese y ella le hizo caso. Malcolm le prometió a Susan que, si aceptaba comer con él, podrían mantener una conversación interesante y que, al final del almuerzo, le devolvería el reloj y de rebote tal vez pudiesen forjar una amistad. La sensatez aconsejaba a Susan no aceptar la propuesta pero, tal como ya se ha comentado, el cóctel le parecía soporífero y, además, le bastó con mirar a los ojos a Malcolm para tener la certeza de que su mente no albergaba pensamientos malignos y que comer con él no sería más peligroso que dar un paseo por el parque.

Almorzaron juntos. En mitad de la comida ella cayó en la cuenta de que él era el hijo del fallecido Franklin Price y por tanto resultaba que el ya de por sí misterioso personaje estaba envuelto en un escándalo. Después de que Malcolm pagase la cuenta, ella le pidió que le devolviera el reloj.

–Oh, por favor, Susan, deja que me lo quede –pidió él con tono zalamero.

A ella el modo solemne en que hizo la petición le pareció entrañable, pero le dijo que la hacía sentirse incómoda.

–Yo me siento incómodo la mayor parte del tiempo –le confesó él.

–¿Sabes que mi padre está muerto?

–No lo sabía. ¿Tenías una relación muy estrecha con él?

–No muy estrecha.

–¿Lo odiabas?

–No.

–Pero tampoco lo querías, ¿verdad?

–Era mi padre –respondió ella.

Él se repantingó en la silla y cerró los ojos, como si se dispusiera a tomar el sol.

–Está bien que los padres se mueran –dijo, acercándose el reloj a la oreja.

Susan sonreía, sin saber muy bien por qué.

–Tal vez debería prestártelo –dijo.

–Ajá –replicó Malcolm.

Al principio su relación fue platónica. Iban al cine. A Malcolm le encantaba el cine, todo tipo de películas, incluso las que estaban mal escritas, dirigidas e interpretadas. De hecho, parecía no tener opinión alguna sobre las películas que veía; después se limitaba a decir: «Me encanta ir al cine.» En cuanto se apagaban las luces no pronunciaba una palabra ni respondía a nada que se le dijese. Al salir de la sala daban largos paseos sin rumbo, hiciese el tiempo que hiciera, y Malcolm hablaba mucho, aunque no decía nada particularmente revelador.

Se describía a sí mismo como un ávido nadador, pero Susan descubrió que, más que nadar, se limitaba a flotar; no le interesaba hacer ejercicio, sino experimentar la sensación de inmersión y humedad.

Bebía, en ocasiones en exceso, pero no había en ello nada oscuro; no pretendía borrar determinados pensamientos, sino poner a cero el reloj, provocar que sucediese algo. Una mañana la telefoneó después de una noche que se había alargado mucho, y pese a que se notaba que estaba hecho polvo, se puso a hablar con absoluta seriedad sobre la irrefutable justicia de la resaca. Ella jamás había conocido a alguien como él y lo admiraba por su inhabitual, complejo y casi insostenible sistema de creencias. Susan acabó descubriendo que Malcolm nunca decía una palabra banal y el chico acabó despertando en ella una curiosidad que ninguno de sus amigos de toda la vida había sido capaz de generar.

Pero ¿lo introdujo Susan en su círculo íntimo? La mera idea resultaba inverosímil. A Malcolm no le asustaba sentirse incómodo en sociedad, lo cual no quiere decir que lo buscase; pero le sucedía con suficiente frecuencia como para asumirlo como un peaje y lo soportaba sin quejarse. A medida que su presencia en la vida de Susan se incrementaba, ella empezaba a temer la catastrófica colisión entre los dos mundos: sus amigas encontrándolos a ella y a Malcolm por casualidad en un restaurante e insistiéndoles en que comieran todos juntos. Malcolm no se quitaría sus gafas de sol. Pediría sus huevos «apenas revueltos» y los bañaría en salsa de tomate. No abriría la boca a menos que alguien se dirigiera a él y en ese caso respondería con concisión, y el grupo se iría viendo envuelto en un agónico silencio. La peor parte de esa situación era imaginar la conversación que se produciría entre sus amigas después de que Susan y Malcolm se marchasen. Estaba segura de que no tendrían piedad. Por tanto, estaba decidida a evitar a toda costa que ese encuentro llegase a producirse.

Malcolm no era consciente de la preocupación de Susan. En su mente no había espacio para pensar en ella más allá de los momentos que compartían y por lo tanto no podía sentirse ofendido por la negativa de ella a presentárselo a sus amistades.

Al principio Susan veía a Malcolm como una mascota exótica, como un antídoto temporal contra la depresión postestudios, pero de pronto sucedió algo terrible: se enamoró de él. Fue como si le sobreviniese una enfermedad; empezó a rondarle de forma difusa y después cayó sobre ella, atrapándole la mente y el corazón. Pensó que sería algo pasajero y esperó unos días antes de afrontarlo, pero repentinamente ya no podía seguir ignorándolo.

Estaban sentados en el prado central del Central Park. Malcolm señalaba a un colibrí que les revoloteaba por encima. El pájaro describió un par de círculos oblongos, se detuvo y se alejó a toda velocidad. Malcolm había seguido sus movimientos con la punta de un dedo. Estaba señalando el cielo vacío cuando Susan le dijo:

–Bueno, Malcolm, siento aguarle la fiesta, pero me parece que me he enamorado de ti.

Él se sacó del bolsillo de la chaqueta un bocadillo de queso que se había traído y se lo comió en silencio. Después pasearon por el parque. Ella se pegó a él y le agarró con torpeza la muñeca. Él se detuvo y entrelazaron los dedos.

–Así es como nos vamos a coger de la mano –le dijo él.

Malcolm no eludió mencionar a Frances, pero se resistía a convertirla en tema de conversación. Susan se contuvo para no mostrar su alarma cuando descubrió que Malcolm y su madre seguían viviendo juntos; y aunque él hablaba de ella como alguien que necesitaba asistencia, la cantidad de actividades que hacían juntos contradecía esa imagen. Cuando Susan lo llamaba para quedar, la mitad de las veces él le decía que estaba ocupado. ¿Ocupado haciendo qué? «Me gustaría conocer a tus amigos algún día», le dijo ella en una ocasión. «Oh, no tengo amigos», contestó él. No se percibía mortificación alguna en la respuesta. El tono fue idéntico al que podía haber usado alguien para decir: «No tengo coche.» Posteriores investigaciones aclararon más detalles sobre Frances. A Susan le incomodaba el tono de voz de Malcolm cuando salía el tema de su madre. Estaba tan clara e inexorablemente enganchado a esa mujer que a Susan le resultaba imposible no verla como una antagonista opuesta a su felicidad.

–Quiero conocer a tu madre –le dijo por fin a Malcolm, que hizo una mueca de dolor, bufó y se tomó su bebida. Frances era una persona «difícil», le advirtió; podía ser «entrometida». Pero estas advertencias, unidas al notoriamente extraño comportamiento de Frances tras la muerte del padre de Malcolm, no hacían más que acrecentar el interés de Susan. Tras año y medio de relación y tenaz insistencia, Malcolm se resignó a organizar una cena de los tres en la casa que compartían Frances y él.

Susan llegó a la hora convenida y se disponía a llamar a la puerta cuando Frances la abrió. En su juventud había sido célebre por su belleza y elegancia, y seguía poseyendo ambos dones, pero tenía un brillo escrutador y malévolo en la mirada que anulaba ese encanto e hizo que Susan guardase las distancias. «Ponte bien erguida y veamos qué pinta tienes», le ordenó Frances. Sin embargo, Susan ya estaba perfectamente erguida. De hecho, parecía que todo lo que Frances le dijo a Susan esa noche tenía, sin ningún género de dudas, una voluntad insultante. «¿Te lo han regalado?», le preguntó señalando el brazalete ciertamente audaz que lucía. Y cuando Susan no se acabó todo lo que tenía en el plato, Frances comentó: «Yo ya soy demasiado mayor como para siquiera plantearme ponerme a dieta.»

Tras la cena, tomaron martinis en la biblioteca. Frances, tan borracha que apenas se movía, se sentó frente a Susan. De vez en cuando la miraba, esbozaba una sonrisa y hacía algún comentario negativo para sus adentros. Después se la quedó mirando fijamente. Igual que un leopardo contemplando a los visitantes del zoo con unos ojos que dicen: «Si no fuera por el cristal, os devoraría.» Esa noche Malcolm era como un holograma y sus únicas muestras de apoyo a Susan

eran algún ocasional gesto de asentimiento difusamente solidario. «Tú te lo has buscado», parecía decirle, lo cual, claro está, era cierto, y ofensivo.

En resumidas cuentas, la velada fue una catástrofe. Cuando el silencio empezó a resultar doloroso, Susan se puso en pie y anunció que se marchaba. Malcolm dormitaba o simulaba hacerlo; Frances acompañó a Susan a la puerta, le acarició la mano y le rogó que volviera cuando se sintiera «más relajada». Después de que Frances cerrase la puerta, Susan se quedó plantada en la acera, con la mirada alzada hacia el apartamento. Sentía una desazón que era consecuencia directa de la tensión de la velada. Una voz desconocida le habló y le advirtió: «Ándate con cuidado.» En ese momento apareció la silueta de Frances en la ventana y Susan se marchó.

La madre del hombre del que se había enamorado por accidente no aprobaba su relación: eso estaba claro. Pero era un problema clásico, ¿no? Era un tropo. Se negó a dar pábulo a sus temores. Era impensable que Frances maniobrara para destruir la relación y todavía más que lograra su propósito.

En la piscina del Four Seasons Susan se enteró de que sí lo había hecho. Malcolm le contó que se marchaba a París. Su partida era inminente y, al parecer, permanente. La retahíla de angustiadas preguntas de Susan toparon con el Malcolm más difuso y exasperante. El interrogatorio se fue agotando; no había nada más que decir; había llegado el momento de que Susan se olvidase de esa relación de una vez por todas. Se desmoronó. Con un hilo de voz le preguntó a Malcolm:

—¿Por qué no me amas como es debido?

Es probable que él la oyese, pero no respondió.

—La espada que se sumerge —dijo. Y se hundió bajo el agua. Asomó la pierna derecha con los dedos del pie apuntando al techo, como los de una bailarina en puntas. La depilada pierna empezó a sumergirse hasta que desapareció por completo y en la superficie del agua no quedó más que una leve ondulación circular.

Malcolm y Frances desayunaron en la suite de ella. Conversaron sobre banalidades y nada en su actitud permitía pensar que estaban a punto de dejar atrás lo que hasta ahora habían sido sus vidas. Frances le pidió a Malcolm que se encargara de ir a pagar la cuenta de los dos en el hotel, él lo intentó, pero regresó con la noticia de que ninguna de las tarjetas de crédito funcionaba. Frances cogió el teléfono para hablar con recepción; cuando su petición de crédito fue rechazada, se indignó:

–Oiga, comoquiera que se llame usted, no me llame señora Price con este tono, ¿cuántos cientos de miles de dólares míos se ha embolsado a lo largo de los años?

–Yo personalmente ninguno –replicó el encargado–. El hotel le agradece que se haya hospedado tantas veces. Y esperamos que en un futuro se produzcan nuevos intercambios beneficiosos para ambas partes. Por favor, indíqueme cómo podemos ayudarla a zanjar el asunto que ahora nos ocupa.

Frances colgó. Malcolm ofreció el dinero que le quedaba para pagar la cuenta, pero Frances le dijo que iban a necesitarlo para comprar los billetes para abandonar el país, encargó que un conductor de limusina recogiese con discreción su abundante equipaje, ella y Malcolm abandonaron el hotel sin pagar y regresaron caminando a casa. En el vestíbulo, el portero les informó de que el representante del banco había colocado un candado en la puerta de su apartamento. Frances y Malcolm volvieron a salir y se toparon con Pequeño Frank sentado muy tristón en la acera. «Hola, atontado», le dijo Frances. El gato la miró un instante y acto seguido giró la cabeza. Ella le dijo a Malcolm que tenía que hacer un recado y que se encontrarían en la terminal de pasajeros del puerto en la Duodécima Avenida a mediodía. Él se alejó sin decir palabra y Pequeño Frank lo siguió; un instante después se detuvo ante Frances una limusina. Ella dio unos golpecitos a su reloj de pulsera.

–Admiro tu puntualidad –le dijo al conductor.

–Y yo admiro su abrigo –replicó este.

La condujo hasta la oficina del señor Baker en el centro. El asistente sirvió zumos y pastas, y el señor Baker se sentó sonriente en su silla, como si él y Frances acabasen de cerrar un gran negocio juntos y quisiera hablar de nuevas oportunidades de futuro. Le preguntó a Frances por qué le había pedido el dinero en euros y ella le respondió:

–Me voy a París.

–Estupendo. Hablas el idioma, ¿verdad?

–*Oui, petit cochon*. –El señor Baker no lo entendió–. Pequeño príncipe –le aclaró ella.

El dinero estaba apilado en la mesa que los separaba. El señor Baker observó cómo ella iba guardando los fajos en su enorme bolso negro. Sabía que debía decir algo, decidió no hacerlo, pero no se pudo resistir.

–¿Vas a llevar ciento setenta mil euros en el bolso?

Ella se colgó el bolso del hombro.

–Nunca te había preocupado lo más mínimo –respondió ella–. ¿Por qué empezar ahora?

Él se levantó y le tendió la mano.

–Frances, te voy a echar de menos.

–Sí, todos vosotros. –Le estrechó la mano y se marchó. El señor Baker se volvió hacia su asistente y lo miró con aire divertido.

–Rompieron el molde después de crearla –sentenció.

–*Cochon* significa cerdo –le aclaró el asistente.

Malcolm y Pequeño Frank la esperaban en el exterior de la terminal de pasajeros del puerto, junto a un contenedor rebosante de basura. En cuanto el conductor empezó a descargar el equipaje en la acera, Malcolm cayó en la cuenta de que iban a tomar un transatlántico rumbo a Francia. Dado que sufría mareos al ir en barco, le pidió a Frances que reconsiderara la posibilidad de ir en avión. Ella se mostró comprensiva, pero se mantuvo firme en su decisión: estaba afrontando su crisis con todo su dramatismo y quería, necesitaba, confrontar la inmensidad del océano con el profundo dolor de su corazón. Le pidió a Malcolm el dinero que llevaba encima y él se lo entregó.

Entraron en la terminal y siguieron el camino marcado por las cintas extensibles hasta las taquillas de venta de billetes. Frances pidió dos camarotes en primera a un individuo triston y gris elevado sobre una tarima. «Pasaportes», pidió este, y Frances se los tendió. Cuando el tipo se percató de la presencia de Pequeño Frank aovillado entre los brazos de Malcolm, exigió la documentación del animal. Frances le dijo que no la tenía y el hombre dejó escapar un suspiro de agotamiento espiritual.

–No puedo permitirles subir a bordo un animal sin la documentación pertinente –les informó.

–De acuerdo –dijo Frances, y dirigiéndose a Malcolm añadió–: Déjalo en la calle, por favor.

–Malcolm se dirigió hacia el exterior para depositar a Pequeño Frank en la acera, delante de la terminal.

El hombre de la tarima contempló la escena con callada incredulidad. Cuando Malcolm regresó, el tipo preguntó:

–¿Van a abandonar al gato en la acera?

–Exacto –respondió Frances.

–¿Lo van a dejar en la acera y se van a largar a Francia?

–A París, Francia.

El hombre de la tarima negó con la cabeza. Se dispuso a revisar los pasaportes, pero se notaba en él una irritación creciente. Llegó un momento en que ya no pudo contenerse más.

–Si uno decide convivir con un animal, tiene que responsabilizarse de su bienestar.

Frances dio un empujoncito a los pasaportes para acercárselos más al tipo. Este estaba indignado, pero no tenía ningún argumento legal para impedir que Frances y Malcolm abandonasen Estados Unidos; les entregó los pasaportes y los billetes y les indicó con un gesto que desapareciesen de su vista. Entretanto, Pequeño Frank había vuelto a entrar a hurtadillas en la terminal y avanzaba pegado a la pared hacia el punto de embarque.

Frances y Malcolm facturaron el equipaje y se dirigieron al imponente barco. Frances se quedó deslumbrada por su tamaño, pero Malcolm se sintió de inmediato mareado y empezaron a fallarle las piernas. El transatlántico era como un rascacielos tumbado y le pareció la nave más grande que uno pudiera imaginar surcando los mares y la representación más grotesca posible de la ambición humana. Entregaron los billetes en lo alto de la rampa de embarque y Malcolm se sintió incapaz de participar en el proceso; se mantuvo a la derecha de su madre, sin atreverse a levantar la vista de sus familiares zapatos de cuero marrón, repitiendo para sus adentros: «Respira, respira, no dejes de respirar.» Cuando llegaron a su suite, ya tenía el estómago revuelto

y empezó a vomitar antes de que el barco saliera del puerto. Se echó en la cama, con una papelerera de plástico sobre el pecho, mientras Frances permanecía sentada a su lado en una silla, con Pequeño Frank en el regazo. En una mano sostenía una bebida que, según dijo, sabía a loción bronceadora con hielo.

Se aprovechó de la inmovilidad de Malcolm para hacerle un repaso de sus multifacéticas andanzas amorosas.

–Uno fue Raoul –empezó a contar–. El prototipo de *latin lover*. Siempre me estaba preguntando: «¿Recordarás esto para siempre?» Supongo que buscaba la inmortalidad. Nunca me propuso matrimonio; no quería pasarse toda la vida conmigo. Lo único que quería era que yo lo recordara después de que desapareciera, que obviamente es lo que estoy haciendo ahora mismo; para servirte, Raoul. –Frances se encogió de hombros–. Después vino Kenneth, un joven prodigio *wasp*. Estábamos en pleno ritual de cortejo prematrimonial cuando murió en un accidente automovilístico en Long Island. Con las personas cercanas que fallecen sucede una cosa: recuerdas su vida de un modo más amable. Nos decimos a nosotros mismos que en el fondo éramos conscientes de que en el plano físico morirían un día u otro, pero yo no lo era, para nada. Fue Joan quien me dio la noticia, y es verdad que lloré, pero fue más bien por obligación y después, echada en la cama sin poder dormir, me sorprendió lo poco que me importaba. Fue triste que falleciera de ese modo, pero me alegró de que no llegásemos a casarnos. Pretendía atarme corto y podría haberlo conseguido. Pero era un chico guapo, muy guapo.

»Inmediatamente después hizo su aparición Charles, que, por desgracia, era el tío casado de Kenneth. Me acorraló en el velatorio; me dijo que era importante que hablásemos. Me agarró de la muñeca y recuerdo haber quedado deslumbrada por su reloj, un Rolex, y por el moreno de su mano. “¿Qué haces en junio?”, me preguntó. Me telefoneó a la mañana siguiente y me dio instrucciones para que me encontrara con él el primer día del mes de junio en un aeropuerto a las afueras de Nueva Jersey. “Tráete el pasaporte, traje de baño y un libro interesante y grueso”, me dijo. Aplicada, yo me lo apunté todo en un papel. Fui en taxi y allí estaba Charles, detrás de la alabrada que protegía la pista. Iba en manga corta, llevaba gafas de sol y juro que estaba fumando en pipa. Me cogió la maleta y caminamos hacia la avioneta. “¿Cómo se te da lo de guardar un secreto?”, me preguntó. “Pasable”, respondí. Él creyó que me estaba haciendo la graciosa. Cuando catorce días después regresamos, yo estaba más morena que él y me entregó su reloj y me hizo una cariñosa caricia en el mentón. Estaba convencido de que yo me echaría a llorar, pero mi corazón estaba mucho de estar roto. Me había leído el libro interesante y grueso dos veces, y no porque me pareciera que mereciera la pena releerlo. Cuando el taxista me preguntó dónde había estado, le respondí que “en ningún sitio especial” y le di el Rolex como propina. Él creyó que era falso y yo no me tomé la molestia de desmentírselo. Todo el mundo en Manhattan se enteró de la aventurilla porque yo la conté. El matrimonio de Charles se fue a pique y él vino a abroncarme, pero también a preguntarme si estaría dispuesta a fugarme con él. Le dije que no y él desapareció de la faz de la tierra. Después de eso pasé a ser una persona con cierta mala fama y buscada por los amantes del riesgo. No puedo negar que me desagradara mi primer sorbo de escándalo. Y me preparé para lo que vendría después.

Malcolm se incorporó y metió la cabeza en la papelerera, pero no expulsó nada. Volvió a echarse en la cama.

–La verdad, chavalote, es que salté de un apoteósico desastre al siguiente –dijo Frances–. Así fue. Supongo que no te gusta pensar en tu madre como alguien que ha tenido una vida intensa, pero te diré algo: es muy divertido saltar de un apoteósico desastre al siguiente.

Señalando al gato, Malcolm dijo:

–Cuéntame lo de él.

Frances se levantó y llevó a Pequeño Frank hasta la puerta. Lo hizo salir al pasillo, volvió junto a Malcolm y se sentó, mirándolo con expresión paciente.

–Cuéntame tu primera cita.

–La primera cita fue en la Tavern on the Green. Él se comió su *cupcake* con cuchillo y tenedor y yo pensé: «¿Quién podría enamorarse de este hombre?»

–No me imagino los *cupcakes* de la Tavern on the Green –comentó Malcolm.

–Malcolm, es una observación banal, pero si tanto te interesa, resulta que en aquella época servían *cupcakes* de chocolate en la Tavern on the Green. Él estaba nervioso, pero lo disimulaba muy bien. Me gustó que no le diesen miedo los silencios. –La propia Frances guardó silencio.

–Sigue hablándome de él.

–No quiero.

–Pero ¿lo amabas?

La pregunta la sorprendió. Se pensó la respuesta. Parecía justo responder con sinceridad.

–Primero sí, después no, después otra vez sí y por último nada en absoluto.

Se produjo un silencio y acto seguido Malcolm vomitó con estruendo en la papelera. Frances aprovechó para retirarse. Unas horas después, sonó el teléfono. Malcolm le dijo que se había repuesto y había recorrido todo el barco.

–¿Sabías que hay una médium a bordo? Le han instalado una pequeña carpa junto al bufet. ¿Quieres ir a verla conmigo?

A Frances la ponía nerviosa la mera posibilidad de husmear en el futuro y se negó a acompañarlo; pero le pidió que después se lo contase todo con pelos y señales, y Malcolm colgó para ir a visitar a la médium.

Mientras se acercaba a la carpa creyó oír, y después tuvo la certeza de haber oído, a alguien emocionalmente afligido. Echó un vistazo a través del hueco de la ventana en forma de luna y vio a dos mujeres, una joven y otra mayor. Estaban sentadas una frente a la otra en una mesa baja llena de velas, fruta, varillas de incienso y cartas del tarot. La mujer mayor gimoteaba y la joven no. «Lo siento», dijo esta última, «lo siento.» La mujer mayor no pareció oírla; se levantó y salió precipitadamente de la carpa, ahora ya llorando a moco tendido. La mujer joven permaneció sentada; cerró los ojos y se masajeó las sienes, murmurando algo para sus adentros.

Al observarla con atención, a Malcolm sus rasgos le dieron confianza y la atmósfera –el humo, la tenue luz de la carpa, el mobiliario acogedor– le pareció propicia a la intimidad. La mujer abrió los ojos y al ver a Malcolm mirándola se sobresaltó y pegó un grito. Él salió corriendo, bajó por la escalera y regresó a su camarote. Cinco minutos después, alguien deslizó una nota por debajo de la puerta. Pensando que era un rapapolvo de la médium, abrió el sobre con temor. Pero no eran más que instrucciones de Frances para la velada.

A la hora acordada, las ocho de la tarde, Malcolm apareció en el comedor con esmoquin. Se sentó a la derecha de Frances, que lucía traje de noche. En la silla que tenía a su izquierda estaba instalado Pequeño Frank, contemplando por la ventana el oscuro cielo y el todavía más oscuro océano. También Frances lo miraba, ambos tenían la cabeza ladeada en idéntico ángulo. Malcolm le preguntó si se encontraba bien y ella respondió:

–He oído a un tipo decir que hay ocho kilómetros hasta el fondo del mar.

–¿En serio? –dijo Malcolm mientras se sentaba.

–En fin, ojalá no lo hubiera oído. Vaya comentario idiota para hacer en un crucero.

Se acercó a la mesa un camarero, un joven apuesto con el abundante cabello negro fijado con gomina. Señaló a Pequeño Frank y preguntó:

–Disculpen, ¿de quién es este gato?

Como ni Frances ni Malcolm respondieron, se lo llevó. El gato se dejó transportar sin oponer resistencia y parecía aburrido ante el traslado. Unos instantes después, Frances sintió un remordimiento de culpabilidad, o de algo parecido a la culpabilidad, y salió en persecución del camarero.

Malcolm pasó el rato observando la pista de baile, concurrida por un animado grupo de personas de avanzada edad. Giraban y se meneaban al ritmo que marcaba un trío llamativamente vulgar que tocaba sin tregua un repertorio de temas de *big band*, lo cual a Malcolm no dejaba de resultarle desconcertante, ya que los ancianos que tenía ante sí eran veinte o treinta años demasiado jóvenes para haber disfrutado en su día de esos bailes de moda que ahora emulaban con tanto entusiasmo. La mujer a la que había visto llorando en la carpa de la médium había recuperado la alegría y se abría camino entre la multitud lanzando al aire puñados de confeti. Se la veía encantada, como si toda su vida hubiera deseado pasearse con un vestido de noche rosa echando confeti sobre las cabezas de desconocidos. La muchedumbre la engulló, pero Malcolm seguía viendo las ocasionales explosiones de confeti lanzado al aire desde el fondo del salón. Estaba pescando una guinda del fondo del cóctel de Frances cuando vio pasar a la médium. La saludó; ella se le acercó y se le plantó delante.

–Me llamo Malcolm –se presentó él. Ante el silencio de ella, añadió–: ¿Vas a decirme cómo te llamas?

–Madeleine.

–Madeleine, ¿quieres tomar una copa conmigo?

–No.

–Solo una copa, Madeleine.

–No.

Frances regresó con Pequeño Frank bajo el brazo como si fuese una pelota. Ante la aparición del gato, la actitud de Madeleine cambió por completo. Hincó una rodilla en el suelo, le cogió la cabeza entre las manos y lo miró a los ojos. Alzó la vista un momento hacia Frances y le dijo:

–Tiene usted un animal muy interesante.

–¿Quién es esta persona? –le preguntó Frances a Malcolm.

–Es Madeleine, la médium.

–¿Y qué está haciendo?

–No estoy muy seguro. ¿Qué haces, Madeleine?

Madeleine se incorporó.

–Disculpad. –Y señalando a Pequeño Frank, preguntó–: ¿No lo sabéis?

–Lo sabemos.

El camarero apuesto reapareció. Lanzó una mirada desaprobadora a Madeleine; ella respondió con otra desafiante. Se sentó y acercó su silla a la de Malcolm.

–Creo que sí me voy a tomar esa copa. –Y dirigiéndose al camarero añadió–: Un dry martini.

–Se supone que no debes sentarte aquí –le advirtió el camarero.

–No seas pesado, Salvatore.

–No pienso servirte.

Frances se plantó ante Salvatore el camarero.

–Disculpa, buenas noches, hola –dijo–. ¿Hay algún problema?

Salvatore palideció.

–Buenas noches, señora. Sí, me temo que no puedo servir a esta señorita en el comedor.

–¿Y eso por qué? –preguntó ella con tono cándido.

–Porque trabaja con nosotros, señora. Es la política de la empresa.

–¿Una política de segregación?

–No creo que segregación sea la palabra correcta.

–Pues yo creo que sí. Es una palabra horrible, ¿verdad?

–Señora, disponemos de una cantina muy agradable para el personal.

Frances miró a Madeleine y esta dijo:

–Es muy oscuro y apesta a grasa.

Frances escrutó a Salvatore con su mejor expresión despectiva.

–Creo recordar que ha pedido un dry martini –dijo.

Salvatore no podía plantar cara a Frances, de modo que emprendió la retirada para pedir la bebida.

–Vaya, gracias –dijo Madeleine, y Frances cogió la patita de Pequeño Frank y le hizo saludar. Dirigiéndose a Malcolm, dijo:

–Nos vamos a retirar.

–¿Y la cena?

–Pediré que me la sirvan en el camarote. ¿Después pasarás a vernos?

Malcolm dijo que sí y Frances se marchó. Entonces Madeleine dijo:

–Es genial. ¿Cuánto te paga?

–¿Cuánto me paga?

–¿No eres su gigoló?

–Oh, Dios mío –se escandalizó Malcolm–. Es mi madre.

Madeleine alzó la mano en señal de disculpa y dijo:

–Perdóname. Pero no sabes lo común que es.

Salvatore no tardó en reaparecer con la bebida de Madeleine.

–Eres todo un puto caballero, Sally, ¿lo sabes? –le dijo ella. Se bebió el primer martini en menos de cinco minutos y a continuación pidió un segundo y después un tercero. El alcohol la relajó y se mostró amigable y curiosa. Cuando le preguntó a Malcolm sobre su vida, él le habló de lo de Susan y su madre.

–La ciudad no era lo bastante grande para las dos –dijo.

–¿De qué ciudad me hablas?

–De Nueva York.

–Pero ¿sigues comprometido?

–Técnicamente sí. ¿Eso te incomoda?

–¿Por qué iba a incomodarme?

Malcolm le preguntó por qué lloraba la señora mayor de la carpa y Madeleine le explicó:

–A una cuarta parte de los pasajeros de este barco les ronda la muerte. Pero si se me ocurre decir algo al respecto..., ya la he armado.

–¿Le dijiste a esa mujer que se estaba muriendo?

–Sí, porque es la verdad.

–La última vez que la he visto parecía fresca como una rosa. –Y Malcolm le contó lo del lanzamiento de confeti en la pista de baile. Madeleine lo escuchó sin demasiado interés.

–No volverá a pisar tierra firme –sentenció.

También Malcolm se estaba pasando con las copas y el alcohol generó un temporal cariño mutuo que dio pie a una invitación al camarote de Madeleine, un cubículo estrecho y mal ventilado repleto de ropa sucia y envoltorios vacíos de tentempiés. En cuanto cerró la puerta, Madeleine se sacó por la cabeza el vestido de gitana. Gateó sobre la cama y Malcolm se le unió. Conocía los estímulos de una inesperada aventurilla; mientras se quitaba los calcetines, exclamó: «¡No voy a necesitarlos!» Se dieron un revolcón más bien anodino. Después, el carácter de Madeleine se agrió:

–Necesito dormir –dijo. Malcolm se mostró de acuerdo y apoyó la cabeza en la almohada–. Te estoy pidiendo que te vayas –le aclaró Madeleine.

Malcolm se vistió y estaba a punto de agarrar el pomo de la puerta cuando alguien llamó con unos golpecitos desde el pasillo. Él miró a Madeleine, pero ella no reaccionó; permaneció echada boca arriba en su camastro. El golpeteo se repitió, ahora más fuerte. Malcolm dio por hecho que era un amante de Madeleine que venía a hacerle una visita. ¿Salvatore? Eran las tres de la madrugada y Malcolm estaba agotado. Sabía que no podía quedarse allí plantado eternamente, pero tampoco podía volverse a la cama con Madeleine. Cerró los ojos y sintió el lento balanceo del agua bajo sus pies. Ocho kilómetros de profundidad; era un dato terrorífico. Pensó en el barco hundiéndose de morros hacia la oscuridad abisal y en el inevitable impacto a cámara lenta contra el fondo arenoso del océano.

Frances estaba acostada en la cama, con la bata añil y el cabello suelto, y se contemplaba en un espejo de mano mientras le hablaba a Pequeño Frank, sentado a su lado y escuchándola parecía que con interés.

–En cierto modo es como una jubilación –explicó–. Aunque no, porque yo nunca he trabajado, de manera que no me puedo jubilar. Y además, ¿quién se jubila después de perder todo su dinero? –Hizo una mueca desdeñosa. Bajó el espejo y miró a Pequeño Frank–. No sé muy bien cómo vamos a colarte en Europa –le dijo. Volvió a levantar el espejo y se succionó las mejillas–. Todo mi maravilloso dinero. –Guardó un instante de silencio antes de apagar la lámpara de la mesilla de noche.

Pasaron los días. No sucedió nada. El océano era más extenso de lo que Frances había imaginado y deseó que el barco avanzase más rápido. La última noche a bordo, a ella y a Malcolm los invitaron a cenar en la mesa del capitán. El capitán era un sesentón con aires de galán prototípico y cabellos plateados. Pidió su filete poco hecho, bebió whisky con hielo y se quedó prendado de Frances en cuanto la vio; no paró de hacer bromas con la clara intención de seducirla, pero ella no le dedicó ni una fugaz mirada. No es que lo estuviese ignorando de forma intencionada, simplemente estaba dispersa y ni había reparado en su existencia. Cuando se oyó el estruendo de un plato rompiéndose en la cocina, Frances se sobresaltó y paseó la mirada por la mesa. El capitán la contemplaba expectante.

–Me mudo a París –le contó ella.

–Sí, eso tenía entendido. ¿Está emocionada?

–Supongo que debería estarlo.

–La admiro por ser capaz de construirse un segundo acto en su vida. –Alzó el vaso hacia ella–. Bravo.

–Gracias –dijo Frances–. Pero si le soy sincera, se trata del tercer acto. O de la coda, si lo prefiere.

El capitán pareció sentirse incómodo. Se inclinó hacia un lado y le susurró algo al oído al joven sentado a su lado. El joven era el subordinado del capitán y se parecían tanto que se podía llegar a pensar que tenían un vínculo familiar. El subordinado escuchó con atención, y en cuanto se completó el comentario o las instrucciones, abandonó la mesa. El capitán retomó la conversación con Frances:

–Y se lleva a su hijo con usted, ¿verdad?

–Por supuesto –respondió ella. Le dio una palmadita en la mano a Malcolm y él miró vagamente en dirección a su madre, pero no abrió la boca. Estaba pensando en Madeleine, la médium. No la había vuelto a ver desde su devaneo; ayer la había ido a buscar a su carpa, pero se encontró con un cartelito colgado en la entrada indicando que no estaba. Y había llamado a la puerta de su camarote antes de cenar, pero no hubo respuesta. Malcolm vio a Salvatore trabajando en la otra punta de la sala y le saludó con la mano, pero el camarero ni se inmutó.

–Me encanta ver a un hijo tan devoto –continuó el capitán–. Yo, como mucho, logro que mi hija se ponga al teléfono para hablar conmigo. –Y en voz baja, como si fuese un secreto, añadió–: Yo también estaba muy unido a mi madre.

–Yo detestaba a la mía –sentenció Frances.

–¿En serio?

–La detestaba.

Queriendo mostrarse empático, el capitán comentó:

–A veces las madres pueden ser agobiantes.

–Ella era diabólica. Y si existe el infierno, sin duda es allí donde ahora recibe su correo. – Frances pidió otra copa al camarero con un gesto.

El capitán no sabía cómo responder a eso, de modo que optó por permanecer en silencio

contemplando su filete y preguntándose si Frances estaba loca y, además, si eso cambiaba algo. Le trajeron la copa a Frances y bebió un sorbo. De pronto recordó el perturbador dato que había conocido el día anterior y preguntó:

–¿Es cierto que hay ocho kilómetros hasta el fondo del mar?

Al capitán la pregunta le venía como anillo al dedo y se puso firme de inmediato para responder:

–En las zonas más profundas rozaría esa distancia, pero sin llegar a tanto. Pero estamos hablando de la Fosa de las Marianas. Eso está en el Pacífico oeste, demasiado lejos para tomarlo en consideración. En todo caso, ocho kilómetros es una profundidad muy inusual. Por donde navegamos, la profundidad debe de ser de unos tres kilómetros.

Frances recibió la información como un bálsamo, y además la nueva dosis de ginebra estaba surtiendo su efecto. Para su propia sorpresa, de pronto el capitán le pareció físicamente atractivo. El tipo era un payaso, eso ella lo tenía muy claro, pero ¿qué tenía que perder a estas alturas de su vida, por permitirse un poco de sencilla diversión? El capitán intuyó que la pasajera había caído en sus redes y se vino arriba, dando rienda suelta a su lado más libertino. Se pegaron el uno al otro y hablaron en voz baja y rasposa.

–¿Tienes muchos compatriotas marineros? –le preguntó Frances.

–Sí, muchos.

–¿A alguno se lo han tragado las profundidades?

–Siento decir que sí.

–¿Y alguna vez te despiertas aterrado pensando que podrías correr la misma suerte?

–Pues sí, Frances, más de una vez. –Reapareció el subordinado del capitán y le entregó un papel doblado antes de volver a sentarse en su silla y quedarse mirando fijamente, con una misteriosa atención. El capitán desdobló con discreción el papel, leyó la nota, asintió y se la guardó en el bolsillo de la chaqueta. El subordinado seguía sin quitarle ojo; Frances le preguntó al capitán:

–¿Este joven es pariente tuyo?

–No.

–Por su aspecto, podría ser tu hijo.

–Sí, es cierto, pero no, no lo es.

–¿Cómo se llama?

–Douglas, pero a mí me gusta llamarle Dugger.

–¡Qué bonito! –Frances se inclinó hacia el chico–. ¿Yo también te puedo llamar Dugger?

–Sí, señora –respondió Dugger.

Se puso colorado como un tomate y a Frances le conmovieron la timidez y buenos modales del joven.

–¡De repente me siento muy feliz! –dijo ella.

El capitán intuyó que era su momento y plantó su mano sobre la de Frances. Ella se la quedó mirando, él la miró a ella mirándola y después también él desvió la mirada hacia su propia mano. También Malcolm la miraba; dejó de hacerlo y se concentró en el anciano que tenía a su izquierda. El hombre llevaba un traje de lino blanco mal entallado y con muchas horas de vuelo, respiraba de forma trabajosa y su tez era del color de la carne al punto. Mantenía la vista clavada en el vaso de tequila que sostenía en la mano. Malcolm le dio un codazo y el anciano se asustó y tomó aire ruidosamente por las fosas nasales.

–¿Qué? –dijo, sin apartar la vista de la bebida.

–Soy Malcolm Price.

–Estupendo. Yo Boris Maurus.

–¿Se llama usted Boris Maurus?

–Sí.

Malcolm reflexionó un momento y dijo:

–Los dos tenemos nombres de estrellas del cine de terror.

El hombre se volvió para mirar a Malcolm.

–Puede ser –dijo–. Pero no lo sé, porque no veo películas de terror, porque mi propia vida ya es una película de terror, así que me da igual.

–Vale –respondió Malcolm.

–A mí me gustan los documentales.

–Muy bien.

El tipo era el médico del barco. Cuando Malcolm le preguntó por qué estaba de tan mal humor, el médico le explicó que esta travesía estaba siendo complicada.

–Una idiota disfrazada de gitana le dijo a una pasajera que se estaba muriendo, lo cual ya es horrible, pero lo peor es que después la pasajera ha muerto de verdad.

–¿Se refiere usted a Madeleine?

–¿La gitana? Creo que ese es su nombre. ¿La conoce usted?

Malcolm le dijo que sí y le comentó lo de su desaparición. El médico asintió y le explicó:

–La han metido en chirona.

–¿En chirona?

–En el calabozo.

–¿Pueden hacerlo?

–Por supuesto que pueden. –El médico se bebió medio vaso de tequila–. Hasta un abogado de medio pelo sería capaz de probar que tu amiga mató a esa mujer. Una amenaza que provoca una crisis cardíaca. –Chasqueó los dedos–. Estos vejesterios se espantan si te pones a pegarles sustos. Y una vez que la muerte ha subido a bordo, en un entorno sin escapatoria..., se ponen como locos. Lo he visto. Es horrible.

–¿Y qué van a hacer con ella?

–¿Con tu amiga? Lo más probable es que la echen a patadas del barco en cuanto lleguemos a Calais. O quizá la retengan en el calabozo hasta que el barco regrese a Estados Unidos. Sea como sea, está bien jodida. –Se acabó el tequila y Malcolm, su whisky. Ambos hicieron señas a un camarero que tenían cerca, alzando los vasos vacíos, pero el tipo se alejó sin hacerles ni caso.

–¿Tienen muchas emergencias en alta mar? –preguntó Malcolm.

El médico hizo una mueca de amargura.

–Ni te lo imaginas. –Se inclinó hacia él, con una mirada torva–. Te contaré un secreto –susurró–. Un crucero es un barco de la muerte.

Reapareció el camarero y Malcolm y el doctor le volvieron a hacer señas, y de nuevo él o no los vio, o fingió que no los veía. Antes de que pudiera escabullirse, Boris Maurus lo agarró por la manga.

–Por favor –protestó el camarero.

–No te voy a dejar marchar hasta que no nos tomes el pedido.

–Por favor, señor, suélteme.

–¿Vas a tomarnos el pedido o no?

El camarero no tardó en volver con las bebidas. El médico bebió un buen trago y suspiró.

–Si quieres, puedo enseñarte algo horripilante –le propuso a Malcolm.

–Sí –respondió él.

Salieron del comedor y bajaron por una sucesión de escaleras cada vez más estrechas hasta un punto en el que apenas circulaba el aire. Se metieron los dos en un ascensor de servicio, tan pequeño que las barrigas de ambos se rozaban. El hielo de sus bebidas repiqueteaba levemente cuando llegaron a la consulta del médico. Este le pidió a Malcolm que esperara y desapareció tras una puerta metálica sobre la que había un cartel escrito a mano en el que se leía: ÁREA REFRIGERADA. Las palabras estaban dibujadas de una manera que parecía que estuvieran talladas en hielo. Malcolm puso la palma de la mano sobre la puerta y, en efecto, estaba bastante fría.

Se sentó ante el escritorio del médico y se puso a hojear su agenda. En las primeras páginas había nombres de pacientes, síntomas, medicinas administradas, etcétera; después empezaron a aparecer dibujos: un ramo de pensamientos, una barca de remos vacía, bocetos de manos en diversas actitudes de agarrar o coger algo. Los dibujos no estaban ni bien ni mal; eran obra de alguien con un relativo interés por la figuración y cierta pericia, pero sin verdadero brío o pasión. Sin embargo, hubo un dibujo que sí dejó a Malcolm impresionado. Era una casa muy bien perfilada, con sus ventanales por los cuatro lados, una valla rodeando el pulcro jardín, tejado con tejas..., todas las características del hogar americano idealizado. Y de la chimenea de ladrillo salía un hilillo de humo apenas esbozado que ascendía hacia el cielo y en el que se leían las palabras: «La muerte, una humareda; ¡penetra por las fosas nasales y se exhala por la boca!»

La frase incomodó muchísimo a Malcolm. Cerró la agenda y se apartó del escritorio, sin saber muy bien qué hacer. No controlaba del todo sus extremidades y tuvo que admitir para sus adentros: «He bebido demasiado.» En ese momento reapareció el médico, sonriente y con un vaso corto en cada mano.

–Prueba esto –le dijo.

–¿Qué es?

El médico le ofreció un vaso a Malcolm.

–Palinka. Brandy húngaro.

Malcolm olisqueó el líquido y apartó de inmediato la cara.

–No quiero beber esto.

–Tienes que hacerlo.

–¿Por qué?

–Porque es divertido. Tú y yo tomando copas. –Alzó el vaso para brindar con Malcolm; él se bebió la mitad del brandy de un trago. El ardor del líquido le produjo una arcada.

–Qué fuerte –dijo jadeando, y sintió un escalofrío–. Es fuertísimo.

–Te matará –dijo el médico, y se bebió de un trago su palinka. Le indicó con un gesto a Malcolm que lo siguiera al ÁREA REFRIGERADA; Malcolm sintió de inmediato el frío al adentrarse en la morgue del barco. De pronto estaba plantado ante el cadáver de la anciana a la que había visto bailando y lanzando confeti. Yacía sobre una camilla metálica que el médico había sacado de la pared. Seguía llevando el vestido rosa y todavía tenía restos de confeti en el pelo, pero su rostro era fantasmagórico y gris, y había desaparecido de él cualquier atisbo de vida y encanto.

Malcolm a veces se sentía frustrado por su incapacidad para experimentar emociones, pero en este momento le pareció que le sobrepasaban. No se trataba de desolación o repulsión, sino de algo similar a un zumbido demasiado alto en los oídos. A su espalda, el médico estaba sacando las demás camillas, cada una con su correspondiente cadáver, nueve en total. Malcolm trató de entender qué pretendía el doctor con ese espectáculo.

Hacía unos segundos la sala estaba vacía y ahora de pronto estaba a rebosar.

–¿Qué les ha sucedido? –preguntó Malcolm.

–Que han muerto –se limitó a responder el médico.

–No llevamos ni una semana navegando.

–Un cadáver por día. Esta es la media de una travesía atlántica. Tengo la teoría de que se embarcan porque subconscientemente saben que están a punto de morir. Tal vez tenga que ver con algún ancestral impulso nórdico. –Boris Maurus sonreía; Malcolm quería alejarse de él. Se terminó su palinka y dejó el vaso en la camilla que tenía delante. El médico se lo quedó mirando.

–¿Qué sucede? –le preguntó.

–Creo que me estoy adormilando.

El médico se mostró pesaroso. Al parecer Malcolm lo había decepcionado de un modo notable pero esperable.

–Gracias por enseñarme esto –le dijo Malcolm y se dirigió hacia la salida. El médico se limitó a encogerse de hombros–. No se lo contaré a nadie.

–Cuéntaselo a quien quieras.

Malcolm salió del ÁREA REFRIGERADA. Estaba mareado y necesitaba respirar aire fresco, pero, cuando salió a cubierta, el viento casi lo tira por encima de la barandilla. Volvió al interior del barco y se paseó sin rumbo durante un rato. Se percató de que había perdido la llave y no recordaba ni el número de su camarote ni el de Frances, ni siquiera en qué planta estaban, y no sabía cómo solucionar el problema. Al final, estaba ya tan agotado que buscó un rincón oscuro, se sentó y se quedó dormido. Se despertó unas horas después, sobresaltado por una luz rosada que reptaba por sus piernas: era el alba. Se había dormido con las piernas cruzadas y tardó un rato en poder moverlas, y después se tuvo que estirar y esperar a que la sangre volviera a circular por ellas y las revitalizara.

Después de que Malcolm y el doctor se marchasen juntos, Frances y el capitán siguieron bebiendo, y cuando el capitán le propuso ir a su camarote, ella aceptó y lo siguió por los largos pasillos del barco. Él se había desabrochado la corbata de clip, llevaba agarrada por el cuello una botella de champán y silbaba «Hershey Bar». Su camarote era ordenado e impersonal. «Me voy a follar al capitán», pensó Frances. Pero ese hombre hacía tiempo que había dejado atrás su momento álgido y esa noche poca cosa se llegó a consumir en ese camarote. A Frances le impresionó lo poco que le avergonzaba a ese individuo su impotencia.

–Es algo muy común –se excusó él.

–Nunca lo había visto –dejó claro Frances.

–Muy, muy común. –Por lo que parecía, al capitán el asunto le inquietaba al mismo nivel que un cartel de «Recién pintado» en un banco–. ¿Quién quiere otro trago? –preguntó y descorchó la botella y sirvió dos copas. Era un champán de escasa calidad, pero las burbujas producían un agradable hormigueo en los labios de Frances, que estaba encantada con el giro que había tomado la velada. Pensó que mientras caminara hacia delante, su vida no podría detenerse, una ecuación reconfortante que le proporcionó fortaleza y alivio. Ella y el capitán estaban abrazados desnudos en la cama, ambos con la mirada fija en el pene flácido del capitán, una suerte de seta mustia desmoronada sobre sí misma.

–Cuéntame un cuento para dormir –le pidió el capitán.

–No creo que conozca ningún cuento para dormir –respondió Frances. Pensó un poco–. Te podría hablar de Olivia.

–Perfecto –dijo el capitán, y cerró los ojos.

–Olivia –empezó Frances– era mi institutriz. Me llamaba señorita Nuez, no recuerdo por qué. Padecía una cojera que trataba de disimular, su fealdad llamaba la atención y su vida privada, por lo que yo sabía, era descorazonadora. Llevaba siendo mi institutriz desde que empecé a caminar y para mí representaba la figura materna más que mi propia madre. Yo la adoraba, ¿lo entiendes? Y ella también me adoraba a mí. Durante años estuvimos muy unidas, pero cuando me fui haciendo mayor, nuestra relación empezó a cambiar.

»Con once años, yo empezaba a ser atractiva y eso provocaba que la gente actuase de un modo extraño. Por ejemplo, algunas mujeres se mostraban crueles conmigo. No se cortaban un pelo, querían que me quedase bien claro que yo no les caía bien. Los hombres, claro está, se mostraban deferentes con una actitud que tenía su carga sexual. No es que recibiese insinuaciones, ni ningún tipo de acoso. Se limitaban a pensar en el futuro, sembraban con la intención de poder recoger frutos más adelante. Además, en aquel entonces yo estaba descubriendo el valor del dinero. Lo que significaba poseer las cantidades de que nosotros disponíamos en aquel entonces, y lo raro que resultaba no tener que preocuparse por él. Resumiendo, estaba en pleno aprendizaje de que mi vida disponía de todas las posibilidades. Eso se me subió a la cabeza y empecé a imitar las actitudes de mi familia: hacía comentarios hirientes sobre la gente cuando salía de la sala, devolvía la comida a cocina en los restaurantes, ese tipo de cosas.

El capitán seguía con los ojos cerrados, pero todavía no estaba dormido.

–A medida que esta fase esnob se afianzaba –explicó Frances–, Olivia se fue distanciando de mí. Recuerdo que hubo una época de suaves reprimendas. Después vino el mal humor. Y después directamente me evitaba. Una noche yo me estaba metiendo en el baño que ella me había preparado. El agua estaba demasiado caliente y me quemé el pie, y sin pensarlo, me volví y le grité. ¿Qué pretendía, cocinarme? Ella se quedó mirándome un rato en silencio y después se acercó. Tenía una mirada extraña; creo que le asustaba la rabia acumulada. –Le clavó un dedo en las costillas al capitán–. ¿Sabes lo que hizo? ¿Te lo imaginas?

El capitán abrió los ojos, pero no dijo nada.

–¡Alzó la mano y me arreó tal bofetón en plena cara que la cabeza casi se me separa de los hombros!

–Sí –dijo el capitán. Y volvió a cerrar los ojos–. ¿Y qué pasó después?

–Salió del baño, yo me metí en la bañera y me hundí en el agua hirviendo. La mejilla me ardía y no podía parar de temblar; me acosté y a la mañana siguiente Olivia se mostró amable, como si solo hubiéramos tenido un pequeño desencuentro. Después de una semana o un mes, me dijo: «Señorita Nuez, ¿ha olvidado lo que sucedió en el baño?»

»“No”, le respondí.

»“Pero ¿por qué no se lo ha contado a nadie?”

»“No lo sé. No he querido hacerlo.” –Frances bebió un sorbo de champán. El capitán tenía la cabeza hundida en la almohada; se había quedado dormido. Frances se lo quedó mirando un buen rato. Le apartó un mechón de cabello plateado de la simplona cara–. Jamás se lo conté a nadie –dijo–. Eso quedó entre nosotras. Y yo, ya entonces, sabía que era importante. Una información compleja transmitida de un modo conciso.

Frances se vistió. El capitán había colgado la chaqueta en el respaldo de la silla y Frances se percató de un papel que emergía del bolsillo de la pechera. Era una nota escrita a mano: «Coda: el pasaje que cierra una pieza o movimiento, normalmente en forma de añadido a la estructura básica.» Y después añadía: «¡Espero que la información le sea útil, capitán! Dugger.»

Sonriendo, Frances dobló la nota y la volvió a meter en el bolsillo de la chaqueta. De vez en cuando, a lo largo de su vida, se había enamorado de algunos hombres no a pesar de, sino debido a su estupidez. Sabía perfectamente que la cortesía no era otra cosa que puro teatro, les permitía seducirla sin ser conscientes de lo transparentes que le resultaban. Recuperó sus zapatos y los llevó colgados de los dedos mientras caminaba descalza por los oscuros y enmoquetados pasillos hasta su camarote. Todo el mundo dormía y reinaba el silencio, y se sintió joven y feliz. Pequeño Frank estaba despierto y la esperaba sobre la cama. Entrecerró los ojos cuando la vio entrar.

–No me des la tabarra –le dijo–. No tienes ninguna prueba.

Entró en el cuarto de baño para meterse en la bañera. Y se puso a silbar «Hershey Bar».

Malcolm y Frances se encontraron por la mañana y comentaron sus respectivas hazañas oceánicas. Sobre el médico y sus cadáveres, Frances tenía poco que decir; estaba más interesada en la relación de Malcolm con Madeleine, la médium.

–¿Te acostaste con ella?

–Bueno, sí.

–¿Estuviste a la altura?

–No mucho, no.

–¿Normalmente estás a la altura?

–A veces. Me temo que el problema es que no me lo tomo muy en serio.

–Si te tomas las cosas en serio, te acaban saliendo bien –sentenció Frances.

Malcolm reflexionó al respecto. Preguntó si el capitán había estado a la altura, y Frances respondió:

–No te pongas chabacano, chavalote.

Al fondo del camarote, Pequeño Frank parecía enfurruñado; Frances le susurró a Malcolm:

–¿Cómo lo vamos a colar en Francia?

Desde que embarcaron, Frances estaba cada vez más nerviosa ante el hecho de que eran tres y no dos, y si en algún momento se veían obligados a abandonar a Pequeño Frank, también la suerte de ellos dos se fuese a pique. Decidió que lo drogaría y lo pasaría por la aduana metido en el bolso, un plan en apariencia sencillo, pero potencialmente catastrófico. Disponía de un bote de Valium, pero ¿cómo se le administra a un gato? ¿Y qué dosis había que darle a Pequeño Frank para que se durmiese sin morir por el camino? Después de meditarlo un buen rato y con el barco a solo una hora del puerto de Calais, machacó cinco pastillas de cinco miligramos, mezcló el polvillo en una ración de ensalada de atún y se la sirvió antes de subir a cubierta una última vez. Al regresar al camarote, se lo encontró tendido en el suelo del baño y lo metió en el bolso entre los fajos de billetes. Hizo un esfuerzo por ver la operación como una glamourosa aventura de novela de espías, pero Pequeño Frank roncaba, el bolso pesaba como un burro y Frances no tardó en sucumbir a la autocompasión. Para combatirla y por solidaridad con el gato, también ella se tomó cinco Valiums.

El día era brumoso y el aire pestilente de Calais se le pegó a la ropa. Se pusieron a la cola de la aduana; tenían delante a Madeleine, la médium. Se mantenía cabizbaja para evitar que Malcolm la descubriera, y aunque él se percató de la actitud, hizo caso omiso. Se abrió paso entre la multitud y le dio una palmadita en el hombro. Ella se volvió a medias.

–Hola –lo saludó.

–Aquí tenemos a nuestra presidiaria.

–Aquí estoy.

–¿Y ya has pagado tu deuda con la sociedad?

–Sí, muy gracioso. –Se la veía paliducha y demacrada, y Malcolm le preguntó si estaba enferma–. No, solo mortificada –respondió ella.

Malcolm asintió. Miró a su alrededor, olfateó y dijo:

–Aquí huele diferente.

Madeleine también se puso a olfatear y se encogió de hombros.

–Es tonificante –añadió Malcolm.

Se les acercó Frances, con piernas temblorosas y agarrándose a la gente junto a la que pasaba.

–Oh, tu amiga la pitonisa –dijo–. ¿Qué tal?

–Hola –respondió Madeleine–. Espero que no haya perdido al gato.

Frances abrió el bolso y Madeleine echó un vistazo.

–Lo he puesto a hacer la siesta hasta que pasemos la aduana.

–¿Todo este dinero es de verdad? –preguntó Madeleine.

–Por supuesto. No creo que haya nada más tranquilizador que un montón de dinero, ¿no le parece?

–No lo sé.

–Pruébelo alguna vez y dígame si no le quita todas las angustias.

Malcolm se percató de que algo raro le pasaba a Frances. Murmuraba para sus adentros, contenía como podía la risa y se puso de puntillas un par de veces.

–¿Estás borracha? –le preguntó en un susurro.

–Nooooooo –respondió ella.

Antes de que Malcolm pudiese averiguar qué le sucedía, llegaron al principio de la cola. Madeleine les precedió y pasó sin problemas; el agente de la aduana indicó con un gesto a Malcolm y Frances que se acercasen. Les preguntó cuál era el propósito de su viaje y Frances apoyó un codo en el mostrador y dijo:

–Perseguir fantasías juveniles. –Y guiñó el ojo.

–¿Disculpe, señora?

–Estamos de vacaciones. Quiero ver la Torre Eiffel y después morir.

–¿Morir? –El aduanero negó con la cabeza–. Pero, señora, no es usted tan mayor.

–Soy lo bastante mayor para haber recibido un ramillete de flores de un cadete de West Point con guantes blancos, un engominado corte de pelo de moda en la década de los cincuenta y una petaca de plata con bourbon en el bolsillo de su esmoquin. Así de vieja soy.

El aduanero se quedó perplejo. Le preguntó a Malcolm:

–¿Está enferma, señor?

–No está enferma.

–¿No se va a morir?

–Jamás.

–No debe morir aquí –le advirtió el aduanero a Malcolm.

–Se morirá en alguna otra parte –le prometió él.

El aduanero volvió a mirar a Frances.

–Nada de morir en Francia. –Les selló los pasaportes y les indicó que avanzasen.

Compraron billetes de tren, para lo cual Frances tuvo que sacar algunos billetes de debajo de Pequeño Frank, que seguía traspuesto. Se instalaron en un compartimento de primera y Frances se durmió mientras Malcolm leía la crónica de los viajes de Cristóbal Colón: «7 de septiembre. Todo el viernes inmóviles, sin un soplo de viento.»

Madeleine entró en el compartimento y se sentó frente a él. Se estaba comiendo un sándwich del bar del tren con aire inexpresivo. Malcolm pensó que no iba a decir palabra, pero de pronto ella balanceó la cabeza, tragó y le dijo:

–No podía mandarla de vuelta a la fila de la conga sin contárselo.

–Tal vez la gente prefiere no saberlo.

–Claro que quieren saberlo. ¿Tú no querrías saberlo?

–No.

–Bueno, pues se lo conté y no me arrepiento.

–¿Cómo lo sabías? –le preguntó Malcolm.

–Soy capaz de predecirlo desde que era una niña.

–Pero ¿cómo?

–Hacia el final, aparece un color.

–¿Qué color?

–El verde.

Apareció el revisor y se plantó ante ellos. Malcolm le tendió su billete y el de su madre, el hombre los perforó y después, en francés, le pidió el suyo a Madeleine.

–¿Qué dice? –preguntó ella.

–Quiere que le enseñes el billete –le tradujo Malcolm.

–No tengo.

–*Madame n'a pas de billet, Monsieur* –dijo Malcolm.

El revisor le preguntó si la señorita quería comprar uno de primera clase o de segunda; si era de segunda, le explicó, tendrá que irse a otro compartimento. Malcolm le tradujo a Madeleine, que dijo:

–No quiero comprar ninguno de los dos. Si quiere, me puede echar del tren de una patada, pero solo tengo quinientos dólares y los voy a necesitar en París.

El revisor sostenía en la mano el lector de tarjetas de crédito con una expresión sonriente y expectante. Cuando Malcolm le tradujo lo que acababa de decir Madeleine, bajó poco a poco la mano en que sostenía el aparato y puso cara de ofendido. La señorita lo estaba poniendo en un brete, aseguró. Malcolm se mostró de acuerdo, pero le dijo que la pobre estaba en un brete y que este tipo de situaciones tendían a empeorar. El revisor no se mostró en desacuerdo con la reflexión, pero dijo que estaba molesto con Madeleine porque había alterado lo que llamó el plácido equilibrio de su trabajo. No la iba a echar a patadas del tren, pero creía que ella podía hacer las cosas de otro modo si se esforzaba. Y se alejó por el pasillo.

–¿Qué ha dicho? –preguntó Madeleine.

–Está indignado contigo, pero no te va a echar del tren.

Madeleine se acabó el sándwich, hizo una bola con el envoltorio y lo dejó caer a sus pies. Se puso en pie y señaló el bolso de Frances.

–Me podrías haber comprado un billete, ¿sabes?

Malcolm le contó la verdad, que era que no se le había ocurrido. Madeleine se volvió para marcharse.

–¿Adónde vas?

–No lo sé, Malcolm –le dijo, y desapareció.

Frances se despertó unos minutos antes de que el tren entrara en la Gare du Nord. Sonrió todavía adormilada.

–Nunca quise vivir una única vida –comentó–. Siempre he querido vivir tres vidas.

Pequeño Frank emitió un susurro desde el bolso. Era de noche en París, a mediados de diciembre, y la ciudad estaba engalanada con adornos navideños y había un montón de gente moviéndose en todas direcciones.

París

El apartamento de Joan estaba situado en el extremo este de la Île Saint-Louis. Estaba en una quinta planta y constaba de dos dormitorios conectados por un largo y estrecho pasillo; a mitad de camino entre ambas habitaciones había una pequeña cocina, un baño y una sala de estar. Como espacio habitable era apañado, pero carecía de cualquier atisbo de grandiosidad y dado que el apartamento que hasta hacía poco poseían era en comparación fastuoso, a Frances se le cayó el alma a los pies al entrar en su nuevo hogar. «Representa un caso aparte en el concepto de apartamento», ironizó Malcolm, pero su madre no le rió la gracia. Esa noche ninguno de los dos consiguió conciliar el sueño y ambos estaban en pie antes del amanecer. No tenían nada comestible para desayunar, ni té ni café; se vistieron y salieron sin tener claro adónde ir.

Esta estancia parisina era diferente de las anteriores visitas; ahora estaban aquí por obligación y la ciudad se iba a convertir en su nuevo hogar. Se sentían más solos caminando en silencio, pero a ninguno se le ocurría un tema de conversación. Los tenderos levantaban las persianas y regaban la acera. Frances tenía frío y sugirió que se metieran en una iglesia. Pensando en las vistas de este claro día de invierno, Malcolm sugirió que fueran al Sacré-Cœur.

–El Sacré-Cœur es un casino –dijo Frances.

–¿Notre-Dame?

–¿Para tener que hacer cola con un montón de idiotas?

–¿Saint-Sulpice?

–Sí, bien pensado, perfecto.

Lo cierto era que Frances prefería Saint-Sulpice a cualquier otra iglesia de París; era la que tenía en mente cuando propuso ir a una. Pero le avergonzaba que le gustase algo que le gustaba a todo el mundo. De modo que agradeció que Malcolm le siguiera el juego. Atravesaron la Île Saint-Louis y caminaron por el boulevard Saint-Germain. La ciudad se estaba despertando, el tráfico iba en aumento; al cruzar la calle, Frances cogió a Malcolm de la mano.

Saint-Sulpice era oscuro y grandioso, el aire del interior era denso y cálido. Debido a la indescriptible cola que se encontraron, se separaron en la entrada, Malcolm siguió la que iba en sentido contrario a las agujas del reloj y Frances, la que se movía en el sentido de las agujas del reloj. Se detuvo ante cada una de las capillas para contemplarlas y metió un billete en la caja en la que se leía «Chapelle des Âmes-du-Purgatoire». Encendió una vela, la colocó en el altar y se quedó mirando la llama mientras pensaba en su curiosa relación con la Iglesia.

Durante su infancia y adolescencia no profesó ninguna religión; de hecho, la primera vez que puso un pie en una iglesia fue en el funeral de su madre. Tenía en aquel entonces quince años y se sintió fuerte al plantarse ante el cadáver de su atormentadora. Alzó la vista para mirar la imponente caja torácica de Jesucristo y le dijo en un susurro: «Me alegro de que haya muerto. Gracias por matarla.» No esperaba una respuesta y no tenía necesidad alguna de entablar un diálogo, pero al salir de la iglesia sintió que se había quitado un peso de encima. Desde entonces le parecía provechoso visitar iglesias de vez en cuando y compartir allí sus pensamientos más sombríos.

En el funeral de Franklin se mostró impenetrable, lo cual no quiere decir que se sintiese

fuerte, pero sí resistente e impermeable, como una barra de plomo. Explícitamente vetada, se coló a hurtadillas entre la multitud, con el rostro oculto tras un velo. Una vez junto al ataúd – obviamente cerrado–, se levantó el velo y todos los presentes en la iglesia se volvieron para mirarla, pasmados y boquiabiertos ante su desfachatez. Emergió de entre la multitud Carlson Wallace, la mano derecha de Franklin en la empresa; se acercó a Frances extendiendo las manos, no para saludarla, sino para expulsarla de allí, empujándola si era necesario. La agarró del brazo y la acompañó hacia la salida. La dejó en la escalinata de la iglesia y regresó al funeral. Le había lanzado a Frances la mirada diabólica de quien está dispuesto a utilizar la violencia. Una atronadora música de órgano había acompañado la salida de Frances. Una vez fuera, lanzó el velo a una papelería y se alejó en dirección al parque bajo el tibio sol otoñal.

Los bancos de Saint-Sulpice eran sillas de roble con asiento de mimbre unidas por las patas con largas barras. Frances se sentó; la silla crujió y emitió un chasquido seco y estruendoso. Se quitó los guantes y puso las manos sobre el regazo. Hablando en voz baja y casi en todo momento mirando hacia arriba, verbalizó su plan secreto en dos partes. Pronunciar las palabras era un alivio, pero al mismo tiempo producía aprensión, porque de pronto el plan tomaba cuerpo, y se generaba la sensación de que empezaba la cuenta atrás. Le temblaban las manos; esperó a tranquilizarse antes de buscar a Malcolm con la mirada.

Lo avistó sentado en la otra punta de la iglesia, con la mirada perdida y pensando en las musarañas. Malcolm no tenía los motivos de su madre para visitar una iglesia. No se tomaba en serio la idea de Dios, pero no podía negar que le invadía una sensación de paz cuando se sentaba en el banco de una iglesia. Lo atribuía a motivos estéticos; no le generaba ningún conflicto íntimo.

–¿Te apetece ir de compras? –le preguntó Frances. La primera parte del plan en dos partes era gastarse todo el dinero del que disponían.

–No necesito nada.

–Necesitas un abrigo y yo, un vestido.

Recordando el peso del equipaje de Frances, Malcolm preguntó:

–¿Para qué necesitas un vestido?

–Tengo un compromiso especial. ¿Te apetece o no te apetece ir de compras?

Salieron de Saint-Sulpice y tomaron un taxi a las Galerías Lafayette. Frances consideraba ir de compras un ejercicio saludable y se dedicaba a ello con determinación y diligencia. A Malcolm no le disgustaba, pero era tan poco vanidoso que apenas prestaba atención a la ropa. Frances le obligó a probarse varios abrigos y le compró una gabardina Burberry de pata de gallo. Ella se compró un vestido de cóctel de seda cruda rojo oscuro de Chanel. Malcolm se llevó el abrigo puesto; Frances enrolló el vestido como si fuera un cigarrillo y se lo metió en el bolso.

Se quedaron plantados en la acera frente a las Galerías Lafayette respirando fatigadamente y contemplando el río humano que fluía ante ellos. El cansancio del viaje empezaba a pasarles factura y Frances quería regresar al apartamento, pero Malcolm sugirió que se mantuviesen despiertos hasta la noche para reprogramar su reloj biológico. Ninguno de los dos tenía hambre, pero entraron en un bistró anodino para una cena temprana. Al camarero Malcolm y Frances le cayeron mal desde el momento en que los vio y no hizo el menor esfuerzo por disimularlo, se negó a dirigirse a ellos en francés y los sentó en una mesa cerca del aseo de caballeros. A Frances y Malcolm esa actitud les pareció divertida durante un rato –aquí estaba materializado ante ellos el legendario camarero francés maleducado–, pero eso fue media hora antes de que por fin les sirviera el vino, y la suma del olor infernal que emergía por debajo de la puerta del aseo y

de la fatiga acumulada que cada vez les pesaba más convirtió la situación en insufrible. Aunque no hablaron de ello, ambos tenían la sensación de estar siendo sometidos a una prueba por las Parcas y decidieron que podían y debían soportar el envite. Servido el vino, se le bebieron y pidieron una segunda botella. La comida estaba fría y era infame, pero se la comieron.

Y llegó la prueba de pagar la cuenta. El camarero estaba molesto por su resistencia a sentirse ofendidos por sus reiteradas descortesías y decidió que les haría esperar más que a ningún otro cliente; Malcolm trató de llamar su atención tres veces, pero el camarero, ocioso en la barra, se limitó a devolver el gesto. Malcolm atravesó la sala del restaurante y le pidió la cuenta directamente; el camarero asintió y dijo: «En breve, colega», salió y se puso a fumar no uno sino dos cigarrillos, expulsando el humo de forma ostentosa mientras miraba cómo le miraban.

A Frances se le agotó la paciencia. Sacó un frasco de perfume del bolso y se puso a rociar el ramillete de flores del centro de la mesa. El camarero la contemplaba desde la acera, preguntándose qué hacía aquella mujer. Malcolm lo sabía y observó a su madre con admiración mientras esta sacaba el encendedor del bolsillo del abrigo. ¡Clic! Acercó la llama al ramillete y emergió una llamarada. En ese momento, el restaurante ya estaba lleno y los comensales a su alrededor se levantaron de un salto y se apartaron de las mesas mientras los cubiertos caían con estruendo al suelo y las llamas danzaban reflejadas en sus aterrorizados ojos. El camarero entró corriendo y se quedó plantado ante las llamas sin articular palabra. «*L'addition, s'il vous plaît*», le pidió Frances. Malcolm seguía sentado muy ufano. El camarero salió corriendo en busca de un extintor.

Una semana después de su llegada, Frances entró en la habitación de Malcolm y dejó veinte mil dólares encima de la almohada.

–Para salir por ahí –le dijo.

Les había llegado una carta, una invitación a una cena esa misma noche. No conocían a la anfitriona, una tal Madame Reynard; en la parte inferior del tarjetón figuraban las palabras: «¡Por favor, vengan! ¡¡¡Estarán entre amigos!!!»

–¿Qué opinas? –le preguntó Frances a Malcolm.

–Demasiados signos de exclamación.

–Pero ¿crees que deberíamos ir?

–Nos han avisado sin apenas tiempo. Pero sí, yo me apunto si a ti te apetece ir.

Frances se pasó la tarde preparándose. Cuando era joven consideraba la belleza como un arma potencial, algo capaz de infligir dolor, y ahora volvió a rondarle esa idea. Un buen número de las invitaciones que había recibido en Nueva York en las últimas décadas se debían al aura macabra que le daba ser la siniestra viuda de Franklin Price, y ahora sospechaba que ese era el motivo de esta nueva invitación y quería presentarse allí tan despampanante como para dejar boquiabierto a quienquiera que le abriese la puerta. El odio era un estímulo y disfrutaba de los preparativos.

La fiesta se celebraba cerca de la place des Vosges y fueron caminando cuando empezaba a anochecer, con Pequeño Frank al frente. Malcolm recordó de pronto que su madre y su padre habían estado en París sin él y le preguntó a Frances al respecto.

–Yo llevo viniendo aquí desde que era una niña. –Señaló al gato–. Pero él no había estado nunca hasta que yo le insistí. De hecho, pasamos aquí nuestra luna de miel.

–Me cuesta imaginaros de luna de miel.

Frances se encogió de hombros.

–Hicimos lo típico. Hoteles, flores y champán. Resulta raro pensar en él como en alguien divertido, pero al principio la verdad es que sí lo era. Fuimos a los jardines de Luxemburgo y me percaté de que él miraba a los niños junto al estanque con sus barcos y sus palos largos. Alquilé uno y él se puso a moverlo con el palo con una boba expresión de felicidad en la cara. Teníamos veinticinco años. Perdió interés en el barco, que se alejó flotando; entonces nos pusimos a dar de comer a las carpas migas de pan del perrito caliente que yo me estaba comiendo. Los peces se pusieron frenéticos y la acumulación de carpas grotescamente obesas amontonándose unas sobre otras por un mísero perrito caliente me provocó una carcajada. Nunca he vuelto a reírme así, y entonces lo hacía muy poco. Creo que a tu padre le sorprendió. Desapareció y regresó con seis perritos calientes. –Miró a Malcolm–. Los trajo porque quería oírme reír otra vez. ¿Tú lo entiendes?

–Sí.

–Fue un pequeño gesto –dijo Frances–, pero no podía ser más impropio del hombre al que conocí después. Apareció un guarda y nos pidió que por favor no diésemos de comer perritos calientes a las carpas. La respuesta de tu padre fue lanzar los perritos calientes y el palo al

estanque. El guarda y el hombre que alquilaba los barquitos se pusieron a gritarnos mientras salíamos de los jardines, pero nosotros hacíamos como que no los oíamos. Íbamos abrazados. Y recuerdo que hacíamos planes para cenar.

La historia puso serio a Malcolm. Frances miró a su hijo con el rabillo del ojo.

—¿Tú qué recuerdas de tu padre?

Malcolm no recordaba gran cosa, pero le vinieron a la mente dos momentos. El primero era una visita al zoo de Central Park cuando tenía ocho años. Al principio la cosa fue bastante bien; no intercambiaban grandes confianzas, pero al menos estaban pasando el día juntos; una experiencia modesta pero tangible. Iban de jaula en jaula sin decir palabra. En aquel entonces Malcolm ardía en deseos de conocer a su padre y se preguntó si eso no podía ser el principio de un buen entendimiento entre ellos. Y entonces hicieron su aparición los gorilas.

Cuando entraron en la casa de los monos, los gorilas estaban holgazaneando muy dóciles en su jungla prefabricada. Pero en cuanto Franklin se plantó ante el cristal de su jaula, se revolviéron y se mostraron inquietos. No tardaron en ponerse a aullar y a moverse en círculos por la jaula, todos unidos en una irritación colectiva. Al principio Franklin contempló con divertido desconcierto el cambio de humor de los gorilas, pero a medida que iba quedando claro que era él el foco de su hostilidad, se fue poniendo cada vez más serio. El gorila más grande se le acercó, se plantó ante él y empezó a aullar y a golpear el cristal. Extendió el brazo, defecó en su mano y restregó la mierda en el cristal a la altura de la cara de Franklin. Franklin agarró a Malcolm por la muñeca y lo arrastró hasta la taquilla, donde expresó su protesta. La taquillera se asustó; Franklin estaba furioso y sus quejas sonaban a delirios de un paranoico.

—Señor, ¿me está diciendo que no les ha caído usted bien a los gorilas?

La mujer le aseguró que no era nada personal, pero sí lo era. Franklin había sido señalado por unos parientes lejanos como alguien que no tenía derecho a vivir entre ellos y había sentido la punzada del ostracismo tribal. Consiguió que le devolvieran el dinero, una victoria amarga. Malcolm tuvo la sensación de que su padre le echaba la culpa del incidente. Y pasaron años hasta que pudo estar de nuevo a solas con él.

El segundo recuerdo que evocó Malcolm fue aquella vez en que su padre lo llevó a una actividad de padres e hijos en el Metropolitan Club. Los otros chicos parecían mucho más competentes que Malcolm; hombres en miniatura que entendían el valor del ingenio, que sabían que socializar era imprescindible. Ya tenían decididos los colegios a los que irían y las profesiones que ejercerían, y los respectivos padres derrochaban orgullo, afecto y cercanía hacia sus hijos, mientras que el suyo había desaparecido en alguna habitación secreta y lo había dejado solo, conversando con un camarero adormilado llamado Sam. Malcolm se bebió cuatro cherry colas seguidas y las vomitó sobre la alfombra del vestíbulo. Avisaron a su padre; cuando vio la vomitona, puso cien dólares en la mano de Sam.

—Aséalo y mételo en un taxi. Él sabe la dirección.

Franklin abandonó la habitación, con el humo del puro elevándose por encima del hombro. Sam miró el billete de cien dólares y después a Malcolm, que llevaba encima un manchurrón de bilis que se iba deslizando y ya llegaba al borde de sus calzoncillos.

—Ven conmigo, chaval —le dijo el camarero.

Malcolm le contó estas historias a Frances, pero ella no le prestaba demasiada atención. Estaba estudiando la tarjeta de invitación a la cena. Señaló el edificio que tenían delante y dijo: «Es aquí.» Pequeño Frank había desaparecido en persecución de un rollizo y renqueante ratón de alcantarilla.

Sonó el timbre y se abrió una puerta: Madame Reynard. Frances estaba preparada para enfrentarse a una sala rebosante de francesas de clase alta vestidas con primor. Había dado por hecho que sería una noche de insultos tácitos e insinuaciones punzantes, y tenía unas ganas locas de empezar el juego. Pero la señora plantada ante ellos llevaba pantalones y un jersey holgado, les sonrió y le dijo en inglés con acento americano:

–Oh, vaya, ¡han llegado ustedes!

Los invitó a pasar, les cogió los abrigos y los guió por el apartamento hasta el comedor. La mesa estaba preparada para tres; Frances sintió una terrible decepción.

–¿No habremos llegado demasiado pronto? –dijo.

–No, justo a tiempo.

–¿Dónde están los demás?

–Seremos solo nosotros –le aclaró Madame Reynard–. ¿Les apetece un martini? Yo me muero de ganas de tomarme uno.

–Yo quiero un martini –dijo Malcolm.

–¿Frances? –preguntó Madame Reynard.

Frances asintió y la anfitriona desapareció para prepararlos. Frances se volvió hacia Malcolm.

–¿Qué demonios pasa aquí? –preguntó, y Malcolm se encogió de hombros.

Se sentó y esperó a que llegase su bebida mientras Frances se paseaba por el comedor para evaluar los muebles y las obras de arte, con la esperanza de que no estuviesen a la altura. Sin embargo, Madame Reynard poseía un gusto aceptable y Frances, al no detectar ninguna flaqueza en la que hurgar, se sentó junto a Malcolm en la mesa preparada para la cena. Madame Reynard regresó con los martinis en un carrito. Los tres bebieron y Malcolm y la anfitriona emitieron sonidos aprobatorios, mientras que Frances permaneció con la mirada fija. Cuando Madame Reynard dijo: «Me alegro de que hayan venido», Frances no respondió. El silencio resultó hostil; Madame Reynard trató de contrarrestarlo con un poco de información biográfica:

–Me casé con un francés cuando era una veinteañera –explicó–. Nada me ataba a los Estados Unidos, de modo que cuando él quiso regresar a París, acepté. Falleció este verano y entonces me di cuenta de que nuestras amistades eran sus amigos y que ni yo les caía bien ni ellos me caían bien a mí. No he vuelto a ver a ninguno de ellos desde el funeral. No los echo de menos, pero sí el ruido que hacían. Por eso les he invitado a ustedes, porque me siento sola.

A Frances la confesión le pesó como una losa e incluso la irritó.

–¿Cómo murió su marido? –preguntó.

–Se atragantó y murió asfixiado.

–Es una forma novedosa de morir.

–Fue horrible.

Frances hizo un gesto de mofa y dio un sorbo al martini. Madame Reynard la estaba mirando.

–Por favor, no sea cruel conmigo –dijo–. Me ha costado reunir el valor para invitarles.

–Simplemente es que no sé muy bien qué pintamos aquí, eso es todo –dijo Frances.

–Tenía curiosidad por conocerles. Por supuesto sé quiénes son ustedes. Crecí en Nueva York y somos más o menos de la misma edad. Mis amigas y yo considerábamos que era usted fantástica.

–Ya veo.

–Fantástica. Y por eso esperaba que pudiéramos ser amigas.

–Se lo agradezco. Pero la verdad es que en este momento de mi vida no necesito ninguna amiga.

–Todo el mundo necesita un amigo –dijo Madame Reynard.

–No, eso no es cierto.

–Bueno –dijo Madame Reynard–, me apena oírlo. Pero ahora ya están aquí y he preparado un *cassoulet* y propongo que nos lo comamos. ¿Qué les parece? ¿Malcolm? ¿Cenamos?

–Sí –dijo Malcolm.

–Perfecto –dijo Madame Reynard–. ¿Quieren otro martini antes del vino?

–Sí, por favor –dijo Malcolm.

Madame Reynard volvió a desaparecer. Malcolm le dijo a Frances:

–Te estás portando fatal.

–¿Verdad que es horrible? –Frances apretó los puños–. Lo siento. Ya paro.

Cuando regresó Madame Reynard, Frances le dio las gracias por las bebidas. Se había sentado más erguida, había destensado el rictus del rostro y se mostró interesada en hacer preguntas.

–Y bien, Madame Reynard, ¿a qué dedica su jornada?

–Oh, qué pregunta más horrible –dijo Madame Reynard–. Desde que murió mi marido, me he convertido en una suerte de turista. Museos, ópera, ballet.

–¿Antes no le gustaban este tipo de cosas?

–No, ni me gustaban entonces ni me gustan ahora. Pero no se me ocurre otro modo de pasar el rato. –Señaló a Frances–. ¿Sabe?, murió en esta misma silla.

De pronto Frances cayó en la cuenta de la relevancia de la silla. La información que acababa de conocer era interesante y se alegraba de que se la hubiera dado.

–¿Con qué se atragantó? –quiso saber.

–Ah, con cordero.

–¿Y desde entonces ha vuelto usted a comer cordero?

–No. Pero la verdad es que nunca me ha gustado el cordero.

–A mí tampoco. Las carnes de sabor fuerte me evocan la existencia del animal y me hacen pensar en su sacrificio.

–No se me había ocurrido pensarlo.

–En cambio, un filete no es más que un filete.

–Sí, eso es cierto.

–¿Puedo preguntarle si había preparado usted misma el cordero?

–No, se había encargado nuestra cocinera.

–Eso está muy bien.

–Sí.

–Hubiera sido horrible de haberla preparado usted misma.

–Sí, sí.

Las dos mujeres se relajaron dando sorbos a sus bebidas. De pronto Madame Reynard preguntó:

—¿Y qué me dice de usted? Tengo entendido que acaban de llegar. ¿Qué ha estado haciendo?  
¿Cómo está?

—Estoy muy bien, gracias.

—¿Qué ha hecho hoy?

—Nada en especial. Ayer me arreglaron la línea telefónica.

—¿Se le había estropeado?

—Sí, de modo que la hice reparar y aproveché para pedir que me habilitaran una segunda línea.

—¡Oh! ¿Para qué?

—A Malcolm y a mí nos gusta hablar desde nuestras respectivas camas.

—¡Qué encantador!

—Supongo que lo es. Aunque me temo que pueda parecer un poco triste. ¿O tal vez tan solo extraño? Pero debería haber visto al operario que vino a hacernos la instalación. Lo de la segunda línea lo descolocó muchísimo.

—¿En serio?

—Lo considero una frivolidad. Y cuando protesté, me dijo que yo tendría que hablarlo con su superior. Cuando le pregunté cómo iba a poder hacerlo sin un teléfono, él me respondió que eso no era asunto suyo. Yo le dije que por supuesto que sí lo era, aunque él en ese momento no pareció entender qué quería decir. Me parece a mí que ese hombre no era el instalador de teléfonos más espabilado de París.

—Oh, cielo santo.

—Conseguí que me activase una línea y le hice esperar mientras telefoneaba a su superior para comentarle lo de la segunda. El superior me preguntó para qué quería semejante cosa y le expliqué que cada noche llegaba un momento, antes de dormirme, en que me sentía *d'humeur orageuse*.

Madame Reynard puso cara de perplejidad.

—¿Se siente lluviosa? —preguntó.

—Tormentosa. Y entonces le conté que cuando me sentía *d'humeur orageuse*, me tranquilizaba escuchar la voz de Malcolm, me reconfortaba. Y el tipo, que hasta ese momento no se había mostrado muy amistoso, me dijo que me entendía y me pidió que le pasase el teléfono al instalador. El instalador recibió su reprimenda y por fin me puso la segunda línea, pero estaba ofendidísimo y se mostró horriblemente petulante. Le ofrecí una taza de té, pero me la rechazó. Y no sabe usted la cantidad de papeleo que me hizo rellenar, puestas una encima de otra las hojas tenían el grosor de un diccionario.

—La verdad es que a los franceses les encanta el papeleo.

—Se lo comerían servido en bandeja si pudieran.

—La verdad es que sí.

A Malcolm la conversación le aburría y se excusó para ponerse a buscar algo que robar. Como no encontró nada, fue a la cocina a servirse otro vodka. Localizó la botella en el congelador y junto a ella apareció un enorme consolador color carne cubierto de una capa de hielo. Se quedó mirándolo unos segundos, se sirvió el vodka y regresó al comedor. Al cabo de un rato Madame Reynard dijo que iba un momento al baño; sin levantar la voz, Malcolm le dijo a Frances:

—Ve a echar un vistazo al congelador.

—¿Por qué?

–Hazlo.

Frances lo hizo y regresó en cuarenta y cinco segundos con expresión ausente.

–Nunca los he entendido –dijo.

–¿Qué es lo que no entiendes?

–¿Se usan a solas o necesitas a alguien que te ayude?

–Se pueden usar de las dos maneras.

Ella repiqueteó con los dedos en el mentón.

–Pero ¿para qué lo vas a querer frío?

–Ese es el misterio.

Frances sintió que un escalofrío le recorría el cuerpo y cruzó los brazos. Madame Reynard regresó al salón caminando con prudencia. El vodka había hecho su efecto y le costaba mantener el equilibrio.

–Me parece que estoy un poco borracha –admitió–. Malcolm, ¿te importaría servir el *cassoulet*?

–En absoluto.

–Seguro que si lo hago yo me acabo quemando. Lo tienes todo preparado en la cocina.

Malcolm salió. Madame Reynard bebió un buen trago de su martini.

–Acaba convirtiéndose en algo muy parecido al agua, ¿verdad?

–Es mejor que agua –dijo Frances.

A Madame Reynard el comentario le hizo gracia. Estaba exultante, porque la catastrófica velada se había acabado reconduciendo. Metió el dedo en el vaso, le dio unas vueltas, se lo chupó y preguntó:

–¿Es cierto lo que he oído de que lo ha perdido usted todo?

–Sí –dijo Frances.

–¿Y qué planes tiene?, si me permite preguntárselo.

–Hice planes la semana pasada, pero no creo que deba hablar de ellos. Planes franceses..., ya sabe.

–¿Quiere darles tiempo para que se consoliden?

–Sí.

–No hay que sacarlos del horno demasiado pronto.

–Exacto.

–La entiendo perfectamente. ¿Sabe?, no creo que exista nada mejor para mantener la moral alta que disponer de planes frescos.

–Sí, estoy de acuerdo. Me siento mucho mejor desde que los tengo pensados.

–Estupendo. Oh, pero me encantaría que me pudiese hacer un pequeño adelanto.

–Lo siento, no puedo.

–Conociéndola, seguro que son de lo más estilosos. –Se quedó mirando fijamente–. La verdad es que yo también tengo que hacer planes. Tal vez copie los suyos, cuando por fin salgan a la luz.

–Podría hacer cosas peores.

–Sin duda que sí. –Madame Reynard se quedó pensativa y unos instantes después se animó–. ¿Puedo contarle un recuerdo que tengo de usted?

–De acuerdo.

–Debió de suceder hace veinte años –explicó Madame Reynard–, en los meses posteriores a la muerte de su marido. Yo comía con un grupo de personas en Le Cirque y uno de los hombres

de la mesa había mantenido trato profesional con su marido y no guardaba precisamente un buen recuerdo de él. De hecho, estaba echando pestes de él cuando apareció usted. Parecía usted tan rutilante que no pude evitar quedarme mirándola. Todos la miramos. Cuando pasó usted junto a nuestra mesa, ese tipo la detuvo y le dijo: «Señora Price, conocía muy bien a su marido. Y lo único que puedo hacer es no ponerme a bailar sobre su tumba.» ¿Lo recuerda?

–No, la verdad es que no. ¿Y qué le respondí yo?

–Eso es lo fabuloso. Usted no dijo nada. Pero cogió la bebida del tipo y se la bebió.

Frances asintió. Ahora lo recordaba vagamente.

–Era whisky a palo seco –dijo Madame Reynard–, y usted se lo bebió de un trago y miró al tipo con absoluta indiferencia. Usted era la mujer más hermosa que yo había visto en mi vida y ese pobre idiota no sabía dónde meterse.

Ambas sonrieron y Frances dijo:

–Siento haber sido grosera antes. Mi vida se ha desmoronado y todavía no lo he digerido.

–Sé por lo que está pasando.

–Sí, tal vez sea así después de todo. Oh, mire, aquí viene Malcolm con la cena.

–¡Nuestro sustento! –vociferó Madame Reynard.

La ventana de la habitación de Malcolm daba a un pequeño parque público. El parque era más bien anodino: se componía de los típicos bancos, una zona de juegos infantiles, un buen número de árboles y setos que delimitaban el perímetro y servían de refugio a un cambiante grupo de inmigrantes sin techo que habían convertido el parque en su base de operaciones. Este mes de diciembre era inusualmente cálido y el parque bullía de actividad: Malcolm se dio cuenta de que uno podía mirar ese parque como quien ve la televisión. Se sucedían las historias, las lecciones morales, los dramas, las ocasionales comedias y nunca faltaban las curiosidades. Malcolm siempre había sido un gran aficionado a observar en silencio y ahora dedicaba una buena parte de las horas que pasaba despierto a esta actividad.

A primera hora de la mañana hacían su aparición los profesionales, hombres y mujeres vestidos con elegancia que cruzaban el parque con expresión seria. A las nueve los inmigrantes se habían despertado y empezaban a interactuar entre ellos; a las diez ya habían abandonado el parque para deambular por las calles de París tratando de cubrir sus necesidades diarias una jornada más. Pasadas las once, el parque se llenaba de niños con sus cuidadoras, en su mayoría mujeres africanas que se sentaban en grupos para hablar, reír y tomarse el pelo, mientras los niños se revolcaban sin supervisión en la zona de juegos. Hacia la una, las cuidadoras y los niños eran sustituidos por oficinistas, secretarías y empleados de las tiendas de la zona que comían, leían libros o fumaban cigarrillos. Este grupo era particularmente asocial; se reservaban ese rato para sí mismos, atesoraban su soledad, su tabaco, el tirón de una historia bien contada. A primera hora de la tarde reaparecían las cuidadoras y los niños, estos más chillones y guerreros, ellas más tranquilas, porque el cansancio de la jornada ya empezaba a hacer mella y tenían menos ganas de jugar. A última hora de la tarde, los que habían cruzado el parque a primera hora volvían a atravesarlo en dirección contraria. Cuando el día llegaba a su fin y el cielo se iba oscureciendo los inmigrantes iban regresando. Por la noche, el parque era suyo.

Los días se sucedían y Malcolm fue comprobando que estas rutinas, este esquema, presentaban muy pocas variaciones; pero dentro de esta pautada rutina emergían pequeñas historias.

Un día, a última hora de la tarde, Malcolm vio a una joven con un traje negro de ejecutiva que entró sola en el parque y se sentó en un banco. Al poco rato apareció un ejecutivo de su misma edad y se sentó a su lado. Después de una breve conversación, empezaron a besarse y toquetearse con una pasión que a Malcolm le pareció indecorosa, incluso para los estándares parisinos; por ejemplo, en determinado momento el hombre deslizó la mano bajo la blusa de la mujer. La situación se prolongó durante unos treinta minutos, pasados los cuales, se levantaron, se despidieron y abandonaron el parque por salidas diferentes. El mismo ritual se repitió al día siguiente, y el siguiente y así sucesivamente, de modo que su aparición y actuación se convirtió en una pieza habitual del repertorio visual de Malcolm. La rigidez de su horario y el hecho de que abandonasen el parque por salidas distintas, llevó a Malcolm a deducir que la pareja estaba manteniendo una relación extramatrimonial.

Un día aparecieron a la hora acostumbrada y se sentaron en el banco de siempre, pero esta

vez las muestras de cariño fueron sustituidas por lo que parecía una tensa discusión. El hombre hizo gestos de desconcierto y desolación con las manos, la mujer se echó a llorar. El hombre se marchó, la mujer se quedó allí sentada, con un cigarrillo encendido en la mano que en ningún momento llegó a llevarse a los labios. Al día siguiente ella reapareció y se sentó sola en el banco. Un día después fue el hombre quien acudió al parque y permaneció solo en el banco. Y al día siguiente el banco estaba vacío.

A Malcolm al principio esa historia le pareció interesante, pero acabó por deprimirle por lo familiar que resultaba. Prefería seguir la actividad de los inmigrantes, que resultaba más entretenida y difícil de clasificar y entender.

Eran todos varones, de cabello negro y piel aceitunada, y cuando Malcolm pasaba cerca de ellos en el parque, los oía hablar en un idioma que no le era familiar. Bebían vino de garrafón y se liaban sus propios cigarrillos, y las noches más frías encendían pequeñas fogatas dispersas, que daban al parque un aire festivo; pero hacia la medianoche irrumpía la policía, que apagaba las fogatas, provocando que las pavesas revoloteasen en el aire trazando zigzags. La presencia policial ahuyentaba a los inmigrantes, pero en cuanto los agentes desaparecían, aquellos regresaban, y durante la madrugada parecía que pudiese suceder cualquier cosa.

A veces Malcolm los veía pelearse entre ellos, pero en otras ocasiones bailaban al ritmo de una canción lenta en la radio o de las notas de una guitarra acústica. Durante su vida adulta, Malcolm rara vez había pensado en cómo debía de ser lo de tener amistades masculinas y nunca las había buscado. Pero ser testigo de estas muestras de camaradería le generó un ataque de celos, que le avergonzó y que borró de inmediato de su cabeza.

Se despertó a las nueve de la mañana, como de costumbre. Salió de la cama y se acercó a la ventana. Los inmigrantes estaban en diversos estadios de desperezamiento, pero todavía no había ni rastro de las cuidadoras y sus niños chillones. Había cinco palomas posadas muy juntas sobre la rama de un sicomoro en el borde del parque. Malcolm las miraba sin prestar demasiada atención, pero de pronto vio que cuatro de ellas se apartaban de la quinta. Se desplazaron de lado, pegadas unas a otras, mientras la quinta seguía inmóvil en su sitio, cabizbaja y temblorosa. Unos momentos después, vaciló y se quedó petrificada; después se tambaleó hacia delante, cayó de la rama y descendió en picado unos diez metros hasta aterrizar en la barriga de un emigrante todavía dormido. El tipo se levantó de un salto, agarrándose la barriga y se quedó mirando perplejo a la paloma muerta. ¿Qué tipo de mal augurio era este? ¿Qué tipo de lamentables noticias compartía con él el mundo natural? Miró a su alrededor, buscando a algún testigo de lo sucedido, alguien a quien explicarle lo ocurrido, pero no había nadie y el tipo recogió su manta y salió a toda prisa del parque, mientras el pájaro yacía rígido sobre la hierba.

En ese momento sonó el teléfono. Malcolm se acercó el auricular a la oreja y preguntó:

—¿Qué es lo contrario a un milagro?

Frances se incorporó en la cama.

—¿Cuántas letras?

Mientras tomaban el café cayeron en la cuenta de que era Nochebuena, de modo que se fueron cada uno por su lado a comprar regalos para el otro. Malcolm le compró a Frances una caja de su vino francés preferido; también trajo a casa un arbolito de Navidad en una maceta y una hilera de lucecitas. Decoró el árbol y lo colocó sobre la mesa del desayuno en la cocina; abrió una de las botellas y esperó a que regresase Frances. Ella entró en el apartamento con una bicicleta con un lazo en el manillar. La había cargado escaleras arriba y llegó jadeante.

–Ayúdame con esto, por el amor de Dios, estoy al borde del infarto.

Estaba atardeciendo. Se bebieron la primera botella de vino y abrieron una segunda, y Frances se obsesionó con la falta de entusiasmo de Malcolm por la bicicleta. Hacía veinte años que Malcolm no se subía a una bicicleta y era cierto que de entrada se mostró indiferente ante el regalo. Frances se empeñó en que debía darse un paseo con ella esa misma noche, pero a Malcolm no le apetecía salir. Finalmente, y gracias en buena parte al vino, decidieron que podía y debía dar una vuelta en bici por el apartamento. Apartaron los muebles para dejar vía libre y tras dos intentos nulos de arrancar, por fin se puso a pedalear.

El circuito consistía en dar una vuelta por su dormitorio, salir al pasillo, llegar al salón y desde allí a la habitación de Frances, donde daba otra vuelta y repetía el recorrido en la dirección contraria. Al principio, esta actividad requirió de toda la atención de Malcolm, pero en cuanto empezó a sentirse más cómodo y seguro del recorrido, se fue relajando. Durante varios minutos Malcolm siguió el circuito pedaleando. Frances se había subido a su cama, que habían trasladado al centro de la habitación, y Malcolm circulaba alrededor en lentos círculos.

–Funciona de maravilla.

–Toca el timbre.

Malcolm tocó el timbre, salió al pasillo y volvió a recorrer en círculo la habitación de su madre. Frances permanecía en silencio. Pequeño Frank estaba sentado a los pies de la cama y ella le sonreía.

–¿Qué pasa? –preguntó Malcolm.

–Oh –respondió Frances–. Estaba pensando en el velero que me compró.

–¿Te compró un velero?

–Sí, un año por navidades.

–¿Desde cuándo te interesan los veleros?

–Jamás me han interesado los veleros. Por eso el regalo resultó tan sorprendente.

–¿No lo querías?

–No, la verdad es que no.

Frances le dio una patadita a Pequeño Frank. Este inclinó la cabeza y cerró los ojos. Malcolm dio una vuelta a la habitación en silencio. Evitó por los pelos chocar con la mesilla de noche.

–¿Cómo recibe uno un velero? –quiso saber.

–Me vendó los ojos y me llevó hasta el puerto deportivo. Allí me quitó la venda, me señaló un barco enorme y me dijo que era mío. Se llamaba *Sunny Disposish*, era un velero maravilloso, con el interior de teca y un jacuzzi en cubierta, y se necesitaba una tripulación de unos seis

marineros para manejarlo. –Negó con la cabeza–. Él entonces tenía oficinas en Southampton y se le había metido en la cabeza que podíamos ir allí a diario con el barco. En aquella época nuestro matrimonio iba mal por primera vez y supongo que pensó que el velero podía volver a unirnos.

–Es bonito que lo intentase.

–No es bonito. ¿Sabes lo que habría sido bonito? Que no me hubiera regalado ningún velero, pero hubiese dejado de follarse todos los agujeros calentitos que se cruzaban en su campo de visión.

Malcolm dio dos vueltas alrededor de la cama y salió pedaleando de la habitación. Frances oyó un estruendo, el ruido que hizo Malcolm al saltar de la bicicleta a su cama. No había cenado y estaba bastante borracho, de modo que se quedó dormido casi de inmediato; pero Frances estaba inquieta y se fue a la mesa plegable de la cocina para fumar y beber agua del grifo, para sentir la soledad y reflexionar sobre ella. Pequeño Frank había saltado a la mesa y se había acurrucado junto al arbolito de Navidad. Contemplando las lucecitas, Frances pensó en su infancia, en su padre en batín subiéndola por la escalera en Nochebuena. Olía a cigarrillo, alcohol y *aftershave*, una combinación de aromas que ella adoró desde ese momento y a lo largo de su vida. Franklin desprendía esa misma troika letal cuando se conocieron, antes de que el alcohol empezase a oler agrio y el tabaco, acre.

Frances miraba fijamente el arbolito. Entrecerró los ojos y las lucecitas navideñas se convirtieron en alargadas lanzas que parpadeaban y titilaban. Clavó la mirada en esas barras de colores; cuando cerró más los ojos, las luces perdieron su definición y se convirtieron en una mancha informe con un colorido estrafalario, que no remitía a nada y sobre la que resultaba imposible fantasear.

A Malcolm cada vez le inquietaba más Frances. Había en ella una mirada furtiva que él no acababa de entender, pero que lo ponía en alerta. Malcolm no quería estar en alerta, prefería mirar hacia otro lado. En los días y semanas posteriores a Navidad hizo buen tiempo, soleado y frío, y él, después de desayunar, salía a recorrer la ciudad con la bicicleta. Frances lo echaba de menos durante esos paseos, pero no se quejaba cuando él salía, porque era la responsable de ese nuevo capítulo de la vida de Malcolm, el de los recorridos por París en bicicleta, y se sentía orgullosa de habérsela comprado.

Al principio a Malcolm esos recorridos urbanos en bici le parecieron horripilantes y aterradores. No es que los conductores quisieran atropellar a los ciclistas, como sí sucedía en otros lugares, pero tampoco es que estuviesen muy pendientes de las posibles colisiones. Le llevó varios días sentirse cómodo en las calles principales; fue ganando confianza por fases. Y un buen día se encontró pedaleando por la Bastilla entre un denso y anárquico tráfico, con el brazo izquierdo extendido defensivamente mientras coches y motos circulaban como un enjambre a su alrededor pegándole bocinazos y los taxistas lo insultaban con verdadera delectación, pero al final todos le cedían el paso a Malcolm en lugar de arrollarlo. Lo que le permitía aventurarse de este modo era la fe, la fe en que todos los vehículos que pasaban a gran velocidad optarían por frenar antes de atropellarlo.

Una mañana decidió ir a Buttes-Chaumont. Pedaleó más allá de la Bastilla, se quedó sin aliento en la avenida Simón Bolívar y entró caminando con la bicicleta en un parque. El ambiente era inquietante y no había ni un alma, la niebla descendía hasta los árboles y setos. Malcolm compró un helado a un vendedor que parecía pasmado ante su propia decisión de vender artículos congelados tan temprano y en un día tan frío. Malcolm pensó en entrar en calor escalando el templo situado en una isla de pronunciada pendiente en el centro del pequeño lago del parque. Ató la bici a un árbol e inició su ascenso.

La niebla se estaba disipando cuando Malcolm alcanzó la cima, se plantó bajo la cúpula del templo y contempló el París que iba asomando bajo la bruma. Había estado en el mismo lugar con Susan y, al recordarlo, de pronto la echó de menos, después de un mes sin apenas dedicarle un pensamiento. Decidió que la llamaría y le preguntaría qué tal estaba. Descendió del templo, recuperó la bici y fue siguiendo el canal. Compró una tarjeta telefónica en un *tabac* frente a la Gare de l'Est y se metió en una cabina junto al agua. Marcó el número y esperó. La voz de Susan sonó chirriante:

–¿Hola?

–¿Sudsy?

–¿Qué haces?

–Te llamo. Te llamo por teléfono.

–Son las cinco y media de la madrugada.

–Ah. –Malcolm chasqueó los dedos–. Vale. Lo siento.

Susan no dijo nada.

–He estado paseando con mi bicicleta –dijo Malcolm.

–¿Qué bicicleta?

–Frances me regaló una por navidades.

–Qué triste. ¿Dónde estás?

–Junto al canal. ¿Quieres saber qué estoy viendo?

–La verdad es que no. Bueno, vale, sí.

–Justo delante tengo una barca llena de turistas alemanes con caras enrojecidas, esperando a que se desagüe el tramo y se abra la compuerta. Al otro lado del canal hay un par de críos jugando al ping-pong. ¿Recuerdas las mesas de ping-pong de cemento junto al canal?

–Sí.

–Deben fabricarlas con un molde. –Se hizo un silencio–. Te he llamado porque quería oír tu voz –le explicó.

–Aquí la tienes –dijo ella–. Esta es mi voz.

Pero de pronto se oyó otra voz, una voz de hombre, al fondo.

–¿Con quién estás hablando? –preguntó.

–Con Malcolm –respondió Susan.

–¿Con quién estás hablando? –le preguntó Malcolm.

–Con Tom.

Los dos hombres empezaron a hacerle a Susan preguntas incómodas que se solapaban.

–Un momento –dijo ella–. Esperad un momento.

Primero habló con Tom, que estaba molesto por la llamada de Malcolm, tan molesto que se largaba, aseguró. Susan le pidió que se quedara, pero Tom le dijo que ni hablar. Susan se disculpó; hicieron planes para hablar de todo eso durante el almuerzo.

–Buena suerte hoy –le dijo ella. Hubo un silencio y después Susan apartó la mano del micrófono del teléfono–. Vale, ya se ha ido.

Malcolm no sabía qué decir; descubrir que Susan estaba con otro hombre lo había dejado perplejo y dolido. Notó que se le hacía un nudo en la garganta, lo cual apuntaba a la posibilidad de derramar lágrimas.

–Escucha –le dijo Susan–, no tienes ningún derecho a expresar una opinión sobre este asunto, ¿entendido? No tiene ningún sentido que intentes hacerme sentir mal por esto, de modo que no te atrevas, ¿de acuerdo?

Malcolm asintió pero no de palabra.

–¿Esperabas que llorara por nuestra pérdida a perpetuidad? –preguntó Susan.

–Sí –aceptó Malcolm con sinceridad. Se recompuso–. De acuerdo –dijo–. Vamos allá. Hablemos. ¿Quién es este tío?

–Fue mi novio en la universidad. Ya te había hablado de Tom.

Sin perder la compostura, Malcolm le preguntó:

–¿Para qué le has deseado suerte? ¿Participa en un concurso de mamadas?

–Muy ingenioso, Malcolm. No, hoy tiene una cita importante.

–Oh, una cita importante.

–Exacto.

–Suena imponente. ¿A qué se dedica este guaperas?

–Trabaja en Wall Street. –Adelantándose al previsible comentario despectivo de Malcolm, Susan añadió–: Jódete. Al menos él tiene un trabajo.

–Sí, al menos eso lo tiene.

–Ha hecho una carrera partiendo de cero.

–Vaya héroe.

Susan guardó silencio, un silencio que Malcolm notó enseguida que no presagiaba nada bueno. Esperó a oír las malas noticias y ella se las lanzó:

–Me ha pedido que me case con él.

–¿Qué? ¿Otra vez?

–Sí.

–¿Por qué?

–¿Por qué me ha pedido que me case con él? –dijo Susan–. ¿Esta es la pregunta? Solo es una conjetura, pero supongo que tendrá que ver con el hecho de que quiere que nos casemos.

–No tiene ningún sentido –dijo Malcolm.

–¿Qué parte?

–Todas las partes. No me imagino la escena. ¿Utilizó el mismo anillo que la primera vez, o esta vez traía un anillo nuevo?

–No hubo anillo en ninguna de las dos ocasiones.

–Qué lástima. Probablemente estaba demasiado ocupado con sus citas importantes para ir al joyero.

–No fue una cosa planeada. Surgió de un modo espontáneo ayer.

–¿Qué, en un momento de intimidad?

–Supongo que sí. –Susan se quedó pensativa unos instantes–. Tú tampoco me ofreciste un anillo. ¿O en este caso es diferente? Supongo que te parece encantador cuando lo haces tú.

Malcolm se dio cuenta de que la situación se le estaba yendo de las manos. Decidió que había llegado el momento de dar un golpe de efecto.

–Quiero –dijo– que vengas a verme a París.

Susan se rió, a carcajadas y durante un buen rato. Cuando dejó de reír, Malcolm le preguntó:

–¿Y bien? ¿Qué te parece?

–Me parece que no tiene sentido que hablemos de lo que estamos hablando, eso es lo que me parece.

–¿Qué hay que hablar? No puedes aceptar su petición, porque sigues comprometida conmigo. Es ilegal, es poligamia.

–¡Malcolm!

–Es una felonía.

–Malcolm.

–¿Qué?

–No tienes derecho a comportarte de este modo. ¿Te queda claro? Es mezquino y cruel y no pienso aceptarlo. Me halaga que por fin hayas pensado en telefonarme después de varias semanas de haber desaparecido de lo que era la vida que compartíamos. Pero te equivocas si crees que te voy a recibir con los brazos abiertos, ¿entendido? Te equivocas. No pienso hacerlo más. Tú has echado a perder lo nuestro, está finiquitado, y no hay más que hablar.

En el rostro de Malcolm se formó una mueca de desolación reconcentrada. Emitió un gruñido.

–Escucha –dijo Susan–. ¿Quieres hacer el favor de...?, no vuelvas a llamarme. Al menos durante un tiempo. Estos últimos días me he sentido mucho mejor y me gustaría que me dejases en paz.

Malcolm pensó en qué era lo más odioso que podía decirle. Había muchas cosas odiosas, pero ¿cuál era la peor, la incontrovertible? Pero antes de que llegase a una conclusión, Susan

colgó. Él salió de la cabina y se plantó bajo el sol. La barca llena de alemanes había desaparecido, igual que los chicos que jugaban al ping-pong. Malcolm se alejó de la cabina en dirección al apartamento de Joan. Estaba ya a mitad de camino cuando cayó en la cuenta de que se había olvidado la bicicleta. Maldijo, cruzó la calle y paró un taxi para volver atrás.

Frances le estaba explicando a Pequeño Frank la segunda parte de su plan y el papel que según ella él debía representar en él. Le hablaba en términos tal vez más explícitos de lo necesario y percibía en él cierta oposición. Él parecía querer marcharse, pero ella lo agarraba con fuerza.

–Espera –le dijo–. Lo sé. Pero piensa en lo que te estoy diciendo. Como si no tuviera la razón.

Oyó la llave de Malcolm en la cerradura y se volvió hacia la puerta. En el momento en que Malcolm entró, Pequeño Frank se echó hacia atrás y mordió a Frances en la mano, salió corriendo del apartamento y desapareció escaleras abajo. Malcolm inspeccionó la herida de la mano de su madre y como vio que el mordisco había perforado la piel, bajó a la *pharmacie* de la esquina para comprar lo necesario para hacer una cura.

La *pharmacie* era luminosa, blanca y limpia y estaba muy concurrida. Malcolm se lo pasó en grande llenando su cesta con todos los productos concebibles que Frances pudiera necesitar: vendas, alcohol, aspirinas y cremas tópicas. La dependienta le preguntó si se había herido y Malcolm le contó lo de Frances y Pequeño Frank.

–Al final resulta que siguen siendo criaturas salvajes –sentenció la dependienta.

–Sí, y nosotros seguimos siendo monos –le dijo Malcolm, y puso una expresión simiesca y se rascó las costillas.

–*Oh là là* –replicó la dependienta.

De regreso al apartamento, Malcolm vio a Pequeño Frank sentado junto a la entrada del parque del otro lado de la calle. Cruzó para recogerlo, pero Pequeño Frank lo vio venir, huyó y se escondió bajo un seto.

Malcolm se encontró a Frances sentada en la cama, con la mirada perdida y la mano herida sobre el pecho. La llevó al baño, llenó el lavabo de agua caliente y echó jabón. Limpió las heridas, empapó el algodón en agua oxigenada y lo aplicó sobre las mordeduras. Le vendó la mano y le preguntó:

–¿Te duele?

–No.

–Gracias.

Frances miró a Malcolm.

–¿Por qué me das las gracias? –le preguntó.

Él le dijo que no lo sabía. Frances insistió en que salieran a buscar a Pequeño Frank y se pasaron dos horas de un lado a otro, hasta que la lluvia les obligó a volver a casa.

Esa noche Frances no pudo conciliar el sueño y por la mañana volvió a salir por su cuenta, pero regresó con las manos vacías y en un estado de creciente nerviosismo. Malcolm no sabía muy bien qué hacer; esa tarde invitó a Madame Reynard para que les asesorase. Ella se presentó con champán y zumo de naranja y los tres se reunieron en la sala para organizarse y reflexionar. Madame Reynard estaba emocionada por haber sido convocada y se dijo que no iba a decepcionar a sus amigos. Después de reflexionar un rato, dijo:

–Creo que deberíamos contratar los servicios de un sabueso. Se trae al perro aquí para que memorice el olor de Pequeño Frank y empezamos la búsqueda.

Malcolm no tenía demasiada confianza en el plan, pero decidió apoyarlo porque era mejor eso que nada. Encontró un listín telefónico en la cocina y se puso a llamar a perreras y criadores de perros, mientras Madame Reynard y Frances seguían sentadas en la sala bebiendo en silencio. Madame Reynard vio que Frances estaba muy agobiada: iba mal peinada y se había maquillado a toda prisa y no era capaz de sostener su mirada más de unos segundos. A Madame Reynard le fascinaba contemplar esa degradación, pero al mismo tiempo sentía una genuina compasión por Frances.

Reapareció Malcolm.

–Un fiasco –anunció.

Le habían dicho que localizar a Pequeño Frank solo con el olor era imposible. En París se mezclaban demasiados olores y hasta el sabueso con el mejor olfato sería incapaz de dar con el rastro del gato. Tras un educado silencio, Madame Reynard sugirió tomarse la desaparición de Pequeño Frank como una señal para dar la bienvenida a otro animal en sus vidas.

–Un gatito es una fuente de felicidad –sentenció.

Frances negaba con la cabeza.

–En primer lugar, yo no quería un gato. Ni siquiera me gustan los gatos. Lo que sucedió es que Pequeño Frank se presentó en nuestra casa y no pudimos hacer otra cosa que adoptarlo.

–Si se siente así y ahora el gato ha desaparecido, ¿por qué no se olvida de él y ya está?

–No –respondió Frances–. No, no, no. –Empezó a lloriquear en silencio. Se levantó y salió de la habitación. Madame Reynard se preparó otra mimosa.

–Me parece que he disgustado a tu madre –le dijo a Malcolm.

–Ella se siente disgustada con el mundo en general –le explicó Malcolm. Cogió la botella–. Se ha acabado el champán.

Madame Reynard asintió y se quedó pensativa.

–¿Alguna vez has tenido la sensación –preguntó– de que la madurez te fue impuesta cuando todavía eras demasiado joven y que en esencia sigues siendo un niño que imita los comportamientos de los adultos que tiene alrededor con la esperanza de que no descubran las flaquezas de tu corazón?

Malcolm estaba reflexionando la respuesta cuando Frances volvió de su dormitorio. Tenía un aspecto diferente de cuando había salido, porque se veía en sus ojos que había dado con una respuesta:

–La pitonisa a la que te follaste en el barco –dijo.

Malcolm salió a comprar otra botella de champán, que se bebieron sin mezclar con zumo de naranja.

Frances comentó su epifanía ante una burbujeante copa recién servida.

–Malcolm se folló a una pitonisa en el barco que nos trajo aquí.

–Qué bonito –dijo Madame Reynard, y le dio una palmadita en la rodilla a Malcolm.

–Ella captó a Pequeño Frank, ¿verdad? –le preguntó Frances a Malcolm.

–Creo que sí –respondió él.

–¿Por qué no le preguntamos dónde está?

–No sé si lo sabrá –respondió él dubitativo–. Y no sé si vamos a poder localizarla.

Madame Reynard iba asintiendo.

–Quisiera –dijo– que alguien me explicase de qué estáis hablando, por favor.

–La pitonisa follada y Pequeño Frank conectaron.

–No la llares así –pidió Malcolm.

–Ella captó a Pequeño Frank –continuó Frances.

–Sí –dijo Madame Reynard–, pero ¿qué había que captar exactamente de Pequeño Frank? Estoy confusa, no entiendo nada.

Frances miró a Malcolm, como preguntándole qué debía hacer. Malcolm se encogió de hombros, lo que ella interpretó como una invitación a seguir adelante.

–Madame Reynard, esto no es algo de lo que solamos hablar, pero, resumiendo, el alma de mi marido fallecido mora en el cuerpo de Pequeño Frank.

El párpado de Madame Reynard empezó a sufrir movimientos espasmódicos y ella se llevó la mano a la cara para controlar el tic.

–¿Es un hecho probado? –preguntó.

–Un hecho desgraciado.

–¿Y cómo lo sabe usted?

–Resulta obvio.

–¿Me lo puede explicar para que yo lo entienda?

–No creo que pueda. Debo pedirle que me crea sin más.

–Lo intentaré –dijo Madame Reynard con decisión. Se lo estaba pasando tan bien que podría haber chillado de placer. Se agarró una mano con la otra y apretó con todas sus fuerzas para calmarse.

Frances, de manera espontánea, anunció:

–Pequeño Frank se largó porque le dije algo que no le gustó.

–¡Oh! ¿Y de qué se trata? –preguntó Madame Reynard.

Frances negó con la cabeza.

–No pienso decirlo. –Miró a Malcolm y añadió–: Lo siento, pero he decidido no hacerlo. En cualquier caso, creo que la pitonisa nos podría ayudar, así que tenemos que encontrarla.

–Vamos a buscar a la pitonisa follada –dijo Madame Reynard.

–Exacto –dijo Frances.

–Pensemos... –intervino Malcolm–, pensemos en otro modo de referirnos a ella.

–Lo importante es cómo la vamos a encontrar –dijo Frances.

Los tres bebieron sorbos de champán en silencio.

–¡Ya lo tengo! –proclamó Madame Reynard, poniéndose en pie y golpeándose la frente con la lámpara baja que colgaba sobre la mesa de centro. Volvió a sentarse y se frotó la cabeza con los ojos cerrados de dolor. De sus labios fruncidos emergió–: Un detective privado.

Abrió los ojos y vio la sangre que le tintaba la palma de la mano.

–Tengo todo un botiquín –le dijo Malcolm, y fue a buscarlo. Sin embargo, cuando regresó, el volumen de sangre era tal que la situación le superaba con creces y propuso llamar a un médico. Madame Reynard se mostró entusiasta ante la propuesta. Dijo que adoraba a su médico; y además creía firmemente en la sabiduría del dicho «cuantos más, mejor». ¿Quién podía negar que fuera una verdad inapelable? Frances pensó que ella podía, pero decidió no abrir la boca, aunque solo fuese para ahorrarse el debate y el tiempo empleado en él.

No tardó en aparecer el doctor Touche, un tipo moreno de mirada somnolienta y manos de fémina adolescente. Madame Reynard le había pedido que trajese una botella de champán, pero él se negó, aduciendo que esa bebida le producía aversión, y a cambio se presentó con una botella de Côte-de-Brouilly, que no se pudieron beber, porque resultó que sabía a corcho. Al doctor Touche eso le indignó y telefoneó a su proveedor de vino mientras los demás lo observaban describiendo el bochorno que le había hecho pasar la botella estropeada.

–¿Qué va a pensar esta gente de mí? –se lamentó, y en ese momento Madame Reynard empezó a lanzarle cumplidos. El doctor Touche le hizo señas con la mano para que se callase y continuó con su conversación–: ¿y bien? –dijo–. ¿Cómo vamos a solucionar esto? –Escuchó un rato en silencio, manteniendo un dedo en alto, y de pronto asintió–. Sí, creo que este es el único modo. ¿Tienes un lápiz? –Le dio al vendedor de vino la dirección de Frances y Malcolm y colgó–. Vendrá en un rato –informó al grupo.

Mientras esperaban la llegada del vendedor, el doctor Touche atendió a Madame Reynard. Presentaba una herida profunda y pequeña que requería tres puntos. La mujer soportó el proceso con un adusto silencio y una vez terminado expresó la mortificación que le había supuesto. El doctor Touche había ido a la cocina a lavarse las manos; por encima del ruido del agua del grifo, gritó:

–¡No hay por qué avergonzarse de una herida física! ¡Las Parcas le han causado este daño, pero su cuerpo ya se ha puesto en marcha para curarse! ¡Es mágico! ¡Somos seres realmente peculiares! –Volvió a la sala, se sentó junto a Frances y posó su diminuta mano sobre la rodilla de la anfitriona. Le preguntó en inglés–: ¿Qué sucede?

Frances le apartó la mano y le contó en francés lo que estaban planeando antes de que Madame Reynard resultase herida. El médico no mostró ninguna reacción visible ante la información de que Pequeño Frank era un receptáculo, pero cuando Frances terminó, negó con la cabeza.

–Desde mi punto de vista lo que plantea usted es imposible.

–¿No cree usted en lo sobrenatural? –le preguntó Madame Reynard.

–¿En qué hay que creer? En el miedo, la culpa y el desconsuelo; este tipo de motivaciones pueden arrastrar a nuestra mente hasta los escenarios más extraños y oscuros. No me creo para nada toda esta historia.

–No necesito para nada que usted se la crea –comentó Frances.

–Aun así, esta es mi opinión.

–Vamos a contratar a un detective privado para localizar a una médium –dijo Malcolm.

–Un proceder muy americano.

–Gracias –dijo Madame Reynard–. Ha sido idea mía.

Llamaron a la puerta, era el vendedor de vino, un tipo desgarbado, con coleta y manchas de sudor en las axilas, que respondía al nombre de Jean-Charles. Traía una caja con varias botellas de vino; se sentó en la cocina, las fue descorchando y les fue pasando a los invitados copas con muestras de los diversos caldos. En cuanto al Côte-de-Brouilly acorchado, explicó que el

propietario de las viñas había empezado a mostrar un comportamiento errático, al parecer debido a un colapso mental.

–Ya sé que es inexcusable vender un vino así –añadió–, pero esta es mi explicación y pueden hacer con ella lo que les parezca.

–¿Qué le provocó el colapso? –preguntó inquieta Madame Reynard, como si le preocupase que pudiese pasarle lo mismo.

–Es una larga historia –respondió Jean-Charles–, y de hecho, apenas una pequeña parte, o más bien ninguna, parece tener lo que solemos llamar pies y cabeza.

A continuación, se puso a hacer preguntas sobre la naturaleza de la reunión y el doctor Touche le contó la historia de Pequeño Frank. Disfrutó recontándola y añadió algunas pequeñas florituras narrativas a un relato que le había encantado.

–A veces es como si el gato estuviese a punto de abrir la boca y empezar a hablar.

Jean-Charles parecía aburrido, pero puso especial atención cuando se mencionó al detective privado; resultó que su vecino de enfrente ejercía esta profesión. Se llamaba Julius y Jean-Charles lo telefoneó para invitarlo a unirse al grupo y él aceptó. Continuaron la cata de vinos mientras lo esperaban; para cuando apareció Julius, ninguno de los presentes estaba sobrio. Madame Reynard le puso una copa de vino en la mano; Julius le dio las gracias, pero como no quería beber, la dejó. Cuando ella volvió a plantársela en la mano, él, resignado, dio un sorbito y volvió a dejar la copa. Madame Reynard miró la copa, Julius fue incapaz de deducir de su expresión lo que pensaba esa mujer, pero no volvió a darle la copa por tercera vez, de modo que supuso que ya había quedado satisfecha. Se sentó frente al grupo y sacó un bloc de notas y un bolígrafo.

–¿Qué debo buscar y para quién? –preguntó. Al hablar, se puso un poco colorado.

–Mi hijo y yo –dijo Frances– necesitamos encontrar a una chica, una mujer joven. Es una vidente americana que vive en algún punto de París. ¿O no vive sino que está de visita, Malcolm?

–No lo sé.

–Da igual, la cuestión es que anda por aquí.

–Señora, ¿cuál es su relación con esta mujer? –preguntó Julius.

–Ella y yo no tenemos ningún tipo de relación. –Señaló a Malcolm–. Mi hijo la conoce carnalmente.

Madame Reynard se atragantó, se puso en pie y se fue al baño. De ahí llegó un ruido de gárgaras. Después empezó a tararear una canción.

–Me sería útil –dijo Julius– saber el motivo por el que desean localizar a esta persona.

–Hemos perdido a nuestro gato –explicó Frances.

–De acuerdo.

–Y creemos que esta mujer puede ayudarnos a encontrarlo.

–¿Ella sabe dónde está el gato?

–En este momento no. Pero creo que puede hablar con el gato mentalmente si se lo pedimos.

Julius sostenía el bolígrafo sobre el bloc sin escribir nada. Abrió y cerró la boca. Finalmente dijo:

–¿Cómo se llama esta mujer?

–Madeleine –dijo Frances–. No sabemos su apellido.

Julius pidió que se la describieran físicamente y Malcolm dijo:

–Es bastante exuberante.

–¿De qué color tiene el pelo?

–Rubio y los ojos azules.

Julius anotó estos datos.

–¿Creen que Madeleine quiere que la encuentren? –preguntó–. Me refiero a si hay algún motivo por el que pudiera desear no ser localizada.

–Ningún motivo –dijo Frances.

El vendedor de vino, Jean-Charles, se aclaró la garganta, se puso en pie y dijo:

–Quisiera decir unas palabras. –Apartó la mirada y volvió a dirigirla a los presentes–. Amigos míos, el mundo cambia, igual que cambia el tiempo. También cambian nuestras motivaciones, nuestros sueños e inquietudes, nuestros miedos. Pero ¿el vino? El vino es inamovible. Cuando recibimos buenas noticias, ¿qué hacemos? Nos servimos una copa de vino. ¿Y cuando nos llegan malas noticias? Pues hacemos lo mismo.

–Ginebra –matizó Madame Reynard mientras entraba de nuevo en la sala y recuperaba su sitio en el sofá.

Jean-Charles fingió no haberla oído.

–Llevo treinta años en el negocio. He dedicado mi vida al vino. Y a cambio el vino me llena de vida y me proporciona sustento. Es un honor, es un deber y es, sí, una vocación. Pero ¿dónde estaría yo sin mis fieles clientes? –Hizo un gesto en dirección al doctor Touche–. Sería un don nadie. Sería –indicó un pequeño espacio entre el pulgar y el índice de este tamaño. Ni más ni menos. ¿Qué sería de mí sin mis clientes? Bueno, podríais olvidaros de mí. Trocearme como un papel, lanzarme a la papelera; estaría acabado. Y esto es todo lo que quería decir al respecto.

Jean-Charles volvió a sentarse, con la nariz moqueando por la emoción, conmovido por sus propias palabras. El doctor Touche le dio unas palmaditas en la espalda a su amigo y a continuación se incorporó, porque también quería decir unas palabras.

–Estamos –dijo– pegados a una gélida canica que se desliza por el oscuro espacio a una velocidad obscena. Dicen por ahí que no tardaremos en chocar con el sol, la luna o algún asteroide de paso. Pero ¿cuándo sucederá eso? ¿Tal vez hoy? Más bien mañana. Pero tened por seguro que el final está cerca y podéis acostaros con esta idea. –Empezó a pasearse por la sala–. Mi padre –continuó–, cuando volvía a casa del trabajo y llegaba la hora de repasar lo sucedido durante el día, a menudo decía: «¿Qué tal un trago de vino?» Descorchaba una botella, bebía un sorbito, un trago de cabernet que se deslizaba por su garganta, y de inmediato se relajaba. «¡Ah!», decía. Era un alma simple y no necesitaba el arte. Y sin embargo, tantos años después, me pregunto: ¿no era ese amor al vino una evidencia de su pasión por la belleza? ¿Una muestra de sofisticación? Tal vez ese hombre fuese un genio, pero su vida no le había permitido localizar y cultivar ese don. Por desgracia, jamás lo sabremos. Ya falleció. ¡Murió y lo enterraron, puf! –El doctor Touche se llenó la copa y la alzó ante Jean-Charles–. Un trago de vino –dijo.

Jean-Charles alzó su copa y repitió:

–Un trago de vino.

Brindaron y bebieron.

–Ah –dijeron al unísono. El doctor Touche se sentó de nuevo en el sofá, con aire pesaroso, como si su discurso lo hubiera deprimido. Julius expuso su tarifa y Frances le pagó el doble de lo que pedía, en dinero contante y sonante. Mientras se guardaba los billetes, el detective dijo:

–No tengo mucha cosa con la que empezar, pero veré lo que puedo averiguar. Les llamaré en cuanto tenga alguna novedad. Y si no la tengo, también les llamaré. Adiós.

–Adiós –dijo Frances.

–Adiós –dijo Malcolm.

–Adiós –dijo Madame Reynard.

–Adiós –dijo el doctor Touche.

–Adiós –dijo Jean-Charles.

–Adiós –repitió Julius, y cerró la puerta con suavidad después de salir.

Julius era tímido. Siempre lo había sido, con una capacidad de relación por debajo de la media. Cualquier interacción le generaba incomodidad, y ocasionalmente angustia. La oficina de correos, el mercado, la sastrería: la placentera sensación de camaradería que otros extraían de estos momentos, a él le era negada. De pequeño le había reconfortado que su madre le explicase que la timidez se le pasaría cuando creciera, pero no sucedió y seguía padeciéndola, y como su madre ya había fallecido, no pudo decirle que se equivocaba.

Curiosamente, su timidez no había hecho disminuir su amor por la humanidad. Julius adoraba a la gente y a menudo se entristecía al pensar que nunca llegaría a conocerla de verdad. Fue la timidez lo que condujo a Julius a su campo de trabajo, ya que siempre había tenido la sensación de que estudiaba comportamientos ajenos desde su invisibilidad. ¿Por qué no ganar algún dinero con esa actividad si ya la estaba desarrollando? Trabajaba lo justo y no siempre con demasiado éxito, porque no era muy habilidoso; pero su madre le había dejado el apartamento en herencia y sus necesidades eran modestas, de modo que la vida pasaba sin grandes penurias ni sobresaltos ante él. Ahora era un hombre de mediana edad.

Estaba todavía perplejo por este último trabajo que le acababan de encargar, pero los billetes que llevaba en el bolsillo eran muy estimulantes. Estaba lloviendo y por el agujero del zapato izquierdo se le colaba el agua de los charcos. Entró en una zapatería y se compró un par de mocasines negros italianos. Era una extravagancia tan mayúscula que apenas se creía que hubiera sido capaz de dar el paso, y sirvió para subirle la moral, pero a la mañana siguiente se despertó agobiado por las dificultades del encargo. «Una mujer rubia y de ojos azules llamada Madeleine», pensó. Con unas pistas tan vagas, el fracaso parecía garantizado, y empezó a arrepentirse de haber aceptado el trabajo. Dilató sus rituales de higiene personal matutinos y después se sentó en el parque, preocupado y preguntándose si era demasiado tarde para devolver el dinero. Pensó que había cometido una locura con los zapatos e intentó devolverlos, pero el dependiente no se lo permitió porque ya había rayado las suelas. Regresó a su apartamento, echó las cortinas y se durmió. Por la noche soñó que había enviado por correo pasquines con la descripción de Madeleine y que ella había dado señales de vida al ver uno; después de desayunar, recreó los pasquines, ofreciendo una recompensa a quien le diera pistas sobre el paradero de Madeleine. Hizo fotocopias y se pasó toda la jornada colgándolas en estaciones de metro. Cuarenta y ocho horas después sonó el teléfono y al otro lado de la línea se oyó una voz ronca que aseguraba saber dónde estaba Madeleine. Julius estaba sentado muy recto; llevaba calzoncillos blancos y calcetines de rombos.

–¿Dónde está? –preguntó.

–Aquí mismo. Soy yo. –Madeleine emitió una tosecilla reivindicativa–. ¿Qué hay de la recompensa?

Julius quedó con ella en el exterior de la estación de metro de Odéon. Se sentaron en la terraza de un café; Julius pidió un café, Madeleine, un whisky doble. Llevaba unas gafas de sol torcidas y de los bolsillos del abrigo le asomaban kleenex. Estaba deseosa de hablar de sus penurias, que no eran pocas.

–La compañía de cruceros dejó de pagarme en cuanto bajé a tierra. Me instalé en un hotel, pero en una semana se me acabó el dinero y el encargado era un degenerado que husmeaba en los equipajes de todas las chicas y creo que nos espiaba en la ducha a través de un agujero. Después me robaron la cartera, tuve pulgas o piojos, y encima este frío. –Se sonó la nariz para reforzar su argumento–. Estoy harta –dijo–. Harta y muy sola, y mis padres no me quieren prestar dinero para comprar un billete de vuelta. –Ladeó la cabeza–. ¿Ha sido ese chico, Malcolm, quien te ha encargado encontrarme?

–Sí, él y su madre.

–¿La recompensa me la vas a dar tú o me la darán ellos?

–No hay ninguna recompensa –le dijo Julius y Madeleine frunció el ceño de forma ostentosa. Le explicó que los Price querían encontrar un gato desaparecido y le dijo que tal vez le pagarían por ayudarlos. Madeleine asintió, entendiendo de inmediato qué se esperaba de ella. Murmuró algo para sus adentros.

–¿Qué has dicho? –le preguntó Julius.

–He dicho: «Total, tampoco tengo nada más que hacer.» –Se bebió el whisky de un trago–. Llévame allí.

Cuando Frances se despertó, vio que Malcolm se había largado con su bicicleta, de modo que se vistió y también salió. Había empezado a frecuentar un café cercano, pero siempre sola. Los camareros la llamaban Jackie O por su frialdad, su impenetrabilidad y su glamourosa belleza. Ella bebía vino tinto y no hablaba con nadie; dejaba unas propinas generosísimas, absurdas. Contemplaba a los paseantes que recorrían la acera, pero nunca a nadie en concreto, siempre a la multitud en movimiento. Este día hizo algo novedoso: escribir una postal. De camino al café se había topado con dos chicas que se despedían con mucha parafernalia en plena calle: se cogieron la mano izquierda y después la derecha, se inclinaron al unísono, se dieron un beso en la mejilla, se volvieron y se alejaron, con una afectuosa sonrisa en los labios. Era una rutina, un ritual privado, y a Frances le hizo pensar en Joan y de ahí la postal.

Escribió: «Ayer vi el pene de un hombre. Estaba orinando en el patio al que da nuestro apartamento. De hecho, he visto un montón de penes desde que llegamos aquí. ¿Te habías dado cuenta de que aquí los hombres simplemente los sacan y los usan? Supongo que no hace daño a nadie, pero lleva algún tiempo acostumbrarse. El de ayer era de unas dimensiones memorables. Vaya regalo para un hombre. La vida es una lotería. Admito que fue grato verlo.» Frances le describió a Joan la segunda parte de su plan en dos partes y concluyó el texto con palabras devotas y cariñosas. «Siempre he admirado tu corazón. Tu corazón es el más recto de todos.»

Pidió la cuenta y, mientras se la traían, decidió que no iba a mandar la postal. La dobló y la dejó en la mesa, debajo de la copa de vino vacía. El camarero la vio, pero no sabía inglés. Se la enseñó al otro camarero y al cocinero, pero ellos tampoco sabían inglés. De regreso a casa desde el trabajo se detuvo en una oficina de correos y la mandó. No era el tipo de cosa que solía hacer, pero pensó que Frances era una cliente especial. Hacía poco le había dado una propina de cien euros después de consumir una copa de vino de la casa, y cuando él hizo el gesto de rechazarla, ella le respondió que «qué más da». ¿Qué habría querido decir con eso? El camarero envió la postal, no por la propina en sí, sino por lo que había llevado a esa mujer a dar esa propina. Él, claro está, no sabía qué era, pero sin duda era algo aterrador y por lo tanto digno de consideración.

Con discreción, sin pedir permiso ni dar explicaciones, Madame Reynard se había instalado en el apartamento de Frances y Malcolm. Cada noche, después de largas horas juntos, Frances o Malcolm se levantaban y decían: «Buenas noches, Madame Reynard», y ella se levantaba como para marcharse. «Espero volver a verles pronto», decía, «aunque tengo un montón de cosas pendientes. He dejado muy abandonados mis asuntos desde que ustedes llegaron, ¡aunque no es que lamente su aparición!» Ya en la puerta abierta, les decía: «Pero sí, supongo que nos veremos mañana en algún momento. Que duerman bien y sueñen con los angelitos.» Malcolm y Frances se retiraban a sus dormitorios y entonces Madame Reynard volvía a entrar sigilosamente e iba hasta el sofá para prepararse la cama. A primera hora de la mañana siguiente, salía del apartamento y regresaba a su casa para ducharse y cambiarse de ropa, pero una hora después ya estaba llamando de nuevo a la puerta, con cara resplandeciente, mirada de persona algo perturbada, los periódicos y cruasanes recién hechos. «¿Puedo pasar?», preguntaba, y ellos la dejaban entrar para iniciar otro día juntos. Ni a Frances ni a Malcolm les preocupaba su comportamiento, era tan bochornosamente falto de tacto que les resultaba fascinante. A veces, cuando aquella mujer abría el congelador, Frances sentía terror, pero solo le duraba un instante y al final nunca se cumplían sus temores.

Una tarde, Malcolm estaba sentado en el sofá comiéndose una zanahoria y por algún motivo desconocido llevaba puesto un traje. Frances, aunque solo eran las siete, iba en bata. De hecho, llevaba varios días sin salir del apartamento y durante todo ese tiempo no se había quitado la bata. Cada día había algún momento en que tomaba conciencia de cómo iba vestida, sobre todo cuando se sentaba a comer y en el momento en que se tomaba el primer cóctel, antes de cenar. En esas situaciones se sentía andrajosa, desnuda, indecorosa, y combatía esa incómoda sensación con montones de perfume y maquillaje. Sabía que no estaba actuando como debía, pero carecía de la fuerza de voluntad para reconducir su actitud. Le quedaban veinte mil euros; cada mañana había ido lanzando cientos por el váter.

Madame Reynard miraba por la ventana de la sala. Llevaba allí plantada quince minutos, en una postura laxa y con expresión ausente. Sin embargo, durante cinco minutos algo captó su atención. Se la veía cada vez más interesada y al final dijo:

–Vengan a ver esto.

Malcolm y Frances se acercaron.

En el parque se estaba desarrollando una escena de gran violencia.

Desde hacía algún tiempo había tensión entre los moradores del parque porque había llegado un nuevo grupo de inmigrantes que pretendían apropiarse de la pequeña zona. El grupo ya instalado naturalmente se había opuesto a esta invasión y desde hacía días había una suerte de línea invisible que dividía el parque en dos. Durante el día se respiraba un clima de tensa calma, pero de noche, cuando empezaban a circular el vino y otras sustancias, la situación se hacía más volátil. Malcolm había presenciado ya unas cuantas escaramuzas, pero en los últimos días se había instalado una calma que él había tomado por la paz definitiva, pero que en realidad era el momento de recogimiento que precedía al combate.

No se trataba de un enfrentamiento que pudiese elogiarse por su inteligencia; ninguna de las partes parecía moverse siguiendo estrategia alguna. Era una batalla campal a gran escala, hombres con niños pequeños aporreando a otros hombres con niños pequeños; montones de hombres; hombres que tiraban del pelo de otros; hombres que se clavaban las uñas en la cara mutuamente. Era una visión espectacular aunque grotesca, y Madame Reynard estaba encantada de haber sido la que la había descubierto. Sus amigos, gracias a ella, estaban embelesados. Y por ello se sentía en cierto modo propietaria del acontecimiento y se dejó llevar por el impulso de referirse a él como si fuese algo que ella les estuviese permitiendo ver.

–Suerte que estaba en la ventana –dijo–. Si no, no nos habríamos enterado. –Cerró y abrió los ojos. Ni Malcolm ni Frances le prestaban atención–. Cierra los ojos, Malcolm. Si los cierras no te enterarás de nada.

–No quiero cerrar los ojos –dijo Malcolm.

A Madame Reynard la respuesta le pareció muy desconsiderada; en un esfuerzo por salvar la cara, se puso a contar a los inmigrantes, en voz alta pero sin elevar mucho el tono, poniendo mucho empeño, como si se tratase de algo muy útil para los tres.

Hay unos cincuenta –dijo–. Veinticinco por bando. –Suspiró–. Es un combate equilibrado.

Malcolm y Frances no hicieron ningún comentario. Ya se habían acostumbrado a la tendencia de Madame Reynard a requerir su atención y habían decidido que la mejor manera de refrenarla era hacer caso omiso hasta que volvía a comportarse de un modo civilizado. En ocasiones, el proceso llevaba un buen rato, porque Madame Reynard era muy dada a la autocompasión, pero tarde o temprano, gracias al paso del tiempo o a la bebida o a una siesta reparadora, la mujer retomaba su habitual compostura y buen humor.

Bajo la ventana, la pelea estaba en pleno fragor. Ya no se trataba de agresiones individuales, sino de una marea de violencia ejercida de un modo conjunto.

–La pelea se está convirtiendo en un fin en sí misma –sentenció Frances.

Madame Reynard tuvo un ataque de celos ante el comentario, porque sabía que a ella jamás se le habría ocurrido algo tan ingenioso. El suyo era un destino paradójico: ser capaz de reconocer de inmediato la brillantez de los demás, pero ser incapaz de ejercerla ella.

Los antidisturbios entraron en tromba en el parque. Inusualmente corpulentos y ataviados con los equipos de intervención, entraron en acción con autoridad y vigor, y algunos de ellos además parecían disfrutar. Avanzaron por el parque aporreando a los inmigrantes uno tras otro; un porrazo en la cabeza y a por el siguiente. Al poco rato, la mitad de los inmigrantes yacían inconscientes sobre la hierba, mientras que la otra mitad estaban acorralados por la policía, apiñados en el centro del parque. Las luces de las farolas convertían sus rostros en máscaras de terror y odio; se veía el vapor del aliento que salía de sus bocas y topaba con el gélido aire. Los inmigrantes habían dejado de pelearse entre ellos y ahora aguardaban lo que se les venía encima, una nueva forma de violencia. Los policías sostenían los escudos con el brazo izquierdo, alzaron la mano derecha blandiendo la porra y se acercaron a los inmigrantes amontonados.

–Mirad –dijo Frances.

Uno de los heridos recuperó la conciencia. Se puso en pie lejos de la multitud, cogiéndose la cabeza con ambas manos y recomponiéndose. Algo en la hierba llamó su atención y se acercó para verlo más de cerca: una porra. La cogió y la hizo oscilar moviendo la mano. Se acercó a los policías, que, como estaban concentrados en el grupo al que tenían rodeado, no se percataron de su presencia. El tipo seleccionó a su víctima, alzó la porra y golpeó al policía en la rodilla. El agente cayó al suelo y el tipo rápidamente repitió la acción con un segundo y un tercer policía.

Varios de los agentes se dieron cuenta de que los estaban atacando por la retaguardia y un pequeño grupo se dio la vuelta para enfrentarse con el atacante. Hubo un momento de expectación mientras ambos bandos se tanteaban.

–Mirad su cara –dijo Frances.

El hombre sonreía. Le caía sangre por un lado del rostro, como si fuese un mechón de pelo. Escupió a los agentes, se burló de ellos. Los amenazó con movimientos tentativos de embestida y les hizo gestos para que avanzasen hacia él. No tenía miedo; parecía poseído, orgulloso. Frances pensó que era hermoso, y lo era.

Emprendió el ataque y otros dos agentes acabaron en el suelo antes de que los otros dos se le lanzasen encima. Lo aporrearon hasta dejarlo inconsciente, se dieron la vuelta y se reincorporaron al grupo que cercaba a los otros inmigrantes. Había cuatro fogatas encendidas, una en cada esquina del parque; sus humaredas delimitaban el cuadrilátero de un combate. Llamaron a la puerta, pero ninguno de los tres se movió.

–*Entrez!* –gritó Madame Reynard.

Julius y Madeleine entraron en el apartamento.

Los invitaron a acercarse a la ventana para presenciar el final de los disturbios. En cuanto terminó el espectáculo, Madeleine dijo que era horrible y que los policías eran unos cerdos. Julius planteó la pregunta de si la sociedad necesitaba o no policías y leyes. Madame Reynard se mostró de acuerdo con el planteamiento, pero Frances la cortó:

–Todos los policías son unos cerdos –declaró–. Punto final.

Madame Reynard preparó y distribuyó bebidas. Desde que se había instalado con ellos, en un esfuerzo por hacerse útil, había adquirido un libro de recetas de cócteles. Esa noche preparó un antiguo mejunje británico llamado Revive Cadáveres II. La receta incluía limón fresco, ginebra, Lillet, Cointreau, un chorrito de absenta y el añadido final de un anís estrellado colocado en la superficie. A todos les gustó el cóctel y pasaron un buen rato hablando de su historia e ingredientes. Se decidió que intentarían contactar con Pequeño Frank esa misma noche y Madame Reynard recalcó lo acertada que había estado con la elección del cóctel para tan señalada fecha. Reconoció que siempre había querido participar en una sesión espiritista y que *El espíritu burlón* era su película favorita, y preguntó si alguien más la había visto.

–La verdad es que no estoy muy segura de que esto se pueda considerar una sesión espiritista –dijo Madeleine.

–¿Por qué no? –preguntó Malcolm.

–Una sesión espiritista es una invocación de los muertos –respondió–. No sé si podemos decir que el hombre al que vamos a contactar está muerto.

–Por supuesto que no está muerto –dijo con firmeza Madame Reynard.

–¿Usted qué opina? –le preguntó Madeleine a Frances.

–Si le soy sincera, desearía que estuviera más muerto, pero no sé si eso se debe a que está todavía vivo o a cómo detesto a ese hombre.

Madeleine la miró con expresión de curiosidad.

–¿Qué? –dijo Frances.

–¿Le importaría contarme la historia? –le pidió Madeleine.

–¿Qué historia? –preguntó Frances con tono educado.

–¿Cómo fue que el gato acabó albergando a su marido?

–Oh. –Frances bebió un sorbo de su cóctel–. Bueno, él murió una mañana en nuestro dormitorio.

–De acuerdo.

–Un ataque al corazón, y murió de verdad, pero fue algo tan inesperado que de algún modo no me sentí capaz de asumirlo. Me había sometido a situaciones infernales, se lo aseguro. Y, hablando en términos generales, yo en ese periodo de mi vida no estaba en mi mejor momento emocional. En cualquier caso, yo estaba a punto de salir para pasar el fin de semana fuera, el coche me esperaba en la calle, el chófer estaba cargando el equipaje. Recuerdo que había pensado que era una tontería decirle a Frank que me iba, porque le iba a dar igual, de modo que ¿para qué? Pero al final, decidí decírselo y subí la escalera y me lo encontré muerto en nuestra cama, desnudo y sin ninguna sábana encima, y sobre su pecho había un gato.

–¿Un gato o un gatito? –preguntó Madeleine.

–Un gato joven.

–¿Lo había visto antes?

–No. De modo que, por favor, hágase cargo del doble impacto que supuso la escena para mí. El cadáver, pero también lo que había sobre el cadáver. Estaban pegados uno a otro. El gato le estaba lameteando la cara y hacía un ruidito.

–¿Qué ruidito?

–Un quejido, casi un lloriqueo, de desolación. Era algo horrible, de hecho insoportable, y eché al gato de allí, escaleras abajo y hasta la puerta de la calle. Después volví arriba y me senté un rato junto a Frank. No sentí otra cosa que la desesperanza de que ya no se podía hacer nada. Después tuve ganas de marcharme de allí y esas ganas se transformaron en necesidad. El chófer estaba dando bocinazos. –Frances se encogió de hombros–. Así que me largué.

–¿Adónde fue?

–A esquiar.

–Se fue a esquiar.

–Sí, a esquiar.

–¿Y no le contó a nadie lo que había sucedido?

Frances negó con la cabeza.

–Creo que no llegué a pronunciar ni diez palabras durante todo el fin de semana. Aparentaba estar pasándomelo en grande, pero no era así. Durante esos días no dejé de pensar en Frank y cada noche soñaba con él. Me gritaba, pero de su boca no salía ningún sonido, se había quedado mudo. Oh, y estaba muy enfadado conmigo.

–¿Por qué?

–Creo que quería que alguien fuera a cubrir su cuerpo. Que alguien fuera a hacerse cargo de él. –Frances miró a Malcolm, que desvió la mirada. Volvió a mirar a Madeleine–. Di por hecho que alguien se haría cargo de él mientras yo estaba fuera, pero le habíamos dado fiesta a nuestro servicio durante el largo fin de semana y nadie apareció por la casa. Yo regresé el lunes por la tarde. La casa estaba en completo silencio. Cuando entré en el dormitorio, Frank seguía allí, donde lo había dejado, solo que se había inflado como un globo y también se le había puesto color de globo. Llamé a la ambulancia y vinieron los paramédicos. Al verlo se mostraron impactados y supongo que yo debí comportarme de un modo raro, de modo que me miraron y me empezaron a hacer preguntas; cuándo había descubierto el cadáver y este tipo de cosas. Yo me sentía muy rara, como si no estuviese del todo dentro de mi cuerpo, y ni se me pasó por la cabeza mentir. De hecho, ojalá hubiera mentido. Fui tonta por no hacerlo. Los paramédicos llamaron a la policía y en un momento la casa se llenó de agentes.

–¿La arrestaron?

–Con suma amabilidad. Pero desde el punto de vista legal no pasó gran cosa más. Fueron los aspectos sociales los que resultaron problemáticos. Cuando regresé a casa de la comisaría, ya acechaban los paparazzi y también me esperaba el gato. Me siguió como si fuese lo más natural del mundo. Supe lo que sucedía con solo mirarlo.

Madeleine iba asintiendo.

–De acuerdo –dijo–. Empecemos y veamos adónde nos conduce esto. –Señaló la mesa del comedor–. ¿Le parece bien?

–Por mí perfecto –dijo Frances.

–¿Puedo quedarme? –preguntó Madame Reynard.

–Por supuesto.

–¿Y yo? –preguntó Julius.

–¿Por qué no? –Madeleine se volvió hacia Malcolm–. ¿Quieres invitar a alguien más?  
¿Algún vecino, los basureros?

Se había generado un *esprit de corps* entre el grupo. Frances pidió que la ayudaran a organizar el escenario y todos se pusieron manos a la obra y empezaron a desplazar los muebles.

¿Qué había sido de Franklin Price? Después de huir de Malcolm, se había paseado por el Marais en un estado de gran nerviosismo. Se había sentido inquieto desde que salieron de Nueva York y la descripción de Frances sobre lo que tenía planeado había aumentado sus temores. No sabía muy bien qué hacer; lo único que tenía claro era que no quería volver con ella.

Recorrió la ciudad trazando un arco hacia el noroeste y al final llegó al Hôtel de Ville. Había empezado a llover y notaba el pavimento helado en sus pezuñas. De pronto tomó conciencia del aprieto en el que se había metido: seguir en las calles significaba morir. Se sentó bajo un toldo para observar a la gente que entraba y salía de los almacenes BHV y decidió que una de aquellas personas iba a ser su tabla de salvación.

La reconoció en cuanto la vio. Era una mujer de cuarenta y tantos, de aspecto agradable y bien vestida, cargada con bolsas con compras. Cuando se detuvo para coger mejor las bolsas, él atravesó rápidamente la calle para plantarse ante ella. «Vaya, hola», le dijo ella, y se volvió para seguir su camino. No tenía que perderla de vista; ella se percató de que la seguía y se rió. La siguió cuando ella atravesó el patio que daba acceso a su casa y por la larga escalera que llevaba hasta su apartamento. La mujer abrió la puerta y se quedó mirando a Franklin. «Adelante», le dijo, y él entró. Fue así de sencillo.

Pasaron una relajada tarde juntos. Ella se dedicó a cocinar un asado mientras escuchaba la radio. Le dio a Franklin un bol con leche que él se bebió, y después se acomodaron en el salón. Mientras Franklin se adormilaba, sintió que había encontrado un nuevo hogar y que le iba a gustar mucho.

Por desgracia para él, la mujer que lo había acogido en su casa estaba casada con un hombre que no tenía gran estima por los animales, en realidad por nada que no fuese él mismo. Esa noche se presentó en casa de mal humor y con ganas de tener una trifulca con su esposa. La presencia de un gato callejero le proporcionó una excusa que ni pintada. Los bramidos finales del indignado discurso del marido despertaron a Franklin; levantó la cabeza justo a tiempo para ver al individuo dirigiéndose a todo trapo hacia él. Lo agarró por el pescuezo, lo llevó hasta la puerta del apartamento y lo lanzó escaleras abajo.

Franklin todavía no sabía muy bien qué estaba pasando; le resultó inaudito verse volando por los aires de este modo. Vio venir hacia él la pared al final de la escalera y aterrizó en el suelo y se deslizó por el vestíbulo. Se incorporó al pie de la escalera, lívido del susto. Pensó en sus momentos de esplendor con una doliente amargura: su armario repleto de trajes a medida, el olor del cuero de los asientos de su limusina, su convencimiento de que no era un mero ciudadano de Nueva York sino que de algún modo la ciudad le pertenecía; sus sonidos eran de su propiedad; el perfil de sus rascacielos no solo le era familiar, sino que eran un reflejo de su ambición y de sus éxitos.

Se pasó un rato enfurruñado y al final se acurrucó en una esquina del vestíbulo para dormir bajo una hilera de buzones. Se despertó al alba en manos del conserje. El hombre no le deseaba ningún mal a Franklin, pero jamás habría permitido que los gatos callejeros entrasen en el

edificio. Lo depositó en el frío pavimento de la calle y antes de alejarse le dijo: «*Bonne chance, mon ami.*» Pero la suerte de Franklin no iba a hacer más que empeorar.

Hubo un respiro antes de la caída definitiva. Volvió a intentar seguir a mujeres que salían del BHV, pero ninguna se mostró tan amigable como la primera. La mayoría lo ahuyentaban en cuanto veían que las seguía. Una mujer le permitió pasar la noche en su casa, pero cuando a la mañana siguiente lo pilló arañando la pata de la mesa de la cocina, lo echó a patadas. Otra mujer le dio de comer, pero en cuanto terminó, lo mandó fuera de casa. Él se puso a maullar desde el rellano y ella salió blandiendo una escoba.

Hubo un montón de días en que no consiguió tener ni un minuto de tranquilidad física o mental, y empezó a quedar claro que su lamentable estado no era debido a una mera racha de mala suerte sino de algo más permanente. Tras una exposición prolongada a la intemperie, la indignación que acompaña a la desubicación se va amortiguando con el paso de los días. Es a través de este proceso como un sintecho acaba amoldándose a su situación, pero cuanto más al fondo se cae, menos opciones hay de regresar a la vida anterior. Franklin se estaba adelgazando con rapidez y había perdido una parte del pelo del lomo después de que un diabólico cocinero le hubiera escaldado echándole encima aceite hirviendo en un callejón al que daba la parte trasera de un restaurante chino de Belleville. Se apoderó de él una malignidad atávica y empezó a ser conocido entre la fraternidad de asilvestrados gatos callejeros de París como un animal poseído por una violencia demente.

En su época universitaria, Franklin había intentado medio en serio suicidarse con un frasco de Nembutal. Se despertó día y medio después y con paso vacilante retomó sus rutinas, sin decirle a nadie lo que había hecho, avergonzado tanto por la tentativa como por su fracaso. Ya treintañero hizo un segundo intento, en esta ocasión con Valium, y esta vez casi lo consigue, pero su secretaria lo encontró despatarrado en el suelo del despacho unas horas después. Los paramédicos lo reanimaron y él adujo que se había tratado de una sobredosis accidental. La secretaria no se lo creyó; Franklin le ofreció una considerable bonificación, que ella dedujo con razón que era un soborno para comprar su silencio sobre el asunto.

Ahora, en su reencarnación felina, Franklin volvió a sentir la pulsión que lo abocaba a la muerte. Estaba convencido de que no había otra solución; una mañana decidió ir en busca de esa salida.

Pasó horas recorriendo las calles de París. Todavía no tenía claro cuál sería el método que utilizaría; valoró sus opciones. ¿Podía arrojarse bajo las ruedas de un autobús? ¿Tirarse al Sena? A la sombra de la Torre Eiffel se aseó un poco. Al alzar la mirada hacia la mastodóntica estructura, se dio cuenta de que había llegado al lugar de su muerte.

En el pasado, siempre que oía que alguien se había suicidado tirándose desde las alturas, Franklin se horrorizaba al pensarlo: la caída en picado, el choque con el cemento. ¿Quién podía desear un final tan tremendo? Pero ahora lo entendió. El pavimento era una solución inamovible a todos los problemas y era imposible errar o acabar haciendo una chapuza. Además, su deseo de morir era tan intenso que quería aniquilar el receptáculo corporal que lo acogía.

Empezó el ascenso, fue subiendo los trescientos sesenta escalones que conducían hasta el primer nivel de la torre, a unos sesenta metros del suelo; era el único punto desde el que se podía saltar con un buen ángulo hacia el suelo. Recorrió la plataforma varias veces. Por el lado oeste contempló el Campo de Marte con su extensa y plácida extensión de césped. Por el lado este observó el Sena, repleto de Bateaux-Mouches, esos barcos de dos pisos abiertos en el superior, que paseaban turistas por el río. Sobrepasó la barandilla de seguridad y llegó al borde de la

plataforma. Cuando miró hacia abajo, con el viento zumbándole en las orejas, no pensó en ningún Dios al que maldecir o implorar, ni se le pasó por la cabeza nadie a quien quisiera dedicar sus últimos pensamientos.

Avanzó hacia el vacío y cayó cabeza abajo. Estirando el cuello, vio cómo se aproximaba el suelo. Cerró los ojos anticipando el impacto, pero justo antes de que esto sucediese, se giró involuntariamente y aterrizó sobre sus patas. Pasaron unos instantes antes de que Franklin se diera cuenta de que no había muerto. Estaba temblando y le dolían las patas por el impacto, pero no estaba muerto, ni siquiera herido.

Incrédulo, volvió a subir por la escalera una segunda vez. Corrió hacia el borde de la plataforma, saltó todo lo lejos que pudo y durante el descenso su único pensamiento fue mantener el autocontrol, la conexión entre el cráneo y el pavimento. Pero como en la intentona previa, en el último momento varió su posición y aterrizó de nuevo sobre las patas. Franklin Price acabó asumiendo que, como animal, no podía cometer suicidio, debido al instinto de supervivencia que se sobreponía a las emociones y la determinación. Se alejó renqueando de la torre, consolándose amargamente con la idea de que lo más probable era que no tardase mucho en morir de inanición.

Vagó por las calles hasta que se hizo de noche. Estaba acurrucado junto a una noria en desuso frente a la estación de metro de Voltaire, esperando a dormirse, cuando de pronto se sintió atrapado por una extraña fuerza. Le llegó una voz, después varias más; no es que las oyese, sino que las percibía interiormente. Querían hablar con él y no pudo hacer otra cosa que aceptarlo. Cayó en un trance; una sensación de calidez envolvió su mente.

–¿Hola? –dijo Madeleine–. Franklin, estamos aquí contigo. Por favor, habla con nosotros.

El grupo estaba sentado en círculo alrededor de la mesa del comedor, mirando fijamente la vela colocada en el centro. Cuando llegó la voz de Franklin, la llama se inclinó; parecía que hablase a través de la propia luz.

–¿Quién eres? –preguntó.

–Me llamo Madeleine. Nos conocimos durante el viaje hasta aquí, ¿te acuerdas de mí?

–¿Qué quieres?

–Solo hablar contigo.

–¿De qué?

–De ti. Estoy aquí con Frances y Malcolm. ¿Quieres saludarlos?

Franklin guardó silencio.

–Hola, Frank –dijo Frances.

–Hola.

–¿Cómo estás?

–Bueno, ya sabes. ¿Estás con Malcolm?

–Sí.

–¿Malcolm?

–Sí, papá.

–¿De qué va todo esto?

–¿El qué, papá?

–Todo este rollo esotérico.

–Bueno, te largaste.

–¿Y?

–Y queríamos saber adónde habías ido.

–A ningún sitio en particular –dijo Franklin–. Estoy en plan nómada.

–¿Estás en la calle o bajo techo?

–En la calle.

–¿Y no tienes frío?

–Pues sí.

–¿Y no tienes hambre?

–La mayor parte del tiempo.

–¿Y qué haces durante todo el día?

–No gran cosa. Vago por la ciudad.

–Se ha espabilado para salir adelante –dijo Madame Reynard–. Es admirable.

Se produjo un silencio.

–¿Quién ha dicho esto? –preguntó Franklin.

–Me llamo Madame Reynard y estoy encantada de conocerle. Soy una gran amiga de su esposa y su hijo. Debo decir que han ejercido una influencia muy positiva en mi vida. Creo

firmemente que la amistad es una fuerza más poderosa para conseguir el bienestar espiritual que ninguna religión, ¿no está de acuerdo?

–Nunca me había parado a pensarlo –dijo Franklin.

–Piense ahora en ello y estoy segura de que me dará la razón. Y le puedo asegurar que Frances y Malcolm han estado muy preocupados por usted, preocupados hasta el punto de llegar a encontrarse mal.

–Frances –dijo Franklin–, ¿quién es esta persona?

–Frank, acaba de decirte quién es.

–Reynard –repitió Madame Reynard–. ¿Nos oye bien?

–Os oigo perfectamente.

–Bueno, pues quiero que sepa que ya pienso en usted como un amigo. Me provoca sentimientos amistosos y espero que podamos llegar a ser tan íntimos como con su estupenda familia. Su situación me parece fascinante y tengo un montón de preguntas que me gustaría poder hacerle. Por ejemplo: ¿tiene pensamientos de gato o de hombre?

–Frances –dijo Franklin.

–¿Se ha unido a alguna banda de personajes intrépidos y andrajosos?

–Frances, por favor.

Frances le dio unas palmaditas en la mano a Madame Reynard para que parase el carro, pero o bien ella no captó la indirecta o bien hizo caso omiso.

–¿Existe el amor en los lóbregos callejones? Imagino que a uno se le agudizan los sentidos bajo esa presión y los romances deben de ser mucho más intensos. Tal vez sea comparable al fenómeno del aumento exponencial de procreaciones justo después de una guerra. Es el espíritu humano manteniéndose firme, diciendo, de hecho: no voy a permitir que se me reprima. Si una se pone a pensarlo, en realidad es conmovedor. –Miró a los presentes para comprobar si sus palabras habían tenido algún efecto, pero parecía que no, o bien era tan tenue que resultaba imperceptible.

–Papá, ¿por qué huiste? –preguntó Malcolm.

–Buena pregunta. Gran pregunta. ¿Por qué no se lo preguntas a tu madre?

Malcolm le preguntó a Frances:

–¿Por qué huyó?

–Es bastante complicado –respondió Frances.

–No es tan complicado –dijo Franklin.

Frances no apartaba la vista de la vela; la luz titilaba ante sus ojos.

–Frank, ¿dónde estás? –preguntó.

–Prefiero no responder a esta pregunta –dijo Franklin–. ¿Alguien quiere saber por qué?

–Yo sí –dijo Madame Reynard.

–Yo también –se sumó Madeleine.

–Yo sí y no –dijo Malcolm.

–Se debe al pequeño detalle de que Frances tenía intención de matarme estrangulándome con sus propias manos –dijo Franklin.

Todos los presentes miraron a Frances, que logró mantener unos instantes la compostura, pero acabó derrumbándose y se puso a balbucir y a reírse a carcajadas. Las risotadas sobresaltaron a Julius, que volcó la copa de vino en el mantel.

–¡Lo siento! ¡Discúlpenme! –Se sintió fatal; fue corriendo a la cocina en busca de algún trapo.

–Bueno, ¿y este quién es? –preguntó Franklin.

–Se llama Julius –explicó Madame Reynard–. No lo conozco muy bien, pero me transmite buenas vibraciones. Nos ha ayudado mucho y ha sido muy caballeroso. –Cuando reapareció Julius con un trapo, le dijo–: Salude a Franklin.

–Hola –susurró Julius, poniéndose colorado mientras pasaba el trapo por la mancha de vino.

–Julius tiene un aire romántico –explicó Madame Reynard–, el hombre que vaga en plena noche buscando. Busca respuestas, información. Debe de ser un trabajo muy gratificante, ¿verdad, Julius?

Julius asintió con la cabeza.

–Pero lo que me parece más envidiable –confesó Madame Reynard– es tener una misión. Yo jamás he tenido una misión en toda mi vida. Y siento tener que reconocerlo, se lo aseguro.

–Perdón, ¿y cuál es la misión de este tal Julius? –preguntó Franklin.

El aludido le explicó brevemente su papel en la historia.

–¿Y Frances le paga por esto? ¿Frances?

–¿Qué?

–¿Le pagas unos honorarios a este payaso?

–Frank, no seas maleducado.

–¿Y qué hay de Madeleine? ¿Qué tajada se lleva ella?

–Cierra el pico, Frank.

–Eh, Julius –dijo Franklin.

Julius seguía intentando limpiar la mancha de vino.

–¿Sí? –dijo.

–Usted ha encontrado a Madeleine, que a su vez ha dado conmigo, ¿es así?

–Así es.

–Entonces ¿por qué sigue ahí, si ya ha acabado su trabajo?

–He preguntado si podía quedarme... –dijo Julius–. Quería ver... –No había modo de limpiar la mancha–. ¿Tiene un poco de soda? –le susurró a Frances, que se encogió de hombros.

–¿Frances? –dijo Franklin–. Escúchame.

–De acuerdo.

–Escucha lo que voy a decirte, Frances.

–Estoy escuchándote, Frank.

–Esta gente. Tus nuevos amigos. Son unos charlatanes. Hacen como que no se conocen, cuando en realidad trabajan en equipo para engatusarte.

–Vaya, lo que estás diciendo es una bobada.

–Yo te diré lo que es una bobada. ¿Quieres saber lo que es una bobada? Te lo diré, si quieres saberlo.

–No sabes de lo que hablas. Julius y Madeleine son dos personas encantadoras, nos han ayudado mucho y me alegro un montón de haberlas conocido. –Alzó la copa en homenaje a sus nuevos amigos. Madame Reynard tiró de la manga a Frances; ella también quería recibir un pipopo. Frances añadió–: Y a usted también, querida. –Madame Reynard sonrió ufana.

–Estupendo –dijo Franklin–. Deja que se queden con todo. A mí qué me importa. Pero después no me digas que no te lo advertí. –Se calló unos instantes–. ¿Por qué de repente tengo la sensación de ser la diversión de última hora de una juerga de borrachos? ¿Qué queréis de mí?

–Ya sabes lo que quiero, Frank. Me he tomado muchas molestias para encontrarte y tu

negativa a volver a casa me parece una absoluta vulgaridad. Jamás te he pedido nada en toda mi vida y ahora quiero una cosa de ti.

–Una pequeña cosa.

–Me la he ganado.

–¿Por qué?

–Yo podría haber hecho lo que hubiera querido –dijo Frances–. Podría haber sido lo que hubiera querido. Te entregué mi vida y tú la convertiste en telebasura.

–Te hice rica.

–Yo ya era rica.

–Estabas en las últimas cuando te conocí.

–En cualquier caso, el dinero se ha evaporado...

–¿Y eso de quién ha sido culpa?

–... el dinero se ha evaporado y te quiero a ti. Te exijo que vuelvas a casa y aceptes lo que te toca.

–Sí, bueno, voy a repasar mi agenda con mi secretaria y ya te diré algo. Eh, Malcolm.

–¿Sí, papá?

–¿Tú qué opinas de todo esto?

–¿De qué?

–Tu madre quiere matar a tu padre.

–Sí.

–¿Alguna reflexión al respecto? –le preguntó Franklin.

–Si quieres que te diga la verdad, prefiero no involucrarme.

–Estupendo. Muy bonito. Así que esto es la familia para ti.

Malcolm hizo una mueca. Se aclaró la garganta.

–Papá, creo que lo que quería decir era esto: no me parece justo por tu parte pedirme que me posicione en algo tan personal como esto, teniendo en cuenta que no sé quién eres, nunca he sabido quién eres, y no porque yo no quisiera, sino porque tú nunca te has abierto a mí, nunca has mostrado la más mínima predilección o cariño por mí, ni siquiera cuando era niño y te idolatraba y todo lo que anhelaba de ti era que me cogieras de la mano y me llevaras a pasear por algún puto parque y me dieras una puta palmadita en la cabeza; por el amor de Dios, ¿tan repugnante te resultaba?

Malcolm se levantó y lanzó su cóctel contra la pared. La copa estalló y él salió de la sala y se encerró dando un portazo en su habitación.

–¿Qué demonios le pasa a este chico? –preguntó Franklin.

–Te acaba de decir qué demonios le pasa, Frank. Que te odia. –Mientras hablaba, Frances se retocaba el pelo.

–Muy bien –dijo Franklin–. Muy bien. Bueno, ha sido un placer charlar contigo, Frances, pero creo que ya es hora de que vuelva a lo mío, a morirme de hambre, si nadie tiene nada que objetar.

Madame Reynard objetó. Tenía, dijo, más preguntas de las que por lo visto el tiempo que les concedía permitía responder, y no le quedaba otro remedio que aceptar que muchas quedasen sin respuesta, pero antes de que Franklin desconectase, le pidió que le concediese un deseo y les hiciese a los presentes un resumen de su experiencia de haberse convertido en gato. Franklin suspiró mientras pensaba la respuesta.

–En conjunto ha resultado frustrante, sí, creo que esta es la palabra.

–¿Por qué frustrante?

–Bueno, sigo teniendo todos mis viejos pensamientos y deseos, pero no puedo darles salida. Echo de menos mi vida de hombre. Me encantaba.

–Siempre parecías enfadado conmigo –dijo Frances.

–Lo estaba. Pero me encantaba estar enfadado.

–No es verdad.

–Por supuesto que sí. Es algo que la gente que no está enfadada se niega a aceptar de la gente enfadada. Es divertido estar furioso. Me encantaba mi trabajo. Me encantaba todo lo que suponía. Me encantaba el dinero. Me encantaba salirme siempre con la mía.

–Pero no siempre te salías con la tuya, ¿no crees? –dijo Frances.

–La mayoría de las veces sí. Casi siempre.

–Sí, pero mírate ahora.

Franklin se quedó callado un rato. La llama de la vela osciló y recuperó la verticalidad.

–Que te jodan –dijo, y la llama se apagó y todos los presentes alrededor de la mesa se quedaron contemplando el hilillo de humo.

A la mañana siguiente, Malcolm y Frances salieron del apartamento temprano. Paseando por la ciudad sin rumbo fijo, acabaron en el museo de historia natural. Vieron las exposiciones juntos y después se separaron para pasearse cada cual por su cuenta por el edificio. En un determinado momento, Malcolm se asomó por la barandilla de la cuarta planta y vio a su madre sentada en el café de la segunda. Ella no era consciente de que él la estaba espiando. Él sintió amor y temor; le asustaba seguir tan unido a ella. Fue al aseo a lavarse la cara; en la pared, junto al espejo, alguien había escrito: «César la ve: “Tómala, atrápala.”» Malcolm se sintió inquieto. Últimamente tenía la sensación de que el mundo le mostraba más cosas desagradables de las necesarias. Fue al café y se sentó frente a Frances.

–Siento nostalgia –declaró Frances.

–¿Del apartamento?

–No.

–Bueno –dijo Malcolm–, si quieres volver a Nueva York, yo estoy dispuesto.

A Frances le preocupó el comentario; se dio cuenta de que Malcolm no había entendido por qué estaba ella en París.

–Oh, chiquillo –fue lo único que se le ocurrió decir.

Le había pagado a Madeleine cinco mil euros por sus servicios y otros tres a Julius como bonificación. Le quedaban nueve mil euros; se preguntó cómo podía deshacerse de ellos.

Volvieron a casa sin apenas hablar. Al cruzar el parque, Frances vio al hombre valeroso de los altercados con la policía sentado en un banco comiéndose una naranja de una bolsa de redcilla. Tenía el rostro lleno de heridas y magulladuras, pero no se lo veía infeliz. Sonrió a Frances, que, por primera vez desde tiempos inmemoriales, volvió la cabeza azorada.

Madame Reynard los recibió en la puerta.

–No me gusta que se vayan sin avisar –protestó–. Me hace sentir muy sola y vulnerable.

–Tranquila, no hay por qué alterarse –respondió Frances, y le apretó la nariz como si fuese una bocina. Colocó una silla junto a la ventana para contemplar al hombre del banco, mientras Malcolm se echaba en el sofá a leer un tabloide francés. Madame Reynard había preparado suflé y lo sirvió al poco rato. Después de comer, Frances se bañó, se vistió y se maquilló. En el dormitorio se guardó siete mil euros en el bolsillo del abrigo y salió del apartamento sin decir nada ni a Malcolm ni a Madame Reynard.

El hombre seguía sentado en el banco. El sol le daba en la magullada cara; tenía los ojos cerrados. Frances se sentó a su lado y él se volvió para mirarla y la saludó llamándola *la femme à la fenêtre*, la mujer de la ventana. Frances asintió y él le ofreció una naranja que ella rechazó. Él se disculpó por el aspecto de su cara.

–En condiciones normales soy bastante guapo, y no solo lo dicen mis amigos.

–Seguro que es verdad –dijo ella.

–Se lo garantizo. Y volveré a serlo.

Frances sonrió.

–Vi lo que pasó la otra noche –le dijo.

–¿En serio? Vaya, vaya. Fue todo un espectáculo. ¿Qué le pareció?

–Pensé que actuó como un valiente.

El hombre bajó la cabeza con timidez, pero era obvio que se sentía orgulloso. Se disculpó por su modo de emplear la violencia.

–Pero debe entender que para un hombre en mi situación, los policías son la forma más infame de vida y no les tengo ningún respeto, me enfrento a ellos con lo peor de mí, que es lo que se merecen.

Frances explicó que ella también detestaba a la policía y su compañero de banco le cogió las manos y se las llevó al corazón con gesto solemne. Ella le preguntó por qué no estaba en la cárcel y él respondió:

–Nos hicieron poner en fila en la calle junto al río. El agente que nos vigilaba estaba distraído, no paraba de mirar hacia otro lado y de repente desapareció, dando por hecho que nosotros esperaríamos allí plantados a que volviese. Lo sorprendente es que todo el mundo lo hizo, menos yo.

–¿No le habían esposado?

–Sí, pero mire. –Le mostró las muñecas, que estaban cubiertas de rasguños y moratones–. Muñecas fuertes. Lo mismo que vuestro Billy el Niño. ¿Conoce a Billy el Niño?

–Lo conozco.

–Él siempre lograba escapar y yo siempre logro escapar.

Frances le dijo que había cambiado de opinión sobre la naranja y el hombre procedió a seleccionarle una.

–La mejor naranja para Madame –dijo–. ¿La mejor, la más deliciosa naranja de la bolsa? Esta es la que le voy a ofrecer, porque es mi invitada, la misteriosa y hermosa mujer de la ventana. –Elegió por fin una naranja y se la peló–. Tienda la mano –le pidió, ella lo hizo y él depositó la esfera en la hondonada de la palma de la mano. Con tono solemne le preguntó–: ¿Me da un poco de su naranja, por favor, Madame?

Compartieron la naranja. Fue un momento grato para ambos y se sintieron felices de haberse conocido. Cuando se terminó la naranja, Frances le ofreció al hombre los siete mil euros. Él sostuvo los billetes en la mano.

–Estoy muy enferma –le contó ella.

Él la observó incrédulo.

–No parece enferma.

–Lo estoy. Si quieres saber la verdad, no me queda mucho tiempo de vida. De modo que, ya ve, me va a hacer un gran favor si acepta este dinero. Me ayudará.

–¿Cómo le ayudará?

–Me ayudará a ser feliz.

Queriendo dejar las cosas claras, él preguntó:

–¿Me va a pedir que haga algo a cambio de este dinero?

–Nada en absoluto.

El hombre se quedó un rato pensativo. Contó mil euros y le devolvió el resto a Frances.

–¿No lo va a aceptar todo?

–No. –Señaló a otro inmigrante sentado cerca, a los pies de un árbol. El tipo estaba ostensiblemente borracho y parecía poseer una inteligencia por debajo de la media.

–Ese hombre de ahí aceptará el resto del dinero.

El hombre del banco se levantó y se cargó la bolsa de naranjas al hombro. Le tendió a

Frances su mano libre y ella se la estrechó. Él hizo una reverencia y salió del parque en dirección al río. Cuando desapareció, Frances se acercó al tipo del árbol. Le ofreció el dinero y él lo agarró y se levantó. No le dijo nada a Frances; salió del parque en la misma dirección que el hombre del banco.

Frances lo vio desaparecer. No se quedó con el buen sabor de boca que se esperaba. Alzó la vista hacia el apartamento y vio que Malcolm la estaba mirando. Lo saludó; él ni se inmutó.

Julius regresó por la mañana con una discreta bolsa de viaje con alguna muda y un libro. Madame Reynard le dio la bienvenida y él se sentó en el sofá a la espera de que alguien le preguntase qué hacía allí. Como nadie lo hizo, abrió el libro y se puso a leer. Al cabo de un rato, Madame Reynard plantó un cuenco con fresas en la mesa de centro y él se las comió.

Madeleine llegó antes de comer, cargada con su pesada bolsa de lona.

–¿Cuál es la habitación de Malcolm? –le preguntó a Julius y este le señaló en una dirección y siguió leyendo. Madeleine se encontró con Malcolm sentado en la cama, con el torso desnudo.

–Escucha –le dijo ella–, necesito quedarme aquí durante un tiempo. ¿Te parece bien?

–Sí –dijo Malcolm, y añadió–: Hola, ¿qué tal estás?

–Muy bien. Regreso a casa en avión en un par de días. –Dejó caer la bolsa sobre la cama–. Malcolm, no voy a follar contigo, ¿de acuerdo? Las cosas ya son bastante raras tal como están.

–De acuerdo.

–De hecho, ya me parece muy raro que follásemos en su momento.

–Preferiría no hablar de eso –dijo Malcolm.

Madeleine abrió la cremallera de su bolsa.

–Necesito un cajón.

Malcolm le señaló el armario, se puso la bata, se fue a la sala y se sentó con Julius. Madame Reynard emergió de la cocina con un colorido delantal y una cuchara llena de sopa, que le ofreció a Malcolm para que la probase.

–Creo que necesita un poco más de sal –dijo él, y ella volvió a meterse en la cocina.

Joan entró en el apartamento, pálida como un papel y con la llave en una temblorosa mano.

–¿Dónde está Frances? –preguntó.

–En el baño –le respondió Malcolm.

Joan dejó las bolsas y se precipitó hacia el pasillo. Al encontrar la puerta del baño cerrada se puso a aporrearla; cuando Frances respondió desde el otro lado, Joan casi se desmoronó. Malcolm la cogió del brazo y la acompañó hasta el sofá; elevando la voz por encima de sus sollozos, le preguntó:

–¿Qué tal estás, Joan?

Frances no tardó en salir del baño y fue a consolar a su amiga. Joan había estado muy preocupada y ahora se sentía aliviada, pero al poco rato se mostró enojada, después indulgente y por último alegre y encantada. Ella y Frances empezaron a hacer planes para esa tarde, planes que no incluían a Madame Reynard, que permaneció cerca con aire afligido, angustiada por la aparición de Joan. Cogió una silla y preguntó cuánto tiempo se iba a quedar Joan en París.

–Todavía no lo sé –respondió Joan. Su cara tenía una expresión amable pero perpleja–. ¿Puedo saber quién es usted?

–Me llamo Madame Reynard.

–¿Qué tal está?

–Mejor de lo que la gente cree. ¿Qué tal está usted?

Joan miró a Frances, que sonreía, y de nuevo a Madame Reynard, que no lo hacía. A

Madame Reynard no le gustaba el modo en que Joan estaba sentada en el sofá.

—¿Ya sabe dónde se va a alojar? Puede resultar difícil encontrar una habitación en un hotel en el último minuto.

—Este apartamento es mío —respondió Joan.

Madame Reynard se encogió de hombros, como poniendo en duda la veracidad de la aseveración. Volvió a la cocina y en protesta empezó a hacer ruido con cazos y platos. Joan siguió a Frances al dormitorio.

—¿Quién es esta horrible mujer que se ha instalado en mi casa?

—¿No te parece la monda?

—No, no me parece la monda.

—Dale una oportunidad, no es tan horrible.

—¿Desde cuándo les sigues la corriente a tus admiradoras?

—Es raro, ¿verdad? Parece que he adoptado una actitud de pura pasividad. Quizá es simplemente que estoy cansada. Sí, creo que será por eso.

—¿Y la postal? —preguntó Joan.

Frances se mostró perpleja por el hecho de que se hubiera enviado. Joan le dijo que no le interesaba el misterio de cómo había acabado en correos, sino su contenido.

—Tuve un mal día —le explicó Frances—. Ya se me ha pasado.

—¿De verdad? —preguntó Joan.

Frances tomó la mano de Joan y se la besó.

—Sí, querida.

Comieron. Joan alabó la sopa de Madame Reynard, lo cual pareció apaciguar a la mujer. Julius, en quien Joan apenas se había fijado antes, se presentó, y poco después Madeleine emergió de la habitación de Malcolm frotándose los ojos.

—Me he quedado dormida —anunció. Y dirigiéndose a Joan le preguntó—: ¿Cómo te llamas?

Joan se volvió hacia Frances.

—¿Aproximadamente cuánta gente tienes viviendo aquí?

—Ahora ya los has conocido a todos —le aseguró Frances a su amiga. Pero una hora más tarde apareció Susan con su novio Tom a remolque. Mientras dejaban las maletas en el suelo, Frances dijo—: Vale, ahora sí que ya no te queda nadie más por conocer, te lo prometo.

La característica más destacada de Tom era su belleza; la segunda era la normalidad; la tercera era la absoluta falta de sentido del humor; la cuarta, su incapacidad para sentirse avergonzado. Se dirigió al grupo durante la cena:

–Disculpad la intrusión. Pero, sinceramente, no sé qué otra cosa podía hacer. En estos momentos me encuentro en una situación muy dolorosa. Espero que todos lo podáis entender.

–Oh, no –dijo Madame Reynard sin dejar de masticar–. ¿Qué sucede?

–Para resumir, estoy enamorado de Susan.

–¿Y eso es malo?

–Sería motivo de celebración si ese amor fuese correspondido.

–¿No es correspondido? –Madame Reynard se tapó los ojos–. No puedo soportarlo.

Tom se puso reflexivo:

–Antes de conocer a Susan, creía saber qué era estar enamorado. Lo había verbalizado y lo decía convencido. Había oído cómo me lo decían a mí y estaba encantado. Pero ¿qué eran esos sentimientos comparados con esto? Esto es otra cosa. Esto es el amor al que aspiran los poetas.

–¿Eres poeta? –preguntó Madame Reynard.

–Trabajo en finanzas. Tengo la sensación de que hay una suerte de poesía en los números.

–Qué vulgar –dijo Malcolm en voz baja.

–¿Qué has dicho? –preguntó Tom.

–He dicho qué vulgar.

Tom miró a Malcolm con rostro inexpresivo y volvió a dirigir su atención hacia Madame Reynard.

–Le he pedido dos veces a Susan que se case conmigo. La primera fue en la universidad, y me dijo que gracias pero no. Pero en la segunda ocasión, me dijo: ¿sabes qué?, vamos a hacerlo.

–¿No es encantador? –dijo Madame Reynard.

–Lo fue. Y los dos estábamos muy felices. Pero entonces recibió esa llamada de madrugada. No me quiso reproducir la conversación, pero desde el momento en que colgó el teléfono, he estado jugando al gato y al ratón con ella intentando averiguar qué quiere. Y si no ando errado, lo quiere a él. –Tom señaló a Malcolm.

Madame Reynard estaba embelesada con la historia.

–¿Qué tienes que decir tú al respecto? –le preguntó a Susan.

–Es como lo ha contado Tom. Pensé que era feliz. De hecho, era feliz. Pero entonces me telefoneó Malcolm y ahora no sé qué hacer. –Se volvió hacia Malcolm–. ¿Qué hago? –le preguntó, pero él se limitó a encogerse de hombros–. Me pregunto –continuó ella– si serás capaz de sacar la cabeza de tu culo ni que sea por un momentito.

–No creo que debamos dejarnos arrastrar por nuestros instintos animales –intervino Tom–, la situación es compleja, pero creo que podemos expresar nuestros distintos puntos de vista sin perder la dignidad.

–Bravo –dijo Madame Reynard.

–Lo cual no quiere decir que debamos ocultar nuestras emociones.

–Oh, eso nunca.

–Por ejemplo, yo siento deseos de matar a Malcolm –dijo Tom, reacomodándose en la silla–. De hecho, asesinarlo aquí y ahora. –Se produjo un silencio general durante el cual los comensales observaron a Tom valorando su complexión física. Medía casi dos metros y era corpulento–. Aquí y ahora –repitió–. Después de todo, si él desapareciese, ¿no desaparecerían con él todos mis problemas?

–Pues sí –dijo Madame Reynard comprensiva–. La verdad es que sí.

–Pero no, no voy a hacerlo –aseguró Tom, apartando los ojos de Malcolm y clavándolos en su plato de gambas.

–Estás de suerte –le comentó Madame Reynard a Malcolm.

–Siempre he tenido suerte –replicó él.

–¿En serio?

–No, lo decía en plan irónico.

Madame Reynard se quedó pensativa y dijo:

–Yo ni he tenido suerte ni mala suerte. He llevado una vida anodina, vaya aburrimiento.

–Yo a veces he tenido una suerte increíble y en otros casos una mala suerte trágica –dijo Frances.

–Yo solo he tenido mala suerte –intervino Madeleine–, pero tengo la sensación de que en algún momento cambiará, de forma repentina y permanente. No sé, es lo que siento.

–Yo solo he tenido mala suerte y me temo que seguiré así toda mi vida –dijo Julius.

–¿Dónde voy a dormir? –preguntó Susan, mirando a su alrededor.

–¿Dónde vamos a dormir? –dijo Tom.

Después de cenar, Joan sacó un colchón de espuma del altillo. Pero era de una plaza; Tom se ofreció voluntario para dormir en el suelo. Lo hizo con el gesto noble de alguien que acepta una incomodidad por una buena causa, todo tan impostado que a todo el mundo le desagradó, salvo a Madame Reynard.

Julius durmió con Madame Reynard en el sofá, que como descubrió ella con entusiasmo era un sofá cama plegable. Dándose unos golpecitos en el mentón, le advirtió a Julius:

–Hablo en sueños.

–No pasa nada.

–Y hago rechinar los dientes.

–No pasa nada.

–Y padezco apnea del sueño y a veces soy sonámbula. Si ve que me levanto y me pongo a caminar, sobre todo no me despierte. Pero si intento salir del apartamento, ¿me guiará para que vuelva a entrar?

–De acuerdo.

–Y de vez en cuando sufro males nocturnos –dijo con aire avergonzado Madame Reynard.

–¿Qué son males nocturnos?

–A veces, muy raramente, vomito en la cama.

–Felices sueños, Madame Reynard –se limitó a decir Julius.

–Nunca sueño –se lamentó ella–. ¡Oh, qué vida!

Joan y Frances se metieron en la cama con sus pijamas. Olían a ginebra y a crema y Frances susurró con tono frívolo:

–¡Somos un par de viejecitas!

Amortiguaron las carcajadas con las almohadas; estaban felices de volver a estar juntas.

Con la aparición de Susan, Malcolm se sentía incómodo durmiendo con Madeleine y pensó en mandarla a un hotel, pero después de darse su baño nocturno se la encontró durmiendo a pierna suelta en pijama, y al contemplar la dulce expresión de su rostro no le pareció que hubiera nada impropio en compartir cama con ella. Puso cuidado en no despertarla cuando se deslizó bajo la colcha. Cuando Madeleine tiró de ella y se la apropió, Malcolm se cubrió con su chaqueta y se durmió con las rodillas contra el pecho.

Todos se durmieron y el apartamento quedó en silencio.

Frances hizo algo peculiar. En plena madrugada se despertó aterrorizada de un sueño en el que moría asfixiada. Se levantó de la cama, salió del dormitorio y se detuvo un momento en el pasillo y aguzó el oído. Fue hasta la puerta del apartamento, se puso el abrigo y los zapatos, salió a la calle y echó a andar. Aparte de alguna moto o algún taxi que pasaban a toda velocidad, estaba sola en la ciudad. Caminó durante diez minutos y se encontró ante lo que hasta hacía poco había sido su apartamento. Curiosamente, la luz de su dormitorio estaba encendida. Pero solo esa luz; el resto del edificio estaba a oscuras. Desde la acera pudo ver que las paredes estaban desnudas, habían sacado los cuadros y las habían pintado. Le dolió pensar en las pertenencias y cachivaches almacenados en cajas en algún oscuro almacén subterráneo. Los venderían en un lote, en una subasta, a un comprador que no sabría nada de ella y que por tanto no se merecería poseerlos.

Con el rabillo del ojo vio una silueta, la cabeza y el cuello apenas insinuados, que se movió por la parte inferior derecha de la ventana del dormitorio y desapareció. Sabía que tenía que ser un pintor o un agente inmobiliario o alguien del banco, pero la sola idea de que hubiera alguien allí no estando ella, y de que no se le permitiese acceder a su propia casa, la hizo sentirse fatal. Cuando la luz del dormitorio se apagó, se dio la vuelta y se encaminó hacia el apartamento de Joan.

Mientras bajaba por una estrecha y poco iluminada calleja, vio que, a lo lejos, un hombre avanzaba hacia ella. Llevaba abrigo largo y sombrero y Frances se percató de que estaba reprochándole algo con mucha rabia e incluso odio a un invisible antagonista. Dio por hecho que era uno de esos tipos desquiciados y sin un lugar adonde ir, que de noche vagan por las calles de la ciudad, gente que se ha visto empujada al borde del abismo por, supuso ella, la falta de afecto; pero al acercarse a él se dio cuenta de que su ropa no estaba raída, iba bien afeitado y llevaba el cabello pulcramente cortado y peinado. Cuando el tipo se percató de que alguien se acercaba, se detuvo y dejó de hablar. Frances bajó la mirada al cruzarse con él; él se volvió para observar cómo seguía su camino. Ella se había alejado seis pasos cuando el desconocido le preguntó:

–¿Se encuentra bien, señora?

Frances se detuvo y se volvió. El tipo tenía un rostro amable y saludable. Hacía unos segundos estaba furioso, pero ahora tenía aspecto de caballero y actuaba como tal.

–¿Por qué no iba a encontrarme bien? –preguntó ella.

–Bueno, es muy tarde para andar por la calle.

–Usted lo está haciendo.

–Sí, es cierto –respondió el desconocido–. En fin, buenas noches. –Se tocó el ala del sombrero y empezó a alejarse de Frances.

–He perdido a mi gato –dijo ella.

El tipo se detuvo. Observó a Frances con más atención.

–Sí, tiene usted aspecto de haberlo perdido –le dijo–. ¿Y por eso anda por aquí tan tarde?

–Exacto –respondió ella.

–¿Quiere que la ayude a buscarlo?

–Oh, no, gracias.

–¿Ha mirado usted debajo de la cama? –se le ocurrió al desconocido.

Frances negó con la cabeza.

–Todo lo que he perdido a lo largo de mi vida ha acabado apareciendo debajo de la cama – aseguró el hombre.

–Lo comprobaré cuando vuelva a casa –dijo Frances.

Él de nuevo le dio la espalda y se alejó, Frances lo miró sin decir palabra. Se preguntó a quién estaba maldiciendo con tanta vehemencia. «Ahora va a volver a casa con ella», pensó, sonriendo.

Volvió al apartamento de Joan. Dentro estaba muy caldeado y sintió pinchazos en las manos. Permaneció en el vestíbulo calentándose, mientras dejaba que su mente divagase. Y entonces hizo eso tan peculiar. Avanzó con sigilo hasta plantarse ante Tom y Susan, y se quedó contemplando sus rostros dormidos. Susan era indiscutiblemente hermosa y Frances no pudo evitar admirar la tersura de sus mejillas y cuello. Después estudió a Tom. Pensó que parecía bobo incluso dormido. Cuando volvió a mirar a Susan, la chica había abierto los ojos y le dijo a Frances:

–Hola.

–Oh, hola –respondió Frances.

–¿Qué haces?

–Bueno, ya sabes, daba una vuelta.

–¿Qué?

–Estaba dando una vuelta. –Movié los dedos reproduciendo la imagen de alguien que camina.

Susan estiró los brazos.

–Espero que no estés planeando asesinarme.

–No –le aseguró Frances.

–Oh, eso está bien. –Se hizo un silencio–. ¿Quieres que me levante y te haga compañía?

–No, no es necesario.

–Vale. Entonces voy a intentar volver a dormirme.

–De acuerdo –dijo Frances–. Buenas noches.

Volvió a su habitación. Estaba ruborizada cuando se deslizó en la cama y pensó: «¿Por qué lo he hecho?» Ya estaba casi dormida cuando recordó lo que le había dicho el desconocido en la calle. Asomó la cabeza debajo de la cama y comprobó que allí no había nada.

Se decidió que celebrar una fiesta era de lo más decoroso. Frances y Joan salieron de compras después de desayunar, con una lista que les proporcionó Madame Reynard, quien, debe decirse a su favor, no pidió acompañarlas, sino que se quedó preparando la cocina para cocinar y el apartamento para la fiesta. A Frances le quedaban dos mil euros y tenía intención de gastárselos todos en La Grand Épicerie. Joan se percató y se mostró suspicaz.

–El azafrán no está en la lista.

–El azafrán es imprescindible.

–¿Tres frascos de azafrán?

–Los usaremos tarde o temprano.

Frances llenó el carro de caviar. Joan se ofreció a pagar la cuenta, pero Frances le dijo que no era necesario; entraba todo en su presupuesto.

–Lo pagamos a medias –propuso Joan.

–No, tengo que gastar hasta el último euro.

–¿Por qué?

–Se supone que hay que gastárselo todo. Es el objetivo del juego. –Mandó a Joan a buscar el queso y en cuanto su amiga se alejó, llamó al encargado de los vinos y le pidió–: Deme alguno que cueste quinientos euros.

–¿La caja o la botella?

–La botella.

Tuvo un momento de pánico cuando le cobraron y se percató de que todavía le quedaban veinte euros. Pero entonces vio un cartel detrás de la cajera que explicaba la posibilidad de entrega a domicilio justo por esa cantidad, de modo que anotó la dirección de Joan y se desprendió con gran alivio, incluso en cierto modo orgullo, del último billete que le quedaba. Cogió a Joan del brazo y le propuso que regresasen a casa caminando. Al cruzar el parque vieron a un hombre y una mujer tendidos en la hierba, besándose con pasión.

–¿Tú y Don todavía hacéis el amor? –preguntó Frances.

–Todos los años por su cumpleaños.

–Pero no por el tuyo.

–Yo me conformo con una buena cena. A veces volvemos a ponernos a ello por Pascua.

Frances encendió un cigarrillo.

–¿Te arrepientes de no haber tenido hijos?

–Jamás. Ni una sola vez en mi vida. ¿Y tú te arrepientes de haber tenido uno?

Frances se rió.

–Te lo pregunto en serio –le dijo Joan.

–Oh. Bueno, a veces, si te soy sincera.

–Pero no le harías cambiar.

–Sí, sí que lo haría.

–Pero no le harías cambiar mucho.

–Le he cambiado bastante.

–Pero le quieres.

–Tanto que me duele.

Joan le cogió el cigarrillo a Frances, dio una calada y se lo devolvió.

–¿Qué te parece esta tal Susan? –le preguntó.

Frances hizo una mueca y respondió:

–Carece de mano izquierda.

–A mí me da lástima. No creo que sea fácil amar a Malcolm.

–Es bastante fácil.

–No seas tan severa. Es una chica encantadora.

–¿Y eso qué valor tiene?

–Supongo que alguno tendrá.

–No me apetece hablar de ella –dijo Frances.

Joan indicó moviendo las manos que daba el tema por zanjado.

–Pasando a otra cosa –propuso–. ¿Cuándo ha sido la última vez que has hecho el amor?

–Sabes perfectamente que fue hace años. En la travesía hasta aquí estuve a punto de hacerlo de nuevo. –Y Frances le contó la historia del capitán del barco; cuando acabó la historia, Joan se reía con sus francas carcajadas americanas.

–¿Cómo te sientes cuando recuerdas tus andanzas sentimentales? –le preguntó.

–La verdad es que un poco avergonzada –respondió Frances.

–¿En serio?

–Me lo monté con la mitad de los hombres que circulaban por Manhattan.

–Espero que ahora no te arrepientas de eso.

–Hay pocas cosas de las que me arrepienta.

–¿De qué por ejemplo?

–¿Quieres que te cuente de qué me arrepiento?

–Sí.

–Bueno, pues no pienso hacerlo.

Cruzaron el Sena. Joan se reía para sus adentros de algo. De pronto dijo:

–Le expliqué a Don que tenía que venir a París porque pensaba que te ibas a suicidar. Él, que estaba pasando canales con el mando a distancia, me respondió: «Si llegas a tiempo, salúdala de mi parte.»

El comentario divirtió más que ofendió a Frances.

–Don nunca ha sido alguien muy sensible.

–Es cierto. Pero no lo voy a criticar. Si quieres que te diga la verdad, he llegado a disfrutar de él tal como es. Hace unos meses de pronto caí en la cuenta de que soy básicamente feliz, y que Don y yo hemos conseguido complementarnos a la perfección. ¿Te haces una idea de lo desconcertante que me resultó?

–¿Desconcertante porque no deberías sentirte satisfecha con lo que tienes?

Ella negó con la cabeza.

–Cuando envejeces ya ni siquiera quieres amor. Al menos no el amor en el que creías cuando eras joven. ¿Quién tiene la energía para eso? Quiero decir que cuando pienso en el ímpetu que poníamos...

–Lo sé.

–Hombres y mujeres tirándose por las ventanas. –Hizo una pausa–. Lo que quieres es saber que hay alguien ahí; y quieres que te dejen tranquila. Con Don lo tengo. Pero me quedé

desconcertada porque comprendí que el corazón sabe cuidar de sí mismo. Buscamos la felicidad y nuestro corazón nos trae paz cuando llega el momento.

–Es una bonita idea –dijo Frances.

–¿No estás de acuerdo?

Frances sacudió el cigarrillo para que cayese la ceniza.

–En mi caso ha sido así.

La caminata les llevó hasta el jardín de las Tullerías.

–Mira dónde estamos –dijo Joan–. ¿Quieres que vayamos al Louvre?

–A la mierda el Louvre.

–¿Al Orsay?

Frances asintió, aunque tampoco tenía gran interés en ir. Al cruzar de nuevo el Sena en un taxi sintió como si tuviese un imán en el estómago. El agua parecía reclamarla y, asustada, esperó a que la sensación desapareciese, cosa que sucedió en cuanto el vehículo dejó atrás el río. Joan pagó al taxista y después compró las entradas del museo. El Museo de Orsay estaba casi vacío. En cuanto entraron, la actitud de Joan cambió; se mostró taciturna y reservada. Frances le preguntó qué le pasaba, y tras un inicial titubeo Joan expresó su rechazo a la nota de suicidio, a la idea del suicidio de una mujer como Frances, al cliché de alguien tan resplandeciente y prometedor matándose en cuanto el glamour se acaba.

–Bueno, en primer lugar –dijo Frances–, es horrible que me digas eso. En segundo lugar, el glamour se acabó hace mucho tiempo, como sabes muy bien. Y, en tercer lugar, sí, mi vida está repleta de clichés, pero ¿sabes qué es un cliché? Es una historia tan interesante y electrizante que se ha convertido en clásica y merece ser recontada.

Joan no pudo evitar sonreír ante la reflexión.

–La gente la cuenta –dijo Frances–. Pero muy pocos tienen la oportunidad de vivirla.

Por la tarde se reunieron todos para los cócteles. Sin haberlo hablado previamente, todos se vistieron con sus mejores galas y los perfumes de las mujeres luchaban por imponerse en la sala de estar. Al anochecer encendieron las velas; Madame Reynard encontró un diccionario inglés entre los libros de cocina y propuso que jugaran a un juego llamado El Diccionario, en el que un participante asigna una definición incorrecta a una palabra desconocida con la intención de engañar a los demás jugadores.

Ella propuso que el *secateur* era el ayudante del *saboteur*, Malcolm que *costalgia* era una reminiscencia compartida, Susan que *remotion* eran una promoción lateral, Frances que *polonaise* era un condimento británico pasado de moda que se preparaba con tuétano de caballo, Madeleine que *puncheon* era un almuerzo muy contundente, y Joan que *syrt* era un caramelo de menta sirio. Julius, cuyo inglés no era muy sólido, dijo que *unbearing* era el acto de «sacar a un oso de una zona poblada». Tom propuso que *raptorial* era un coito forzado y recibió tal amonestación general que dejó el juego y se sentó al margen del grupo enfurruñado, murmurando con amargura que el lenguaje servía para comunicarse, no para ofuscarse.

–Me siento incómodo cuando las cosas no tienen sentido –admitió.

El juego fue perdiendo interés y se decidió servir la cena: un asado con ensalada de berros, lechuga y roquefort, y después, como postre, una *charlotte Malakoff au chocolat* que despertó gran entusiasmo entre los comensales, lo cual supuso una oleada de satisfacción para Madame Reynard.

–Que digan lo que quieran sobre Julia. Ya sé que hay quien la arrastra por el barro, pero ¿esa gente es capaz de hacer un postre como este? Al criticarla lo que hacen es mostrar sus propias limitaciones, sus escasas dotes. Yo no escatimo en elogios cuando son merecidos, y espero que ustedes hagan lo mismo.

–¿Quién es Julia? –le susurró Tom a Joan.

–Child.

Tom lo entendió mal. Se volvió hacia Susan y le preguntó:

–¿Quién es Julia?<sup>1</sup>

Frances sorprendió al grupo ofreciéndose a lavar los platos. Lo debía de haber hecho en total unas seis veces en su vida y por tanto sus movimientos eran entre previsibles y peculiares. Era una acción muy simple, pero ella la convertía en algo casi religioso, un ritual que trascendía lo cotidiano y adquiría la magnitud de algo que se prolongaría más allá de uno mismo. Malcolm se dedicó a secar y guardar, con eficiencia, pero sin el entusiasmo de su madre. De hecho, le inquietaba que Frances hubiera asumido la tarea por propia voluntad. Era algo tan alejado de su comportamiento habitual que indicaba la proximidad de algún peligro.

Al dejar momentáneamente y después volver a la fiesta, Frances y Malcolm percibieron que entretanto algo había cambiado en el ambiente. Todos estaban borrachos, igual que ellos; y todo estaban dispuestos a seguir bebiendo sin que se les pasase por la cabeza parar. Tom y Julius, callados y serios, estaban echando un pulso en la mesa del comedor. En el sofá, Susan y

Madeleine intentaban explicarle a Madame Reynard que no había ninguna mala sangre entre ellas, un concepto que Madame Reynard no parecía pillar.

–No puedo decir que os conozca bien a ninguna de las dos, o que os conozca en absoluto, pero veo claro que estáis por encima de este tipo de celos banales. La fealdad engendra fealdad. Yo prefiero esforzarme por crear un buen ambiente.

–Madame Reynard, ninguna de las dos estamos agobiadas –dijo Susan.

–Eso decís, pero es obvio que no lo pensáis.

–Pero yo no estoy enamorada de Malcolm –dijo Madeleine–. Si soy sincera, la verdad es que ni siquiera me cae muy bien.

–Prefiero no hablar del tema –dijo Malcolm, mientras se acercaba una silla.

–Oh, ¿por qué no podemos ser todos amigos? –preguntó Madame Reynard. Le empezaron a temblar los labios y acabó echándose a llorar.

–Hemos disgustado a Madame Reynard –le dijo Susan a Madeleine.

Madeleine le dio unas palmaditas en la espalda a Madame Reynard.

–Por favor, no llore, se le va a correr el maquillaje, y lleva un montón encima.

Se oyó un ruido seco procedente del fondo de la sala cuando Tom venció a Julius. A continuación desafió a Malcolm, que había bebido lo suficiente para que le pareciese sensato aceptar el reto. Se acercó a la mesa del comedor y se sentó; Julius se autoproclamó árbitro:

–¿Preparados? ¿Listos? Ya –dijo, y Tom de inmediato aplastó la mano de Malcolm sobre el mantel. Malcolm no ofreció la más mínima resistencia.

–Has ganado –dijo.

–Vamos –replicó Tom–. Tómatelo en serio.

Malcolm asintió y volvieron a agarrarse las manos. Julius dio la orden de empezar y de nuevo Tom ganó sin el menor esfuerzo.

–Eres el campeón –le dijo Malcolm.

–Con esta actitud, esto no es ganar –se quejó Tom–. Ni siquiera lo intenta.

Las mujeres se acercaron. Joan y Frances avanzaron juntas, cogidas del brazo; Madame Reynard se toqueteaba los ojos y les daba las gracias a Madeleine y Susan por los alentadores ánimos. Malcolm miró el hermoso y ebrio rostro de Susan. Sintió que la amaba y le dijo a Tom:

–Si te gano, coges tu maleta y te largas, solo.

Tom lo miró con severidad y por tercera vez los dos hombres se cogieron las manos. Julius les dio la señal de inicio y Tom lanzó un grito de guerra mientras aplastaba la mano de Malcolm contra el mantel. Malcolm no había opuesto la más mínima resistencia; Tom, jadeando, le dijo:

–Un momento. ¿Qué he ganado?

–Nada –le respondió Malcolm–. Todo sigue igual que antes.

–Esto me recuerda –intervino Madame Reynard– a la artista a la que vi por televisión. Recorrió toda la muralla china, rompió con su novio y después le pagaron una millonada por ver cómo orinaba en un cubo en un museo.

Malcolm se frotaba con aire ausente los doloridos nudillos. Susan se arrodilló a su lado y le cogió la mano. Se la acercó a los labios y la besó. Tom se apartó del grupo y dijo:

–No me caéis bien. –Se volvió hacia Susan–. Esta gente no me gusta. No son normales.

Madame Reynard cogió a Tom por los hombros.

–Tom, hablo en nombre de todos si te digo que me ha gustado mucho conocerte y hablar contigo. ¿No podrías hacer el esfuerzo de sentir ni que sea un poquito de cariño por nosotros?

–No.

Madame Reynard se sentó en el sofá.

–Lo he intentado y he fracasado..., pero al menos lo he intentado.

Ahora fue Julius quien se acercó a Tom. Balanceándose, abrió y cerró la boca sin decir nada. Se mantuvo ante él un buen rato, respirando por la nariz.

–No estoy acostumbrado a beber tanto –dijo, y también él se sentó en el sofá.

Llegó el turno de Malcolm de plantarse ante Tom.

–Tom –le dijo, y el aludido tomó impulso y le arreó un puñetazo en la nariz. Malcolm cayó y quedó sentado en el suelo, tapándose la cara y asintiendo, como si la violencia ejercida contra él fuese razonable e incluso de sentido común.

Frances le dio una bofetada a Tom y también ella se sentó.

Tom se quedó ahí plantado, con aire desconsolado.

–Me marchó –le comunicó a Susan–. ¿Te vienes conmigo o no?

–No –respondió ella, sonriendo a Malcolm, que lucía un garboso bigote de sangre.

–Es tu última oportunidad.

–No pienso irme contigo.

–Susan, es ahora o nunca.

–Pues nunca, gracias.

Tom recogió su equipaje y salió del apartamento mortificado y perplejo. Madame Reynard consideró que el momento era el adecuado para volver a llenar las copas de todos los presentes.

–Bueno –dijo–, hemos perdido a un hombre. Uno de los miembros del grupo ha desertado. Aunque tal vez su ausencia una más a los que hemos permanecido aquí.

Alzaron las copas y brindaron por ello.

Malcolm tiró de Susan para alejarla del grupo, la condujo hasta su dormitorio y cerró la puerta. Se subió la manga para quitarse el reloj, que Susan reconoció como el de su padre y que no sabía que Malcolm todavía conservaba. Él se lo puso en la muñeca a Susan y le ajustó la correa.

–Te pedí que vinieras y has venido –le dijo, sin dejar de concentrarse en el acto de colocarle el reloj.

Susan le tocó la cara con la mano libre.

–Cariño, me estás manchando de sangre el jersey.

Y entonces vino la novedad. Cuando Malcolm y Susan reaparecieron, Madame Reynard anunció que había llegado el momento del concurso de talentos y, aunque nadie se moría de ganas de participar, el entusiasmo de esa mujer logró desactivar su apatía. Ella misma rompió el hielo recitando una serie de poemas de Emily Dickinson que se sabía de memoria.

–Qué feliz es la pequeña piedra, que deambula sola por el camino.

Recitó desde las entrañas y todos quedaron impresionados por su memoria y por cómo la afectaban las palabras. Estaba al borde de las lágrimas cuando declamó:

Empleo el tiempo de espera cantando  
y me ato las cintas del sombrero  
y cierro la puerta de mi casa  
sin nada más que hacer,  
hasta que oigo acercarse sus pisadas  
y caminamos hacia la luz  
y nos decimos el uno al otro que cantamos  
para mantener a raya las tinieblas.

Los presentes aplaudieron con entusiasmo mientras Madame Reynard se sentaba, temblorosa y con los ojos humedecidos por la emoción del éxito.

Joan decidió tomar el relevo. Cogió una hoja de papel y un lápiz.

–Decid lo que queráis y lo dibujaré.

–Dibújeme a mí –propuso Madame Reynard.

Joan la dibujó con trazos rápidos y seguros. En el retrato aparecía tal como estaba, sentada en el sofá con la copa en la mano, inclinada hacia delante y con una mirada afable pero un punto psicótica. Pero no era un retrato del todo desfavorecedor y, mientras el papel pasaba de mano en mano, Joan recibió un montón de elogios. Madame Reynard se guardó el retrato para que no se estropease y aseguró que le había encantado. Hacía esfuerzos por mantener la cabeza erguida.

Julius se puso en pie y se dirigió al grupo diciendo:

–Me he pasado todo este rato aquí sentado pensando en qué podía ofrecerles, pero no se me ocurre nada. Como se pueden imaginar, es muy embarazoso, pero quiero que sepan que me lo estoy pasando en grande. Gracias por permitirme gozar de su compañía. Espero poder seguir haciéndolo. Eso es todo. –Hizo una reverencia y se sentó, y los presentes se pusieron a dar ánimos y mostrar su cariño al reservado detective privado. Julius digirió los comentarios y se sintió conmovido por ellos. Pese a que no había aportado nada, experimentó la misma transfiguración emocional que un artista ante su público y se sintió pletórico.

Frances se puso en pie, con la copa en la mano. Dijo que iba a contar una historia.

–¿Es una historia feliz? –preguntó Madame Reynard.

–No –respondió Frances.

–¿De qué va?

–De cuando prendí fuego a la casa de mis padres.

–Vaya –dijo Madame Reynard.

–Esta ya la conozco –dijo Joan–. Es muy buena.

El grupo esperó. Frances dio un sorbo a su ginebra y empezó:

–Un día mi madre decidió que me odiaba y no era una persona dada a ocultar este tipo de cosas, de hecho ni se le pasó por la cabeza ocultarlo; es más, se moría de ganas de explicitarlo. Su método consistía en ignorarme, hasta tal punto que visto en perspectiva no puedo hacer otra cosa que preguntarme si estaba en su sano juicio. No estoy diciendo que me rechazase, que me evitase. Lo que digo es que empezó a vivir su vida como si yo no existiese ni hubiera existido jamás. Yo la saludaba y ella fingía no verme. No me miraba, sino que miraba a través de mí. Si yo insistía en hablarle, ella abandonaba la habitación, o incluso la casa.

»La cosa se prolongó durante meses y al final obtuvo el que creo que era el objetivo deseado: que yo dudase de mi propia existencia. Yo entonces tenía diez, once años. En una ocasión oí a mi padre rogándole a mi madre que me hablase, y ella, desolada, dijo: “Lo siento, cariño, pero no puedo ni pienso hacerlo.” No soportaba envejecer y detestaba que mi padre me idolatrara. La eclipsaba. Todo se reducía a eso. Ella quería alejarme, pero papá no se lo iba a permitir, de modo que ignorarme era su venganza, y era una jugada brillante porque resultaba muy efectiva. – Frances bebió otro sorbo–. Aunque había cosas buenas en mi vida. Olivia, mi institutriz, y yo estábamos muy unidas, y papá se mostraba siempre cariñoso y compasivo. Pero Olivia llegaba hasta donde podía llegar y papá estaba fuera la mitad del tiempo, más de la mitad del tiempo; a diario, en algún momento, yo veía a mi madre, pero ella no me veía a mí, y eso empezó a hacerme daño.

»Bueno, llegó mi cumpleaños y, claro está, mi madre no me compró ningún regalo, ni se presentó en mi fiesta, que se celebraba en nuestra propia casa. Esa noche, de madrugada, yo estaba echada en la cama, rodeada de regalos y tarjetas de felicitación, y se apoderó de mí una desesperación muy desagradable y violenta. Era demasiado intensa para aplacarla, de modo que tenía que actuar. Decidí prender fuego a la casa. No es que quisiera quemar a mi madre, pero al menos soñaba con hacerla reaccionar.

»Olivia estaba dormida, como mamá, y papá estaba fuera de la ciudad. Cogí una ramita para encender el fuego de la estufa de leña de mi cuarto y la coloqué sobre las brasas hasta que surgió una llama y entonces la acerqué a las cortinas. En cuanto prendieron, fui a avisar a mi madre. Todavía llevaba la ramita ardiendo en la mano; se la acerqué a la cara y se despertó tosiendo. Tenía una cara horrible y aterradora y, cuando se sentó en la cama, se lo expliqué: “Mamá, he prendido fuego a mi habitación.” Ella no dijo nada. “Mamá, mi habitación está en llamas”, insistí yo. Ella siguió sin abrir la boca, pero pasados unos instantes salió de la cama, llamó a los bomberos, se vistió y rápidamente salió de casa. Yo la observaba desde la ventana mientras se perdía en la noche.

»Olivia había empezado a gritar. Su dormitorio estaba pegado al mío y el humo la despertó. Volví a mi habitación y me la encontré golpeando la pared en llamas con mi colcha. Pobre Olivia, estaba aterrorizada. Oí las sirenas, pero sonaban muy lejos, como un mosquito zumbándote en la oreja.

»Lo primero que hicieron los bomberos fue derribar la puerta de la entrada, que no estaba cerrada con llave y quedaba muy lejos de las llamas del piso de arriba. Después derribaron las otras puertas, entraron hachas en la casa y cubrieron cada centímetro del suelo con sus mangueras. Los cuadros se caían de las paredes, las esculturas se desplomaban de los pedestales.

Fue el más concienzudo acto de vandalismo que he visto en mi vida, no tengo la más mínima duda. Plantado entre los escombros todavía sibilantes, el jefe de bomberos explicó que el fuego era el más insidioso de los cuatro elementos y que había que ser implacable con él, lo cual podía ser muy razonable, pero la casa había quedado destrozada. Llevó todo el verano y parte del otoño devolverla a su estado anterior y el olor a quemado tardó años en desaparecer.

»Recuerdo oír a Olivia hablando con mi madre por teléfono. Mamá estaba en el aeropuerto, esperando a tomar un vuelo a las Bahamas. Olivia le dijo: “Una cosa es cuidar de una niña, otra muy diferente es dormir puerta con puerta con una pirómana. No digo que no vaya a hacerlo, pero vamos a tener que hablar de mi sueldo.” Escuchó en silencio un rato y después colgó, dio una palmada y me dijo que nos íbamos a instalar en un hotel y que nos servirían la comida en nuestras habitaciones, y que la televisión sería colorida y atronadora, y que habría piscina y té con pastas cada tarde. Todo eso era cierto.

–Pero ¿qué le pasó a usted? –preguntó Madame Reynard.

–Solo eso. Nos trasladamos a una suite del Four Seasons. Me lo pasé en grande. No recuerdo que hubiese ninguna consecuencia de lo sucedido. Mi madre se quedó en las Bahamas toda la temporada. Mi padre envió al hotel a un psiquiatra para que hablase conmigo. Me preguntó por qué lo había hecho, yo se lo expliqué y él me dijo que lo entendía y se marchó. Y esta es la historia de cómo en mi infancia prendí fuego a mi casa.

Frances se sentó y el grupo comentó lo relatado. Madame Reynard dijo que había disfrutado de la narración porque permitía vislumbrar el carácter de Frances, pero le parecía que era insatisfactoria por cuanto no había castigo a lo que sin duda era un acto muy grave e incluso malvado. Julius dijo que le recordaba a *Lo que el viento se llevó*, pese a que no había visto *Lo que el viento se llevó*, pero tenía la sensación de que había cierta semejanza entre ambas historias. Madame Reynard le dijo que aunque en ambas historias había una casa en llamas, no era así, pero que debía ver *Lo que el viento se llevó* en cuanto se le presentase la ocasión, porque era un clásico que había superado lo que ella llamaba la durísima prueba del tiempo.

Entonces le llegó el turno a Madeleine, pero dijo que ella, igual que Julius, no tenía ningún talento que compartir; preguntó si la podían dispensar, pero le dijeron que no.

–¿No podemos contar la sesión de espiritismo como mi aportación? –propuso. La respuesta fue: no–. Bueno, ¿entonces puedo contar también una historia? –preguntó, y le dijeron que sí, y ella decidió que explicaría cómo había llegado a dedicarse a lo que se dedicaba.

–Cuando tenía ocho años –empezó–, estaba sentada en la cocina comiendo un bol de cereales y apareció mi abuela y tenía la piel de color verde lima. Lo tenía adherido, pero se esparcía cuando se movía, como una neblina que brotase de ella. Le pregunté qué le pasaba y me dijo: “Nada, ¿por qué?” Al cabo de un rato dijo que estaba cansada, se echó, cerró los ojos y murió. No se lo conté a nadie. Un año después vi a un hombre verde en el supermercado. Me separé de mi madre para seguirlo a distancia por los pasillos. Lo seguí por las cajas y hasta el aparcamiento. Se sentó en su furgoneta, encendió el motor y lo apagó. Empezó a sufrir sacudidas en el asiento. Le salía espuma de la boca. Lo vi morir en la furgoneta. Apareció un policía y les conté a él y a mamá lo de que el hombre estaba verde, igual que la abuela. El policía le dijo a mi madre que me llevase al hospital y ella lo hizo, y allí un médico me escuchó y me puso en observación, tres días con sus noches en una habitación acolchada. Después de eso, fingí no volver a ver a nadie verde nunca más.

–Pero sí los veías –dijo Madame Reynard.

–Los veía y los veo.

–¿Estoy verde?

–Está usted rosa.

–Hmm –dijo Madame Reynard. Sugirió que Madeleine debería trabajar en el campo de la medicina–. Piensa en las vidas que podrías salvar.

Madeleine negó con la cabeza.

–El verdor no es una señal de que alguien corra el peligro de morir –explicó–, es que va a morir.

A Malcolm el tema lo incomodó y decidió que había llegado el momento de compartir su talento. Se puso en pie y puso en escena un juego de manos en el que parecía que el pulgar se separaba de su mano y se le volvía a pegar. Al grupo le pareció pobre y le pidieron que hiciera algo más interesante. Madame Reynard le pidió que contase una historia, igual que Frances y Madeleine.

–¿Qué tipo de historia queréis que os cuente? –preguntó.

–Una triste y de miedo –respondió ella de inmediato.

Malcolm se quedó un rato pensando, rebuscando en el pasado, repasando su vida.

Cuando Malcolm tenía diez años, se enteró de que su madre y su padre no se lo iban a llevar con ellos durante el verano, sino que pasaría los siguientes meses en una academia. Se lo explicó el director en el enorme dormitorio de paredes forradas de roble, y fue la evidente incomodidad típicamente avasalladora de ese hombre al contárselo más que la noticia en sí lo que le generó a Malcolm verdadero temor. Este se redobló cuando el director le expuso, con el tono más relajado de que fue capaz, que su círculo social se limitaría a la subdirectora, una mujer estoica y sudorosa, con el flequillo pegado a una frente inquietantemente reducida, y al encargado de mantenimiento, al que los niños habían puesto el mote del Hombre Musgoso, porque parecía una criatura surgida de aguas pantanosas cubiertas de musgo.

El director salió de la habitación. Malcolm permaneció sentado, preguntándose cuánto le habrían pagado a ese hombre por permitir lo que a todas luces era una subversión de las normas de la academia; seguro que un buen pico, pensó. A la subdirectora y al encargado sin duda les habían pagado menos, o nada, a juzgar por lo rebotados que se los veía. Esa noche los tres cenaron juntos: un caótico montón de patatas sin pelar ni sazonar, hígado tibio y un vaso de agua del grifo. La subdirectora y el encargado discutían mediante pantomima, cada uno de ellos tratando de que el otro le explicase algo a Malcolm. Por fin la subdirectora le dijo:

–Se come a las nueve, a la una y a las siete. No vamos a ir a buscarte si no apareces. –Miró al encargado y de nuevo a Malcolm–. Ninguno de nosotros va a estar pendiente de ti. Tenemos trabajo que hacer. ¿Lo entiendes?

Malcolm asintió. Siguió un silencio.

Pasado un rato, el encargado le dijo:

–Todo irá bien si entiendes esto.

La academia estaba en una parte remota de las montañas Adirondack. La experiencia de recorrer los pasillos sin ningún otro estudiante a su alrededor al principio a Malcolm le resultó excitante, pero a medida que el sol declinaba y las sombras se alargaban en las paredes, volvió a sentir miedo. Llegó la noche, noche cerrada, y lo pasó mal solo en el dormitorio, rodeado de camas vacías. Nunca se había sentido tan desprotegido, tan fácilmente asesinable. Hizo un esfuerzo por dormirse y lo logró; se despertó al alba y se paseó por los alrededores de la casa, con el sol todavía bajo, pero ya intenso y resplandeciente. Como llevaba años estudiando en esa academia, conocía muy bien los campos circundantes varios kilómetros a la redonda, pero ahora que estaba solo todo se veía diferente y solo se atrevió a aventurarse hasta el borde del bosque cercano, sin perder en ningún momento la academia de vista y manteniéndose a una distancia que le permitiese correr a refugiarse en el edificio. En los últimos meses los pensamientos de Malcolm habían derivado de las inocuas extravagancias a un grotesco imaginario sexual y apocalíptico. Supuso que eso quería decir que se estaba haciendo mayor, pero él no quería hacerse mayor. No le veía ningún beneficio a la madurez y era reacio a incorporarse a ese cruel sector de la población.

La subdirectora y el encargado no mostraban el más mínimo afecto por Malcolm. De hecho, a medida que pasaban los días, cada vez se mostraban más resentidos con él, y pese a que

Malcolm intentaba ganárselos, sus tentativas siempre acababan en fracaso: al limpiar la mesa rompió un plato; al servir agua se olvidó de llenar el tazón del encargado. Tras estos fracasos, Malcolm estaba enojado consigo mismo. Cuando se dio cuenta de que su incomodidad le hacía sentirse peor que el silencio y la malevolencia de los otros dos, dejó de intentarlo y se limitó a soportar la situación.

Hubo una comida que resultó comparativamente agradable. La subdirectora y el encargado se estaban riendo cuando él entró, y la mujer le dedicó una media sonrisa y dijo: «Aquí lo tenemos, listo para comer», con una desconocida amabilidad que hizo que Malcolm se sonrojase. La comida resultó ser más elaborada que las que había ingerido hasta ahora: pollo asado con verduras, puré de patata, leche en lugar de agua del grifo y un algo torcido pastel de chocolate de postre. Malcolm se lo comió todo, sin dejar de mirar a la subdirectora y el encargado, que bebían vino y charlaban entre ellos como si siempre hubiese reinado esta armonía. Malcolm se preguntó por la naturaleza de esta complicidad que había brotado entre ellos. Hizo una mueca al pensar en ellos abrazándose de manera romántica, pero aun así el nuevo escenario era preferible al anterior. Por desgracia, a la mañana siguiente la frialdad había vuelto a apoderarse de la mesa y la comida era de nuevo sin más comestible. La subdirectora y el encargado tenían resaca y el tono amistoso se había evaporado.

A Malcolm los días se le hacían interminables, se aburría tanto que tenía ganas de gritar o de abofetearse a sí mismo. Nunca hasta entonces había cogido un libro por placer, pero allí se pasaba horas leyendo novelas acurrucado en el sofá de terciopelo marrón del despacho de la bibliotecaria. La bibliotecaria se llamaba señora Roach y los chicos la adoraban porque era discretamente amable y no contaba ningún secreto sobre sí misma. Malcolm inspeccionó su lugar de trabajo buscando algún detalle revelador sobre ella, pero no encontró nada, todos los cajones estaban impolutos. Tuvo la sensación de que la señora Roach disfrutaba de su trabajo allí y eso contribuyó a que él disfrutara del tiempo que pasaba en su despacho. Pero no tardó en descubrir que los libros no eran la solución a todos sus males. Hablaban de la vida, pero no eran la vida misma, de modo que acabó cerrándolos y dejándolos de lado. Para entonces ya habían pasado dos tercios del verano.

Una noche durante la cena la subdirectora se mostró más tensa de lo habitual con Malcolm y cuando el encargado salió para fumarse su cigarrillo de después de la cena, ella lo agarró del brazo. «Suélteme», le pidió él. Pero ella lo agarró con más fuerza, pellizcándole los modestos bíceps. No había en los ojos de la subdirectora ira, sino miedo; Malcolm se percató de que trataba de contarle algo terrible.

–No está bien –fue como lo expresó.

Malcolm lo comprendió.

–De acuerdo.

–Mantente alejado de él –le advirtió ella.

La subdirectora y el encargado habían forjado una alianza, pero ahora se había roto y el encargado la trataba con desprecio y ella lo temía. Para no tener que soportar los silencios durante las comidas, Malcolm optaba por ayunar, de modo que a menudo se mareaba por el hambre. Dormía mucho para que los días le pasaran más rápidos, pero lo acosaban las pesadillas. Su padre aparecía en ellas de forma ocasional, como una silueta que cruzaba la habitación al fondo. Con su madre soñaba más a menudo, y en colores muy vivos, y en esos sueños ella era dulce, cariñosa y atenta, siempre encantada de estar cerca de él.

Una mañana vio al Hombre Musgoso desayunando solo, mordisqueaba un pedazo de pan y

bebía café de una copa de vino sucia. Malcolm estaba hambriento, pero no había nada preparado para él.

–Ella se ha largado –le dijo el Hombre Musgoso.

–¿Cuándo va a volver? –preguntó Malcolm.

–Nunca.

El Hombre Musgoso se marchó para tumbarse debajo del tractor en el campo. Se pasaba días enteros así. A veces parecía estar trabajando en arreglar el tractor, pero la mayoría de las veces se limitaba a echarse una siesta, ebrio de oporto. Malcolm lo observó desde la ventana de la biblioteca; cuando comprobó que los pies del Hombre Musgoso llevaban horas sin moverse, salió y se acercó con sigilo lo suficiente para escuchar el venenoso gorjeo que emitía; echado bajo el tractor susurraba maldades. Malcolm pensó que ese hombre no estaba en su sano juicio.

Esa madrugada se despertó y se encontró al Hombre Musgoso plantado a los pies de su cama, con una camiseta sucia y dada de sí, balanceándose de un lado a otro y con los puños cerrados. Malcolm le dijo: «Por favor, márchese», y él lo hizo. Pero Malcolm se pasó la noche oyendo cristales rotos y aullidos procedentes de todos los rincones del cavernoso edificio. A la mañana siguiente no se oía nada, pero había visto lo suficiente para saber que tenía que largarse de allí. En la cocina no había comida, salvo unas zanahorias reblandecidas y una botella de vino; lo metió todo, junto con su cepillo de dientes y un compendio de Julio Verne, en un zurrón y se encaminó en lo que creyó que era dirección sur, porque sabía que al sur había una ciudad. En realidad iba en dirección norte. Aunque al final poco iba a importar la dirección.

Malcolm tenía claro que estaba viviendo una aventura. Estaba huyendo de la academia y por un lado se sentía audaz, pero por el otro inseguro de si iba a estar a la altura de tamaña gesta. Al partir, se apoderó de él un temblor nervioso, pero después de caminar kilómetro y medio, el temblor empezó a relajarse. Y cuando llevaba tres kilómetros ya estaba del todo relajado. Después de ocho kilómetros hizo un alto y se comió las zanahorias. No se le había ocurrido coger un sacacorchos, de modo que no pudo abrir la botella de vino; la lanzó por una pendiente boscosa. Rodó y rodó y cuando por fin desapareció no hizo ningún ruido, lo cual resultó al mismo tiempo sobrecogedor y sublime.

El zurrón pesaba menos, porque ya solo contenía el libro y el cepillo de dientes, y ahora seguía un camino forestal y hacía más calor, porque tenía el sol justo encima. ¿Por qué no había cogido un sombrero? Un momento: ¿por qué no había cogido una manta? ¿Por qué no había cogido un cuchillo o cerillas? Ya estaba demasiado lejos para volver sobre sus pasos, y además sabía que no podía volver a enfrentarse al Hombre Musgoso. Siguió avanzando; hacía tanto calor que le costaba mover las piernas. Cuando empezó a sentir que el cuerpo le ardía, se metió en el bosque, lo cual suponía avanzar mucho más lento, pero le permitía disfrutar de la sombra. Se puso a hablar con su madre, imaginándose a sí mismo apareciendo ante la puerta de su casa en Manhattan. Le diría: «No, la academia no me gustó. Había un hombre malo y yo me aburría mucho sin amigos con los que hablar.» Trató de pensar en cosas interesantes que contarle. Creía que eso era lo que más deseaba su madre, tener ante ella a una persona que dijese cosas interesantes. No se le ocurrió nada, pero tuvo la esperanza de que cuando lo necesitase de verdad ya se le ocurrirían cosas interesantes.

Pasó una hora y empezó a tener la sensación de que no estaba solo. Al principio sintió un miedo abstracto, pero de pronto oyó un ¡plaf! a lo lejos a su espalda. Se detuvo y escuchó por encima de los latidos de su corazón. No se lo había imaginado, ahí estaba de nuevo: ¡plaf! Era un ruido de madera golpeando madera, pensó que sería un bastón contra el tronco de un árbol. Sabía

que era el Hombre Musgoso que lo perseguía y jugaba con él. Aceleró el paso, pero temía que el Hombre Musgoso le pisara los talones, o pudiera estar en alguno de sus flancos o incluso delante de él. El Hombre Musgoso era todopoderoso, Malcolm se había perdido y la tarde iba cayendo; pensó que ojalá no hubiera abandonado el camino forestal, que le daba una visión clara de un kilómetro en cada dirección y le permitía vislumbrar de vez en cuando algún desperdicio humano entre los arbustos que se convertía en un reconfortante recordatorio de la cercanía de la civilización. Empezó a oscurecer y Malcolm estaba seguro de que en cualquier momento aparecería detrás de un árbol la enorme mano del Hombre Musgoso, que lo agarraría del cabello y lo arrastraría hacia un final atroz. Echó a correr. Corrió hasta que no pudo más y tuvo que encorvarse, jadeando y babeando. Volvió a correr y volvió a detenerse. Volvió a correr y se topó con el meandro de un río y pudo beber. El río le levantó el ánimo, porque le ponía en bandeja un plan, una ruta de escape: si aparecía el Hombre Musgoso, saltaría al agua y desaparecería.

Caminó siguiendo el curso descendente del río y no tardó en llegar a un campamento levantado en un saliente cubierto de hierba sobre el agua. Había un chico de su edad plantado junto a una enorme tienda de campaña militar; en cuanto vio a Malcolm, se metió dentro y un momento después apareció una familia de seis miembros: madre, padre, dos hijos y dos hijas. La madre le preguntó: «¿Qué te ha pasado, cariño? ¿Te has perdido?» Y Malcolm, sabedor de que por fin estaba a salvo, soltó toda la tensión acumulada en forma de ataque de histeria.

Lo que recordaba ya adulto era el olor a humedad de la tienda, que se comió cuatro perritos calientes seguidos, que una de las hijas era muy guapa, amigable y nada temerosa. Llevaba un crucifijo de plata colgado del cuello y una camiseta de manga corta Nike y le tocó la cara y le dijo «No te preocupes, Martin, somos buena gente», y Malcolm se quedó prendado de ella. Pero de nada de lo que sucedió después –cómo regresó a la academia, qué fue de la familia, de la subdirectora o del Hombre Musgoso guardaba recuerdo alguno.

El relato recibió grandes alabanzas de todos excepto de Madeleine, que se había quedado dormida, y de Frances, que dijo que esa historia la hacía sentirse como una villana. Malcolm le dijo que nunca la había visto, ni remotamente, como una villana y que aunque si bien era cierto que tardó en arrancar como madre, después había resuelto la papeleta más que bien. Ella aceptó, o pareció aceptar, la aclaración, y el grupo decidió tomar la última copa, esa de la que se arrepentirían a la mañana siguiente. Bebieron en silencio. No es que hubiese ninguna tensión, todos estaban felices y satisfechos. Pero el cansancio hacía mella en ellos y se dejaron vencer por él, porque se sentían lo bastante cómodos entre ellos como para mostrarlo abiertamente.

Frances se levantó, hizo una reverencia al grupo y les deseó buenas noches. Le pidió a Malcolm: «¿Me llevas a casa?», y él la acompañó al dormitorio. Ella parecía nerviosa, se movía inquieta y no paraba de toquetearse el cabello. Malcolm le preguntó si le pasaba algo y Frances admitió que le preocupaba la idea de que él odiase a su padre.

–¿Desde cuándo? –quiso saber él.

–Desde ahora.

–¿Por qué ahora?

–No me gusta que cargues con eso. Y además no creo que tu padre se lo merezca.

–Y eso lo dice una persona que quiere estrangularlo.

–Sí, pero la ofensa que sufrí yo es mucho mayor que la tuya. Yo quiero matarlo porque antes fue alguien muy cariñoso.

–¿Qué quieres decir? –preguntó Malcolm.

–Quiero matarlo por destrozarlo lo que era una historia de amor muy perfecta –le aclaró–. Pero en tu caso lo de ser un padre ausente jugaba a tu favor y él lo sabía. Cuando tú llegaste, él ya se había destrozado a sí mismo y era mejor que no lo conocieses.

–Muy bien. –Malcolm hizo una pausa–. ¿Puedo hacerte una pregunta muy dramática?

–Sí.

–¿Por qué decidiste traerme al mundo?

Frances enarcó las cejas.

–Sí que es dramática.

–Lo sé. Y lo siento. Pero ¿por qué lo hiciste?

–Obviamente no estaba planificado. Yo tenía entendido que no podía tener hijos y la verdad es que nunca había sentido el deseo de tenerlos. Cuando sucedió, pensamos que tu presencia nos ayudaría a permanecer unidos. De hecho, fuiste la última tentativa de lograrlo. Pero resultó que cuando te vio, tu padre tomó una decisión drástica y se alejó para siempre, de ti y de mí.

–Pero resulta que no debo odiarlo –dijo Malcolm.

–Puedes hacerlo y tal vez sea inevitable, pero lo que quiero que te quede claro es que es una pérdida de tiempo y que al dedicarle tu odio no haces otra cosa que fortalecerlo y darle más relevancia de la que merece. Tu padre es un idiota emocional, pero no es el diablo.

En el rostro de Malcolm apareció una mirada interrogativa.

–¿Y qué pasó cuando me viste tú?

–Jamás me había sentido tan herida en la vida –dijo Frances– como cuando vi tu rostro por primera vez. Pedí que te sacaran de la habitación, porque temí morir si no lo hacían.

–¿Por qué?

–Por varios motivos –dijo–. Porque eras tu padre. Porque eras yo. Porque los tres éramos un desastre.

–¿Y por qué viniste a buscarme cuando lo hiciste?

Los ojos de Frances se iluminaron.

–Eso fue extraño, ¿verdad?

–Fue inesperado.

–¿Qué pensaste de mí cuando aparecí de pronto?

–Bueno, quería que vinieras, ya lo sabes. Pero hacía tanto tiempo que lo deseaba que cuando por fin apareciste, me quedé desconcertado.

–Lo siento.

–No tienes por qué. La verdad es que me sentí feliz.

–¿En serio?

–Sí.

Frances contempló a Malcolm con una expresión de taimada devoción.

–No sabía que eras tú. De haberlo sabido, habría acudido de inmediato. En primer lugar, jamás te habría dejado marchar. –Y añadió–: ¿Entiendes lo que supuso para mí?

–Sí.

–¿De verdad?

–Sí.

–Espero que así sea.

–Así es.

–Te quiero, chavalote.

–Yo también te quiero.

Frances le plantó un rápido beso en la mejilla y se dejó caer sobre la cama. Había algo en su ímpetu físico que hacía que Malcolm viese a su madre como una jovencita. Frances permaneció inmóvil, boca abajo, y Malcolm salió del dormitorio y cerró la puerta tras él. Susan le esperaba sonriente en la puerta de la habitación que ahora compartían. Detrás de ella, en la sala de estar, Julius y Madame Reynard estaban trasladando a Madeleine del sofá al colchón de espuma colocado en el suelo, ambos se reían, tratando de no levantar la voz para no despertarla. Joan estaba en la cocina enjuagando las copas de cóctel. Malcolm se sintió feliz. Mientras entraba en su dormitorio les dijo a sus amigos: «Buenas noches», y ellos replicaron: «Buenas noches.»

Pasaron las horas; el apartamento estaba en completo silencio. Como Susan no podía dormir, salió a hurtadillas de la habitación del Malcolm y fue a la cocina a prepararse una taza de té. Allí se topó con Frances, sola en la oscuridad, fumando.

–Oh, hola –dijo Susan.

–Hola –respondió Frances.

Susan llenó el hervidor. Se percató de que Frances se había puesto un vestido de noche rojo y le preguntó:

–¿Qué haces?

–Lo que parece.

–¿Tampoco puedes dormir?

–Puedo dormir.

Susan puso el hervidor en el fuego. Frances apagó el cigarrillo y encendió otro: ¡clic! Las dos mujeres no tenían nada de que hablar y a Susan le incomodaba el silencio. Por decir algo, comentó:

–No conozco París muy bien. –Frances se limitó a mirarla–. Quiero conocerlo –continuó Susan, y Frances hizo un gesto señalando la ventana, al estilo de la azafata de un concurso televisivo que muestra un escenario rebosante de relucientes regalos. El gesto indicaba que la ciudad estaba ahí a disposición de Susan, pero implicaba también algo más crítico, una acusación de estupidez o incapacidad. Susan pensó: «No voy a decirle nada más. Me prepararé el té y saldré sin ni siquiera decirle buenas noches.» Pero entonces el rostro de Frances se relajó y habló en un tono que Susan no le había oído nunca, un tono que ya no era malicioso, sino candoroso, sin atisbo de antipatía.

–Yo venía aquí continuamente cuando tenía tu edad o incluso cuando era más joven. Era lo que se estilaba entre algunas personas de mi generación, y me quedé prendada de la ciudad de un modo sorpresivo; la verdad es que me impactó. Incluso la decadencia era elegante. Y me sentía anónima, como si todo lo que envolvía a la sociedad de Manhattan fuese irrelevante. Aquí podía vivir una segunda vida, lo cual me resultaba maravilloso.

»Cuando me casé, empecé a venir con el padre de Malcolm. De algún modo con él todo era diferente, aunque durante un tiempo no supe por qué, hasta que me di cuenta de que me había arruinado mi paraíso.

–¿Por qué lo había arruinado?

–Por el mero hecho de estar presente.

–¿A él no le gustaba esto?

–En cierto modo sí, pero no me refiero a eso. Con Franklin aquí yo ya no era anónima y él se convertía en la voz de la sensatez de la que me había liberado. Él cohibía mi modo de caminar, de vestir, de hablar, todo.

–Ya lo entiendo.

–De modo que dejé de venir, maldije la ciudad: había cambiado, me la habían estropeado. Borré París de mi mente. Pero entonces Franklin murió y ya solo estábamos Malcolm y yo. Un

día me oyó hablar en francés con un camarero en Nueva York y sintió curiosidad, tanta que vinimos aquí los dos y vi en él la misma reacción que había tenido yo cuando era joven.

–¿Le gustó?

–Mucho. Le enseñé a pedir un cruasán en francés e iba solo a la panadería cada mañana, y yo estaba orgullosa de su soltura. Era su primer contacto con el cosmopolitismo. Cuando regresamos a Nueva York, me dijo que quería estudiar francés y no tardó en dominarlo. Empezamos a visitar París juntos. Compramos un apartamento. Yo me había vuelto a enamorar de la ciudad a través de él. –Frances dio una calada al cigarrillo. El relato parecía haber llegado a su fin.

–¿Y qué sientes ahora por París? –le preguntó Susan.

–Todavía lo adoro, pero tengo la sensación de que me he visto obligada a regresar, lo cual me fastidia. –Apagó el cigarrillo y encendió otro.

El hervidor silbó y Susan apagó el fuego. Estaba muy cansada y todavía un poco borracha. El efecto combinado era una sensación de sosegada seguridad en sí misma, de modo que se sorprendió preguntando:

–Frances, ¿por qué te muestras siempre tan agresiva conmigo?

–Porque quieres llevártelo.

Susan abrió la boca para negarlo, pero pensó: «Es cierto.»

–De acuerdo –dijo–, pero ¿qué pasa si te estás interponiendo en su camino hacia la felicidad?

–Él es feliz conmigo.

Eso no era cierto.

–No me gusta mi modo de actuar cuando estoy contigo –añadió Frances–. No me gusta cómo me comporto, lo cual, por supuesto, es culpa mía, pero al final es otro motivo para detestarte. – Lo dijo con un tono que parecía una oferta de paz. Susan notó que se le dibujaba una sonrisa en la cara.

–Entonces puedo ganar –dijo.

–No –replicó Frances–. No puedes. Pero tal vez no sea tan importante.

Susan le dijo que sí lo era y que ella lo sabía.

–Tal vez muy pronto importe menos –dijo Frances.

Al día siguiente, Susan le contó el encuentro a Malcolm:

–De pronto me dijo: «Deja que te ayude» y se puso a prepararme la infusión y me ofreció la taza y me preguntó si tú estabas dormido y yo le dije que sí. Ella me dijo que si me bebía la infusión –había elegido valeriana–, también yo me quedaría dormida. Le comenté que ojalá tuviese razón y ella me dijo: «Vete a dormir, Susan.» Me mandó al dormitorio, pero ella se quedó en la cocina, tal como estaba cuando la encontré, de pie con los brazos cruzados, fumando en la oscuridad con el vestido de noche de cuyo dobladillo todavía colgaba la etiqueta.

–Madeleine, despierta –susurró Frances.

–¿Qué?

–Despierta.

Madeleine abrió los ojos. Eran las cuatro y pico de la madrugada y Frances estaba viva e intensamente verde. Le dijo que quería volver a hablar con Franklin. Madeleine estaba revuelta por el exceso de ginebra y le preguntó si podían contactarlo por la mañana, pero Frances se mostró insistente y tiró de Madeleine hasta el baño. Tenía una vela preparada y las luces ya amortiguadas. Madeleine se echó agua en la cara. Se sentó con las piernas cruzadas en el suelo de mosaico y se comunicó con la llama de la vela, que empezó a oscilar.

–Hola, ¿qué pasa? –dijo Franklin.

–Hola, Frank –saludó Frances–. Disculpa que vuelva a molestarte. ¿Estabas dormido?

–No.

–¿Qué hacías?

–Estaba aquí sentado, debajo del banco.

–Ya veo. Bueno, estaba pensando en ti, ¿sabes? Así que se me ha ocurrido llamarte.

Franklin no dijo nada.

–¿No quieres saber en qué estaba pensando? –preguntó Frances.

–De acuerdo –aceptó Franklin.

–De hecho, son tres cosas. Primera: ¿recuerdas nuestra primera cita?

–No, la verdad es que no.

–Sí que la recuerdas. Me llevaste a la Tavern on the Green.

–Frances, no lo recuerdo.

–Sí que lo recuerdas, Frank. Te comiste un *cupcake* con cuchillo y tenedor. ¿No?

–No.

–Sí que lo hiciste. –Frances sonrió al recordarlo–. ¿Por qué lo hiciste? –le preguntó–. Me refiero a comerlo con cuchillo y tenedor. ¿Qué imagen de ti pretendías dar?

–No lo sé, Frances –dijo él con fastidio–. Quién sabe.

Frances respiró hondo.

–La segunda cosa que quería comentarte es que me siento mal por nuestra última conversación y quería que supieras que ya no te odio. –Como Franklin no dijo nada, Frances le preguntó–: ¿Tal vez tengas algún comentario que compartir sobre esta relevación?

–Ya es un poco tarde para contármelo –dijo Franklin.

–¿Tarde porque es de noche o tarde en el plano vital?

–Ambas cosas, pero sobre todo en el plano vital.

–No comprendo tu reacción –se quejó Frances–. Tu esposa durante años, que unos días antes quería matarte, ha experimentado un repentino y misterioso cambio de actitud en positivo. ¿Eso no es digno de ser tenido en cuenta?

–Supongo que sí, Frances, pero...

–¿Sí?

–Soy un gato.

–Lo sé.

–Soy un gato que vive debajo de un banco y está lloviendo y tengo pulgas y la verdad es que no me importa nada más de mi horrible, verdaderamente horrible y miserable y jodida existencia.

–Ya veo –dijo Frances–. Te importe o no saberlo, me sentía obligada a comunicártelo y ahora ya lo he hecho. ¿Estás preparado para la tercera noticia?

–Por supuesto.

–He estado hablando largo y tendido sobre París con tu hijo y me ha ocurrido algo que quería compartir contigo.

–De acuerdo.

–¿Recuerdas lo que te conté sobre la primera vez que vine a París? ¿Sobre cómo me sentí aquí?

–Recuerdo que me lo contaste.

–Oh, ¿al menos recuerdas algo? Qué bonito por tu parte. Dice mucho sobre nuestra relación. Franklin se aclaró la garganta, pero no dijo nada.

–Bueno –continuó Frances–, pues he descubierto qué fue lo que me sobresaltó tanto.

–¿Y qué fue?

–Reconocí que París iba a ser el lugar en el que moriría.

Franklin guardó silencio unos instantes y después preguntó:

–¿Qué quieres decir?

–Lo que he dicho. Algo en esta ciudad me mandó una señal de alerta. Ahora comprendo que lo que me sobresaltó fue el presentimiento de lo que iba a suceder, ¿lo entiendes? De lo que va a suceder ahora.

–Estás planeando morirte pronto, ¿es eso lo que me estás diciendo?

–Frank –dijo Frances–, los dos vamos a morir pronto, es así.

La frase quedó colgando en el aire.

–Frances –dijo Franklin. Ella se inclinó hacia delante y apagó la llama de la vela con el pulgar y el índice.

Le dio las gracias a Madeleine por su ayuda y le dijo que se volviera a la cama. Madeleine regresó a su colchón de espuma, pero Frances siguió en el baño. Se puso a llenar la bañera mientras Madeleine permanecía echada en el colchón contemplando el techo y preguntándose qué debía hacer. Sabía por el verdor de Frances que no se podía hacer nada por ella y, sin embargo, se sentía en la obligación de hacer algo. Le dolía la cabeza y cada vez que respiraba sentía una difusa náusea. Se puso en pie, fue de nuevo hasta el baño y llamó con suavidad. Frances abrió la puerta una rendija.

–Voy a despertar a Malcolm –le dijo Madeleine.

–Entonces me encerraré. Solo necesito un momento, ya lo sabes.

–No esperarás que me quede de brazos cruzados mientras lo haces –dijo Madeleine.

Frances reflexionó un momento y pareció estar de acuerdo con lo que decía Madeleine.

–¿Por qué no te vas? –le propuso–. Esperaré hasta que te vayas, ¿de acuerdo?

Frances cerró la puerta y Madeleine regresó a su colchón. Le vino a la cabeza algo que había sucedido años atrás en un parque del centro de Los Ángeles.

Estaba sentada en un banco comiendo cuando pasó ante ella un joven que se sentó en el banco a su lado. Parecía afligido y ella espiaba con el rabllo del ojo su adusto perfil. De pronto su rostro adquirió la tonalidad verdosa; aparecía y desaparecía, se evaporaba y volvía a emerger.

De pronto el chico se sentó muy erguido y el verdor se intensificó y se hizo constante. El joven se puso en pie, salió del parque y Madeleine vio cómo cruzaba Wilshire y desaparecía en la entrada de estuco de un edificio de apartamentos. Pasó un buen rato y Madeleine oyó el estallido apagado de un disparo proveniente del interior del edificio. Oyó los gritos de una mujer y Madeleine se alejó.

Frances cerró el grifo de la bañera. Madeleine metió sus cosas en la maleta y salió del apartamento.

Al salir a la calle, vio la sarnosa silueta de Pequeño Frank sentado al borde del parque al otro lado de la calle, mirando hacia el apartamento. Madeleine cruzó para acercársele, pero al percatarse de su presencia, él salió huyendo. Ella se detuvo y pasado un momento trató de acercársele por segunda vez; Pequeño Frank se escabulló y desapareció en la oscuridad del parque. Madeleine estaba planteándose seguirlo cuando de pronto vio claro que la escena era absurda. Decidió que ya estaba harta de este grupo, se dio la vuelta y se alejó en dirección a una parada de taxis al final de la calle. Una vez que se hubo marchado, Pequeño Frank retomó su ubicación inicial en el parque y siguió contemplando el apartamento.

Frances se metió en la bañera sin quitarse el vestido. En el borde de la bañera tenía un cúter y se quedó un rato mirándolo. Lo cogió y trazó una línea con el filo desde la muñeca izquierda hasta el inicio del antebrazo. Dibujó la misma línea en la muñeca derecha y sumergió ambos brazos en el agua caliente. En un primer momento sintió dolor, un dolor intenso y horrible, pero después sintió que se adormecía y se apoderó de ella una sensación de sosiego que derivó en algo similar al éxtasis. Sentía una presencia con ella en el cuarto de baño, detrás de ella, a su espalda. El corazón se le iba acelerando y la sangre le brotaba de las muñecas al ritmo de las pulsaciones, una imagen que a Frances le hizo pensar en un pez luchador de Siam emergiendo de su cuerpo. Su mente se vio invadida por un resplandor creciente y en el momento previo a la muerte se sintió eufórica. Sospechó que era un truco del corazón, un engaño final antes de que hiciera su aparición el vacío, pero se dejó arrastrar, deseosa de participar en el juego. ¿Había algo peor en el mundo que ser un mal perdedor?

Pero ¿no se convierten  
todos los Hechos en Sueños en cuanto  
los dejamos  
atrás?

EMILY DICKINSON

Coda

Madame Reynard estaba preparando café para los policías. Era ella quien había encontrado a Frances esa mañana. Su reacción fue sorprendente: mantuvo la entereza y actuó con determinación. Telefonó a las autoridades y esperó en silencio junto a Frances. De vez en cuando miraba el cadáver, pero no dijo ni una palabra y comprendió que allí ya no estaba su amiga. Cuando llegó la policía, los condujo hasta el cadáver, se metió en el dormitorio de Malcolm y los despertó a él y a Susan.

–Tu madre se ha suicidado esta noche –anunció–. Ha llegado la policía para hacerse cargo de ella. Malcolm, lo superarás. Seguro que sí.

–¿Dónde está? –preguntó Malcolm, incorporándose.

–En el cuarto de baño, pero sería mejor que no entreses y te pido por favor que no lo hagas.

Malcolm hizo caso omiso y al descubrir a su madre sentada en el agua roja e inmóvil le fallaron las piernas y se desplomó en el suelo. Un policía le ayudó a levantarse y lo acompañó al sofá de la sala de estar. Le ofrecieron una taza de café, pero no se la bebió. Susan se sentó a su lado, le habló y le sostuvo la mano. Joan lloraba en el dormitorio; Julius y Madame Reynard estaban en la cocina informando al detective a cargo de la investigación, un individuo tranquilo y educado llamado Alphonse. Había tres agentes formando un corrillo junto a la ventana de la sala de estar, hablando en voz baja de algo que no tenía nada que ver con lo que había ocurrido o estaba ocurriendo en el apartamento.

El detective Alphonse le pidió a Malcolm que lo acompañase a la comisaría. Malcolm aceptó y salieron juntos sin intercambiar ni una palabra. Malcolm llevaba la gabardina de pata de gallo que Frances le había comprado al llegar.

El despacho del detective Alphonse no era la típica covacha deslustrada de las series de televisión, sino un espacio aireado con claraboya y un montón de frondosas plantas colgadas del techo. Le preguntó a Malcolm si quería un café, este le dijo que sí y el detective Alphonse pidió dos, que les trajo un policía uniformado que no le dirigió ni una palabra a Malcolm y ni siquiera lo miró. Cuando el agente salió, el detective y Malcolm siguieron en silencio, bebiendo sorbos de café.

El detective Alphonse empezó a contarle su vida, su juventud. En su adolescencia, le explicó, era fan del crimen. Seguía las noticias sobre criminales como sus amigos los resultados del fútbol.

–Con el tiempo he sabido que es muy habitual en esta profesión –dijo–. Algunos de nosotros simplemente tenemos interés por estas cosas, y se nos despierta a edad muy temprana. Es una peculiaridad muy específica.

El detective había sentido un destello de reconocimiento cuando esa mañana empezó su turno y oyó el nombre de Frances Price. Indagó un poco y cayó en la cuenta de que había seguido el caso de Franklin Price siendo un veinteañero. Había tenido mucho impacto en Francia, porque poseía todos los elementos americanos de género negro con los que un amante de lo criminal podía soñar: el millonario muerto, la viuda glamourosa y en el centro de la historia emergía el gran misterio de ¿por qué ella lo había dejado allí muerto y se había largado a esquiar? ¿Se había vuelto loca? ¿O él se merecía un final como ese?

Naturalmente, el detective Alphonse no le preguntó a Malcolm nada acerca de todo eso, solo le comentó que conocía algunos detalles de la historia de su familia. Malcolm apenas parecía escucharlo. Permanecía sentado con la mirada fija en sus zapatos; al percatarse de que los llevaba sin atar, se los ató. Cuando terminó, el detective Alphonse le dijo:

–Señor Price, ha sucedido un misterio en París, Francia. Me pagan por aclarar en lo posible

este tipo de misterios. Por supuesto, no está usted obligado a responder a ninguna de mis preguntas. Pero me sería de gran ayuda si lo hiciera.

–Puede preguntarme lo que quiera –le dijo Malcolm.

El detective Alphonse cogió un bolígrafo y abrió su libreta.

–¿Qué edad tiene?

–Treinta y dos.

–¿Y la edad de su madre?

–Sesenta y cinco.

–¿Dónde vive usted?

–Hemos estado viviendo en el apartamento de Joan en París. Antes vivíamos en Manhattan.

El detective Alphonse le pidió las direcciones de ambos en Estados Unidos y Malcolm le dio la dirección del Upper East Side.

–¿Usted y su madre vivían juntos?

–Sí.

–¿Ella estaba enferma?

–No, vivíamos juntos porque nos apetecía.

–¿Ha vivido usted por su cuenta en el pasado?

–Me mantuvieron en un internado hasta que mi padre murió. Desde entonces he vivido con ella.

–¿Se esperaba usted una cosa así de su madre? –le preguntó el detective Alphonse.

–No me sorprende que lo haya hecho. Pero no estaba preparado para ver la escena.

–¿Últimamente su madre estaba desanimada?

–No sé si utilizaría el término desanimada. Se ha estado comportando de manera rara desde que nos quedamos sin dinero.

–¿Se quedaron sin dinero?

–Así es.

El detective Alphonse escribió una larga frase, asintiendo para sí mismo.

–¿Y ella había mostrado algún tipo de desequilibrio emocional?

–No en el sentido en que lo dice usted. De hecho, había estado anormalmente cordial. Siempre evitaba a los desconocidos y gorriones, pero en las últimas semanas parecía atraerlos como moscas.

–Interesante –dijo el detective Alphonse.

–¿Usted cree?

–¿A usted no se lo parece? –El detective cogió aire–. Tengo una pregunta delicada.

–¿De qué se trata?

–¿En alguna ocasión su madre habló de los detalles de la muerte de su padre?

–Alguna cosa contó alguna vez.

–¿Tiene usted idea de por qué se comportó de esa manera?

–¿De qué manera?

–¿Por qué, por ejemplo, no llamó a las autoridades?

–Lo que sé es que entonces ella estaba muy distanciada de él –dijo Malcolm.

–Muy distanciada. –El detective Alphonse anotó estas palabras y las subrayó. Añadió–: A mí me parecería una loca con la que cargar el resto de mi vida. Me refiero a haber hecho lo que hizo.

–No sé si para ella lo fue.

–¿No?

–Al menos a mí nunca me pareció que para ella fuese una losa.

–Entonces ¿usted no cree que haya una conexión entre la muerte de su padre y el suicidio de su madre?

–No.

–¿Y por qué cree que lo hizo?

Malcolm reflexionó unos instantes.

–Por estética –dijo por fin. Frunció el ceño–. ¿Qué harán con su cadáver? Me gustaría que lo sacaran de la bañera lo antes posible.

–Señor Price, supongo que ya lo habrán sacado. Lo trasladarán a la morgue. No queda lejos de aquí. Puede verla cuando quiera.

–No quiero verla. Solo quiero que la saquen de la bañera.

–La limpiarán y le cubrirán las heridas.

Malcolm negó con la cabeza y dijo:

–Muy bien.

El detective Alphonse estudió sus notas. No tenía más preguntas y lo cierto era que ninguna de las que había formulado era necesaria. En los casos de suicidio, recopilar información en torno al suceso a menudo era interesante, pero no un requisito imprescindible desde el punto de vista legal. Le puso el capuchón al bolígrafo y alzó la mirada. Malcolm estaba abriendo la boca para hablar:

–Detective Alphonse, mi madre era demasiado sofisticada para este mundo. Eso fue lo que la destrozó. Pertenecía a otra época y nacer entre nosotros fue para ella una condena.

El detective Alphonse cerró su libreta y se levantó.

–Gracias por hablar conmigo –le dijo a Malcolm–. Tiene mi tarjeta, hágamelo saber si hay algo en que pueda ayudarle. Y, por favor, avíseme si decide abandonar París.

–Gracias, lo haré. Adiós.

–Adiós.

Malcolm salió de la comisaría y se encaminó hacia el apartamento de Joan. Las calles estaban repletas de gente caminando con prisas hacia el trabajo; Malcolm bajó de la acera y siguió por la calzada para evitar a la multitud. Desde la primera vez que visitó París, allí se sentía invisible. Era una sensación que le encantaba.

Sabía que estaba en un momento de tránsito: todavía no había asumido la muerte de Frances, pero notaba que esa asunción se iba acercando. Se sentó en un banco frente a la place Saint-Sulpice. Durante un rato no pudo concentrarse en ningún pensamiento o emoción concretos, finalmente empezó a recordar la mañana en que Frances fue a recogerlo a la academia.

Avisaron a Malcolm en plena clase y lo enviaron al despacho del director, donde se encontró a su madre hablando con él sobre el protocolo a seguir para sacar a Malcolm del colegio. Frances tenía ante ella un fajo de papeles que miraba con desagrado. Alzó la cabeza, saludó a Malcolm y le explicó su intención de llevárselo con ella. Tenía los ojos vidriosos y olía a tabaco.

–¿Quieres recoger algo de tu habitación? –le preguntó.

–La ropa –dijo él.

–Ya te compraré ropa nueva. ¿Algo más?

–No.

–Bien. Pues vámonos.

–Pero, señora Price, los formularios... –intervino el director.

–¿Por qué no los rellena usted por mí?

–No, eso no me corresponde a mí.

–Bueno, yo no quiero rellenarlos y usted no va a hacerlo, de modo que me temo que estamos ante un callejón sin salida. Buenos días.

Malcolm se quedó mirando boquiabierto al director. Era toda una novedad ver a ese hombre imponente a la defensiva. Frances le dio a Malcolm un suave empujón y salieron del despacho y recorrieron el pasillo en dirección a la entrada del edificio. Cruzaron el patio hasta el Rolls que los esperaba.

–¿Dónde está el chófer? –preguntó Malcolm.

–El chófer se ha despedido. –Frances se detuvo para encenderse un cigarrillo: ¡clic!–. Conduzco yo.

–Creía que no sabías conducir.

–Es muy fácil cogerle el tranquillo. Siéntate delante conmigo.

Frances recorrió con el Rolls el camino de grava. Las piedrecillas rebotaban en la parte inferior del vehículo, que iba derrapando en cada curva. Llegaron a una carretera asfaltada, Frances aceleró y el sedán se agarró mejor al pavimento.

–Y bien, ¿qué tal ha ido? –le preguntó a Malcolm.

–¿Qué tal ha ido qué?

Ella señaló con el pulgar hacia atrás y le aclaró:

–La experiencia educativa.

–No lo sé –respondió él.

–No digas que no lo sabes. Claro que lo sabes. ¿Qué tal ha ido?

–No ha sido muy divertida –dijo Malcolm.

–¿No tenías amigos?

–Alguno.

–Pero ¿las relaciones te han resultado insatisfactorias?

Malcolm estaba a punto de responder que no lo sabía, pero se contuvo a tiempo. Miró a su madre y se encogió de hombros.

–¿Qué tal la comida? –le preguntó ella.

–La comida era horrible.

Frances tendió la mano con la palma hacia arriba.

–Dame la corbata.

–¿Por qué?

Ella mantuvo la mano tendida. Malcolm se desanudó la corbata y se la entregó y su madre la lanzó por la ventanilla. Malcolm se volvió para contemplar cómo daba sacudidas en la estela del Rolls. Al poco rato se adentraron en un denso bosque. No había ningún otro coche en la sombría carretera.

–Tu padre ha muerto –dijo Frances.

–Lo sé.

–¿Cómo lo sabes?

–Los otros chicos me enseñaron la noticia en un periódico.

–¿Qué decía de él?

–Que había muerto hacía unos días.

–Eso es cierto. ¿Qué más?

Malcolm juntó las manos y las dejó descansar sobre el regazo.

–¿Qué decía de mí? –le preguntó Frances.

La pregunta incomodó a Malcolm.

–No pasa nada, dímelo –le pidió ella.

–Decía que te habían arrestado –le contó Malcolm–. Porque no habías hecho lo que se suponía que deberías haber hecho.

Frances murmuró algo para sí misma, encendió otro cigarrillo con la colilla del que se estaba fumando y la lanzó por la ventanilla.

–Escucha –dijo–. Ellos no conocían a tu padre y desde luego no me conocen a mí, y es muy grosero, típicamente grosero por su parte, sentenciar lo que debería haberse hecho en una situación de la que ellos no tienen ni idea. Lo que hice o no hice, lo hice o no lo hice por una muy buena razón, por un motivo de lo más lógico, ¿de acuerdo?

–De acuerdo.

–Lo que tienes que entender es que no hice nada incorrecto –le aseguró Frances–. Para que tú y yo mantengamos una buena relación, vas a tener que creerme. ¿De acuerdo?

Malcolm asintió.

–De acuerdo –dijo. Y al cabo de un rato preguntó–: ¿Qué tal la cárcel?

Frances dio unos golpecitos en el volante.

–No muy divertida.

–¿Y la comida?

Frances asintió con un gesto aprobatorio y dijo:

–Veo que lo vas pillando.

Salieron del bosque a la luz del sol. A ambos lados aparecieron ondulantes prados. Frances sacó el cigarrillo por la ventanilla para tirar la ceniza, la cerró y el humo empezó a flotar por el Rolls.

–¿Vas a tener que volver a la cárcel? –le preguntó Malcolm.

Frances reflexionó unos instantes.

–No creo –respondió por fin.

La carretera iba hacia el sur y avanzaron por ella en dirección a Manhattan.

Un ligero aroma floral sacó a Malcolm de su ensoñación. Era similar al del perfume que siempre había usado Frances; de pronto tuvo la sensación de que ella estaba allí con él, que lo estaba visitando. El olor floral se hizo más fuerte y Malcolm percibió la presencia de su madre a su espalda. La idea lo aterrizó; se volvió poco a poco para encararla. Pero Frances no estaba allí. Malcolm se encontró contemplando el escaparate de una floristería. Sin ningún motivo en especial, solo para hacer algo, se levantó del banco y entró.

La tienda estaba poco iluminada y olía a humedad. La disposición de las flores buscaba crear un efecto relajante. Cuando el empleado se le acercó, Malcolm señaló y dijo:

–Me llevaré estas.

–¿Cuántas?

–Un buen ramo.

Malcolm pagó y salió de la floristería. Era un joven sin calcetines que caminaba bajo el dorado sol parisino del final de la mañana con un ramo de ranúnculos rosas en los brazos. Los miró y los admiró y se preguntó para quién iban a ser. Decidió que se los regalaría a Susan. Imaginó la cara que pondría cuando le entregara el ramo. El gesto la desconcertaría, pero después, cuando recordara el momento, ¿no estaría encantada? Malcolm quería mostrarse cariñoso con Susan.

Se sintió ligero mientras caminaba por la acera, moviéndose entre cuerpos de hombres y

mujeres ensimismados en sus pensamientos, cargando con sus intimidades. Al cruzar la place Saint-Sulpice se abrió paso entre un tropel de monjas que, como insectos incomodados, desviaron su recorrido y se separaron en remolinos.

## AGRADECIMIENTOS

Phil, Emma, Nina y Leonard Aronson, David Berman, Suet Yee Chong, Caspian Dennis, Gary deWitt, Gustavo deWitt, Mike deWitt, Nick deWitt, Susan deWitt, Emma Dries, Ashley Garland, Sammy Harkham, Alexa von Hirschberg, Alexandra Pringle, Andy Hunter, Eric Isaacson, Azazel Jacobs, Megan Lynch, Sarah MacLachlan, Peter McGuigan y todas las personas de Foundry, Laura Meyer, Brian Mumford, Leslie Napoles, Rene Navarrette, Max Porter, Jon Raymond, Kelly Reichardt, Shelley Short, todas las personas de Sou'Wester, Antoine Tanguay, Marie-Catherine Vacher, Libby Werbel, Janie Yoon. Gracias especiales a Emahoy Tsegué-Mariam Guèbru.

1. Julia Child fue una divulgadora gastronómica que introdujo la cocina francesa en los hogares americanos a través de un popular programa televisivo. (*N. del T.*)

*Título de la edición original:*  
French Exit

Edición en formato digital: mayo de 2021

© imagen de cubierta, lookatcia

© de la traducción, Mauricio Bach, 2021

© Patrick deWitt, 2018

© EDITORIAL ANAGRAMA, S.A., 2021  
Pedró de la Creu, 58  
08034 Barcelona

ISBN: 978-84-339-4288-3

Conversión a formato digital: Newcomlab, S.L.

[anagrama@anagrama-ed.es](mailto:anagrama@anagrama-ed.es)  
[www.anagrama-ed.es](http://www.anagrama-ed.es)